

49586 120,00 - 4 COLON
R. 16-B. LAH
CH

CRISTÓBAL COLON

CRISTÓBAL COLON.

URBANO MANINI, EDITOR

Registro N° 34410

BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA
UNIA

CRISTÓBAL COLON

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMERICAS

POR

M. Alfonso de Lamartine

ARMOLADO LIBRERENYA DE ESPAÑOL.

Tomos IV.

UN
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

ADMINISTRACION

CALLE DE SAN BERNARDO, NÚMERO 11.

MADRID:—1868.

PARTE CUARTA.

LA PALMA DEL MARTIRIO.

Capítulo I.

Comentarios.

I.

La escena que voy á referir pasa en una hostería del muelle de Cádiz, en uno de los primeros días del mes de Agosto del año 1500.

Algunos marineros, pajes, escuderos y soldados, apuran en amor y compañía sendos vasos de manzanilla, y como el vino hace hablar á los hombres, y como los lacayos saben mejor que nadie lo que pasa en las ciudades donde sus amos hacen gran papel, nada mejor que el escucharlos para saber lo que preocupaba en aquel tiempo á los habitantes de Cádiz, y á

los de otras muchas ciudades de España, sobre todo en Granada, en donde á la sazón se hallaba la corte.

II.

—Por mi fé,—decía uno,—que si son ciertas las noticias que nos da Pero Manco, no hay justicia en el mundo.

—¿Tú qué sabes, Pacheco?

—¡Vaya unos escrúpulos con que se nos viene ahora!

—Los grandes pecadores ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo.

—¿Pues qué,—añadió el que había hablado primero,—no arde la sangre en vuestras venas al pensar que un anciano, y no un hombre así como se quiera, sino el que ha descubierto el Nuevo Mando, el que ha llenado de oro á los reyes de España, el que ha extendido su gloria por toda Europa, vea por premio al cabo de sus años el estrecho camarote de un buque por calabozo, y sienta en sus muñecas, en sus piés, el irritante peso de las esposas y los grillos?

—Era un perro extranjero.

—Más de una vez he oído decir á mi padre, que le conoció en Córdoba, que si entonces le hubiérais visto, comprenderíais que sólo por medio de malas artes podía haber llegado adonde llegó.

—¿Qué malas artes,—dijo el escudero que defendía á Colon, á quien llamaremos Fortun Caramés,—qué malas artes ha podido emplear?

—Mi padre, que Dios haya, se hallaba en Córdoba en la posada de maese Repulgo, cuando llegó ese hombre en una mala mula, y se hospedó como un arriero en uno de los cuartos del meson. Todo su equipaje consistía en una limosnera vacía; pero como era extranjero, no tardó en cautivar á una dama de la corte, y ella fué quien le presentó á los reyes y quien logró alcanzar para él su proteccion.

—Mientes como un bellaco, porque yo sé que trabajaba día y noche pintando mapas y haciendo otros objetos que vendia para atender á sus necesidades. Y sabes además que no consiguió tan pronto como dices la proteccion de los monarcas, porque yo era muy niño y me hallaba en el cerco de Granada, cuando desesperado ya de conseguir el favor de los reyes, se decidió á partir: entonces fué cuando le llamaron.

—En mal hora; la mayor parte de los que han ido con él á las Indias se han quedado por allá, y los que han vuelto cuentan horrores de lo que allí han pasado.

—¿Y los buques que llegan cargados de oro?

—¡Bah! El oro no es para nosotros.

—Pues algo valdrá, cuando al volver por la primera vez con los indios que trajo, salieron todos á su encuentro, le vitorearon, y hasta los mismos reyes le colmaron de dádivas y honores.

—Porque les engañó.

—Yo he hablado con el cocinero del obispo Fonseca, y me ha contado cosas de Colón que espeluznan.

—¿Qué te ha contado?

—Que en cuanto sale al mar se vuelve una fiera: trata á los marineros y á los soldados como si fueran perros, y no se anda en chiquitas con los nobles. Parece ser que allá, en las Indias, les ha obligado á trabajar como á los plebeyos, y al que no le ha obedecido, le ha castigado, y no con dulzura.

—Pues eso hace su elogio.

—Es un tirano.

—No es un tirano el que iguala á los nobles con los plebeyos.

—Tú hablas así porque eres un cualquiera.

—¿Y qué sois vosotros?

—Nosotros somos pajes ó escuderos.

—O lo que es lo mismo, esclavos.

—Nos ennoblecen nuestros señores.

—El que se humilla no puede ser ennoblecido, y vosotros, para ganar el pan, teneis que besar en donde pisan vuestros amos.

—No es esa la cuestion,—dijo Fortun Caramés;—aquí lo que se trata de saber es si es justo que un hombre que ha prestado tantos servicios á la patria, sea extranjero ó no, merece el pago que le han dado.

—En primer lugar, aún no sabemos si son ciertas las noticias que nos ha dado Manco.

—Poco tardaremos en saberlo.

—Pero Manco ha llegado esta mañana, y segun nos ha dicho, los buques en que vienen los presos llegarán esta tarde.

—Por mi parte, declaro que si fuera preciso, delante de los mismos reyes condenaria esa crueldad.

—¡Calla, tonto! ¿Hay por ventura nada más curioso que ver llegar encadenado al que aún no hace ocho años vimos entrar en triunfo en las ciudades, y ser el ídolo de todos los españoles?

—Los que se gozan, como tú, en la desgracia del prójimo, se divertirán mucho con ese espectáculo.

—El que la hace que la pague.

—Yo no puedo creer,—dijo Fortun,—que los reyes hayan mandado encadenar al almirante.

—¿Y por qué no?

—Porque son buenos, porque les ha prestado grandes servicios, y sobre todo, porque la reina es una santa, y aun cuando fuera muy culpable Colon, gozaría perdonándole.

—La reina es como todos los que mandan.

—¡Silencio, malandrin! Si te atreves á hablar mal de nuestra soberana, como hay Dios que te corto la lengua.

—¿Tú á mí?... Mucho dijeron de eso.

—¿Quieres verlo?

—Me gustaria.

—Pues vamos á la calle, y verás cómo cumplo mi promesa.

—Vamos.

—Paz, caballeros,—dijeron algunos.

—¿Paz? Despues que le haya atravesado de parte á parte.

—¡A la playa, á la playa!

III.

Todos los circunstantes salieron arremolinados de la hostería, unos para presenciar, y otros para contener aquel duelo improvisado.

No habían dado tres pasos, cuando oyeron estas voces:

—Las carabelas de las Indias,—decían unos.

—Abí vienen los Colones encadenados,—exclamaban otros.

Como por encanto, se apaciguaron los contendientes, y la curiosidad general sucedió á aquel episodio tabernario.

Todos se encaminaron á la orilla del mar; la noticia circuló con rapidez por la ciudad, y no sólo los marineros y los soldados, los menestrales y los frailes, acudieron á presenciar aquel espectáculo, nuevo y doloroso á la vez, sino que muchas damas é ilustres caballeros corrieron á confundirse con los villanos, poseídos todos de una curiosidad, que en el fondo revelaba algo de terror.

IV.

En efecto: dos carabelas avanzaban hácia el puerto.

Su marcha era solemne y majestuosa.

Parecian aquellos buques comprender que llevaban en su seno un gran infortunio; pero lo llevaban

con la dignidad, con la energía, con la entereza, con la grandiosidad que en todo tiempo, y más en aquel en que la fortuna le había abandonado, constituía el carácter de Colon.

—Al ver tanta afluencia, el capitán que mandaba las embarcaciones dispuso aplazar el desembarco para el día siguiente, y únicamente mandó á tierra un bote, en el que iban un oficial, cuatro marineros y un paje.

El oficial llevaba comunicaciones importantes.

V.

Apenas desembarcaron en tierra, la muchedumbre les rodeó.

Abriéndose camino el oficial y el paje, acosó la muchedumbre á los marineros, y sólo pudo obtener la noticia de que en efecto llegaba Colon y sus dos hermanos encadenados, y que no desembarcarían hasta el día siguiente.

Viendo defraudadas sus esperanzas los curiosos, fueron poco á poco retirándose á comentar el suceso.

VI.

El paje, separándose del oficial, llegó al meson, y al hallarse en presencia del mesonero:

—¿Sabeis dónde se halla la corte en este instante?—le dijo.

—¡No he de saberlo!

- ¿Dónde está?
- En Granada.
- ¿Podeis proporcionarme inmediatamente una mula y un guia?
- Os vá á costar muy caro.
- Eso no importa.
- En ese caso, dad por realizado vuestro deseo.
- ¿Cuándo podré partir?
- De aqui á dos horas.
- Es tarde.
- Dejadme al ménos una para buscar la mula y el guia.
- Os daré diez escudos si no tardais más de media.

VII.

El posadero salió á complacer al paje, y media hora despues montaba en una mula, y por la puerta de tierra se dirigia á Granada.

A juzgar por la expresion de su rostro, eran vehementes los deseos que tenia de llegar.

De cuando en cuando llevaba la mano á su pecho para ver si tenia un objeto que parecia apreciar en mucho.

Durante el camino le hizo el guia varias preguntas.

A todas contestaba con el mayor laconismo.

—Condúceme por atajos, es decir, que yo llegue pronto á Granada, y no te arrepentirás de haber apresurado el viaje.

La distancia era mucha, y tardó en llegar dos días y medio.

VIII.

¿Quién era aquel paje?

¿Qué objeto le llevaba á la residencia de los reyes con tal presteza?

Ya lo sabemos.

Veamos ahora qué habia pasado á Colon desde el momento en que fué ignominiosamente aprisionado con sus hermanos por Roldan, ó hasta su llegada á la bahía de Cádiz, en donde habia ya circulado la noticia de su desgracia, y comenzaba á despertar, como sucede siempre, ese sentimiento de compasion que inspira el genio cuando cae de su pedestal, compasion que es el primer síntoma de la opinion pública.

Capítulo II.

Grandeza de ánimo.

I.

Bobadilla se había apoyado para obrar de aquella manera tan indigna en una de las cláusulas de las instrucciones que le habían dado el 21 de Mayo de 1499, que decía, refiriéndose á las personas que habían tomado parte en la rebelion capitaneada por Roldan:

«Se le autoriza á apoderarse de las personas y secuestrar los bienes de los que aparezcan culpables.»

No tenia, pues, derecho á tratar á Colon ni á sus hermanos de aquella manera.

Pero tergiversando el sentido de esta cláusula, satisfizo la sed de venganza que devoraba á sus protectores.

Condenado por él Colon, lógico era que en vez de aparecer á sus ojos como delinquentes aquellos á quien

el almirante perseguia, fuesen los más leales servidores de los reyes, y por consiguiente los más dignos de premio.

II.

Fueron, pues, los rebeldes los primeros á quienes llamó á declarar contra Colon.

El resultado de sus investigaciones fué todavía más calumnioso que la sumaria que llevó Aguado á España.

¡Qué de acusaciones fulminaron aquellos miserables contra el que habia sido en tan apartadas regiones la imágen de la Providencia!

III.

Puso en libertad á Riquelme y á los demás jefes de la insurreccion, y repartió entre ellos los principales cargos de la colonia.

Algunos de ellos insinuaron á Bobadilla la idea de acabar con los tres hermanos de una manera que pudiese justificarse ante los reyes y ante el mundo.

IV.

—El almirante,—le decian,—puede muy bien morir bajo el peso de sus enfermedades, que son ya conocidas; su hermano el adelantado en una escaramu-

za con los rebeldes, y don Diego de pena al perder á sus dos queridos hermanos.

Esta idea halagó por un momento á Bobadilla.

Borrar para siempre el nombre de Colón, reducirle á la nada, encerrar en siete piés de tierra aquella figura que habia llenado todo el mundo... sus malas pasiones, que se habian desarrollado en la colonia, le ofrecian, si realizaba semejante proyecto, un goce inmenso.

Pero no faltó quien oyera estas indicaciones.

Deseando á toda costa contrarestarlas, aprovechó la primera ocasion para conseguirlo.

V.

El falso paje, que era quien habia oido las malévolas intenciones de los enemigos de Colón, acercándose á su amo,

—Permitidme, señor,—le dijo,—que os dé mi parabien por el triunfo que habeis conseguido. Nadie mejor que nosotros, los que hablamos con el pueblo, podemos saber el aprecio que inspiran los jefes á las masas, y yo os aseguro que no hay en la colonia persona que no bendiga á Dios por haberos traído á ella.

Estas frases agradaron en extremo á Bobadilla.

—Es tanta mi alegría,—añadió el paje,—que voy á tomarme la libertad de pedir os un señalado favor.

—¿Qué pretendes?—preguntó con amabilidad Bobadilla.

—Yo supongo, señor, y perdonad mi atrevimien-

to, que deseando castigar la soberbia del almirante y de sus hermanos, habreis dispuesto enviarlos con cadenas á España para que los que no há mucho los vieron llegar en triunfo y aclamados hasta de parte de los reyes, tengan ocasion de verlos ahora cargados de cadenas, yendo comō criminales á poder del verdugo, que los esperará allí para castigarlos. Me parece ver este espectáculo. Admirará todo el mundo vuestra grandeza, vuestro poderío, al ver que habeis triunfado de esa manera tan grande de unos extranjeros que parecian llamados á eclipsar la gloria de los mismos reyes.

—Es cierto, es cierto,—dijo Bobadilla, acogiendo aquella idea con entusiasmo.

—¡Qué prestigio, qué fama alcanzareis! No me basta pensar en ello; necesito asistir á ese espectáculo, y el inmenso favor que os queria pedir era que me enviáseis á España, y dar órden al capitan que ha de mandar los buques para que me lleve á bordo, para daros cuenta de todo lo que suceda, para contaros con sus vivos colores el triunfo que habeis de alcanzar allí sobre vuestros enemigos.

—Te lo concedo,—exclamó Bobadilla, decidiéndose en aquel instante á realizar la idea que maquiavélicamente le habia sugerido el paje.

VI.

Mandó activar el proceso, escribió cartas á sus cómplices, y envió á los reyes una Memoria comen-

tando todos los cargos que resultaban contra el almirante.

Cuando estuvieron dispuestas las embarcaciones, llamó á uno de los capitanes que habia llevado á sus órdenes, llamado Alonso de Villejo, y le confió el mando de las carabelas en donde debian ir los prisioneros.

—Cuando llegueis á Cádiz,—le dijo,—entregareis los presos al obispo Fonseca ó á alguno de sus agentes autorizados por él para recibirlos.

VII.

Villejo, aunque debia grandes favores á Fonseca y estaba decidido á cumplir las órdenes de Bobadilla, era jóven, tenia buen corazon, y aunque le pesaba en extremo encargarse de los prisioneros, aceptó la mision resuelto á hacer por ellos cuanto pudiera.

—Es necesario,—le dijo Bobadilla,—que mañana mismo os deis á la vela. Ya están dispuestos los colonos que deben acompañaros; yo no quiero ver el almirante ni á sus hermanos. En uno de los buques que han de partir está don Diego, en el otro don Bartolomé. Vos mismo ireis, momentos antes de partir, al calabozo donde está Cristóbal Colon, le sacareis de allí, le conducireis á bordo de vuestra carabela, y procurareis que durante el camino no pueda hablar con ninguno de sus hermanos.

—Confiad en mí,—dijo Villejo;—cumpliré vuestras órdenes.

VIII.

Cuando llegó el momento, mandó al carcelero abrir la puerta del calabozo, y aquel fué el ruido que le hizo pensar en su próxima muerte.

Durante los días que habia estado en el calabozo habia adquirido la más completa resignacion. O—

¡Hasta le sonreía la idea del martirio!

Pero era por que confiaba en la Providencia.

Sin embargo, al ver entrar por la puerta del calabozo al capitán, se estremeció.

No le espantaba la muerte.

Lo único que temia era exhalar el último suspiro antes de haber podido sincerarse.

IX.

—Señor,—dijo Villejo con respeto,—vengo á buscaros.

—Bien venido seais.

—Siento en extremo la mision que me han confiado,—añadió el capitán;—pero no tengo más remedio que cumplirla.

—Haceis bien; la obediencia es lo primero.

—Vais á tener la bondad de venir conmigo.

—¿Adónde me llevais?—preguntó con tristeza.

—Voy á llevaros á una de las carabelas que van á partir para España á mis órdenes.

—¿Qué decís?—exclamó el almirante con vehemencia.—¿Vais á llevarme á España?

—Os lo aseguro.

—No me engañéis; si me espera el patíbulo, decidmelo. Tengo bastante energía para poder ir hasta él y subir sus gradas.

—No, creedme; vamos á España, os lo juro por mi fé de caballero.

—Os creo,—dijo Colon, estrechando afectuosamente su mano.

Y respirando con fuerza:

—Partamos, sí, partamos; me parece que abandono el sepulcro para volver de nuevo á la vida.

X.

Por órden de Bobadilla permanecieron los colonos, á pesar suyo, alejados del trayecto que debia seguir Colon desde su calabozo hasta la playa.

En el momento en que subió al bote que debia conducirle á la carabela, volvió Colon los ojos á aquellas tierras que abandonaba, y exclamó:

—¡Virgenes tierras de la India, que Dios se apiade de vosotras!

Y algunas lágrimas, mucho tiempo contenidas, surcaron sus ojos, quemando sus mejillas.

Al entrar en el buque oyó una voz que resonó en su alma.

XI.

—Animo, señor,—dijo el paje;—yo os acompaño; no temais, Dios os vé.

Colon le dirigió una mirada de gratitud.

Isabel desapareció de su vista para que no conociese su emocion.

Las carabelas se pusieron en marcha.

—¿Y mis hermanos?—preguntó Colon á Villejo.

XII.

—Tambien os acompañan.

Aun no se habian alejado las naves del puerto, cuando los habitantes de la colonia, libres ya, corrieron á la playa, y desde ella se entregaron á los mayores excesos de alegría, é insultaron á Colon.

—¡Pobres gentes!—dijo Colon al escuchar su infernal gritería.—Esa alegría que sienten es el mayor castigo que puede darles Dios.

Cuando perdieron de vista la costa, empujados por un viento favorable, que parecia obedecer á los deseos de Colon, entró Villejo en su camarote.

XIII.

—Señor,—le dijo,—no podeis imaginaros la pena que siente mi alma; tengo que obedecer, y obedezco; pero no puedo olvidar la aureola de gloria que han ce-

ñido y ciñen vuestras sienes; no puedo ménos de sentir vuestro infortunio: tengo confianza en vos, y en último caso, no me importa sufrir más tarde un castigo.

Yo no puedo consentir que vayais encadenado en mi compañía; permitidme que os quite las cadenas y os deje en libertad.

—Noble jóven,—dijo Colon,—os agradezco la piedad que os inspiro, y no lo olvidaré nunca; pero no puedo acceder á vuestros deseos.

—¿Por qué?

—Sus majestades me han ordenado por escrito que me someta á la voluntad de Bobadilla. En su nombre me ha puesto estas cadenas; soy vasallo leal, y las llevaré hasta que los monarcas me las manden quitar; despues las conservaré como reliquias y memoria del precio de mis servicios.

XIV.

No era posible una resolucion más grande, más heróica, más sublime, y que más en armonía estuviese con el carácter de aquel hombre, á quien la posteridad habia de hacer justicia, á quien la religion habia de pensar en satisfacerle.

No insistió Villejo.

Pero durante el viaje, que fué en extremo favorable, guardó las mayores consideraciones á los ilustres prisioneros.

Hizo que todos los que iban á bordo los respetasen,

y fué tal la impresion que le quedó de la grandeza de ánimo del almirante, que acabó por considerarle como á un ídolo.

XV.

Colon, á medida que avanzaba hácia España, sentia que su corazon se ensanchaba.

No dudaba que los reyes, despues de oirle, le harian justicia, y estos sentimientos, estas esperanzas, le hacian perdonar á sus enemigos y desear sólo su justificacion.

Aquel infortunio le parecia un título más de gloria, y puede decirse que el único pesar que sentia su alma era el de dejar la colonia en manos de Bobadilla, quien á su vez se habia echado en brazos de los rebeldes, los que tarde ó temprano le conducirian á la ruina.

Veia perdidos todos sus trabajos, todos sus afanes, y convertido el país que habia buscado como un tesoro para España, en un verdadero cementerio, que tendrian que abandonar los pocos españoles que quedasen con vida, no siendo entonces la colonia más que un recuerdo de desventuras y desastres.

XVI.

Al llegar al puerto de Cádiz, al divisar desde la cubierta del buque la inmensa muchedumbre que le esperaba, nuevas lágrimas anublaron sus ojos.

Los que le habian visto llegar triunfante, iban á verle encadenado.

¡Qué leccion para el mundo!

¡Qué leccion para el génio!

Cuando supo la resolucion de Villejo de aplazar el desembarque, se lo agradeci6.

XVII.

—No temo que me vean así; quiero, al contrario, que presencien mi infortunio. Pero estoy cansado, sufro mucho ahora, y las lágrimas de emocion que hay en mis ojos podrian ser atribuidas á debilidad.

—Descansad, descansad,—le dijo Villejo;—la hora de la justicia se acerca para vos.

Al dia siguiente muy temprano se verific6 el desembarque.



Capítulo III.

Donde se vé con qué celo cumple Isabel las órdenes del almirante.

I.

El paje que dejamos camino de Granada era Isabel Monteagudo.

Con el permiso de su capitán, el honrado Villejo, había partido á llevar á los hijos del almirante una carta de su padre para una ilustre dama de la corte que influía poderosamente en el ánimo de la reina.

II.

Diego y Fernando tenían noticia de las calumnias que se divulgaban contra su padre.

Atribuían los actos de sus enemigos á envidia; pero no podían imaginarse que hubiera habido un hom-

bre tan audaz, tan menguado, que se hubiese atrevido á cargar de cadenas al autor de sus días.

III.

Isabel tenia prisa en llegar, porque las órdenes que habia recibido Villejo eran las de poner el protocolo ó sumaria de las culpas atribuidas á Colon en manos del alcalde de Cádiz, para que este lo enviase á Fonseca y pudiera el obispo justificar ante los reyes las severas medidas de Bobadilla.

IV.

Acompañaba el obispo Fonseca á los reyes; pero una indisposicion le impió trasladarse á Cadiz á recibir á los prisioneros, y envió á Briviesca para que hablase con el capitán de los buques, que se encargó de llevarle las acusaciones escritas contra los actos de Colon y sus hermanos.

Mientras llegó el emisario, conferenció con Villejo, recibió de las manos de la autoridad las piezas justificativas del proceso, las llevó á Granada y se enteró de ellas Fonseca, trascurrieron diez días; tiempo que aprovechó Isabel en cumplir la delicada mision que á su gratitud habia confiado el almirante.

V.

Apenas llegó á Granada se dirigió á palacio y pre-

guntó á los escuderos dónde vivían los hijos de Colon.

No lejos del alcázar que ocupaban los reyes habia, en medio de los arrayanes, una casita donde se habia hospedado Inés, que continuaba siendo una madre para Fernando y Diego.

El falso paje se dirigió á la casa que le indicaron, y en un jardín que habia antes de llegar, á la puerta halló una jóven de diez y seis á diez y siete años, dotada de una belleza angelical.

VI.

—Jóven,—dijo Isabel, dirigiéndose á ella.—¿podeis indicarme si viven en esta casa los hijos del almirante don Cristóbal Colon?

—Aqui viven,—contestó la niña;—son mis hermanos.

—¿Segun eso,—dijo Isabel, que conocia la historia de la hermana adoptiva de Diego y de Fernando,—sois hija de doña Inés Sampayo?

—Para serviros.

—Pues bien: sabed entonces que vengo á verlos en nombre de Colon.

—¿Llegais de la India?

—De la India llego; pero no es allí donde está ahora el almirante.

—¿Ha regresado á España?

—Hace dos dias que hemos llegado á Cádiz, y en el momento de desembarcar me he puesto en camino para anunciaros tan fausta noticia y entregar á don

Diego las cartas que para él me ha confiado su padre.

—Venid, venid,—dijo la jóven.

Y conduciéndole á la casa, anunció con alborozo las noticias que acababa de saber.

VII.

Despues de contestar á las preguntas que Inés, Diego y Fernando le hicieron acerca del estado de su padre,

—Desearia hablaros á solas,—dijo á Diego.

No tardaron en quedarse solos.

—Ya me teneis á vuestra disposicion,—dijo el jóven;—en la respuesta que habeis dado á nuestras preguntas, he creido adivinar algo, que sin saber por qué, me entristece. Hablad y decirme sin reserva lo que pasa.

—Una gran desventura,—contestó Isabel:—los enemigos de vuestro padre, celosos de su gloria, han querido humillarle, y despojándole de sus derechos y de sus títulos en nombre de los reyes, le han enviado á España cargado de cadenas.

—¿Qué decis?—exclamó Diego.—¿Se han atrevido á cometer semejante infamia?

—Sí.

—No puede ser; tamaña injuria á su grandeza seria un borron para los monarcas y un padron de ignominia para los ejecutores de tan atroz atentado.

—Por fuerza han abusado de la bondad de los reyes los enemigos de vuestro padre; pero es lo cierto

que se halla preso en Cádiz, con esposas y grillos, como si fuera un criminal temible.

—Sus majestades lo ignoran,—dijo Diego;—ayer mismo me decia la reina que estaba segura de la inocencia y del acierto de mi buen padre, y que se alegraba de haber enviado un investigador á la isla, porque el resultado de sus investigaciones le favorecia.

—Eso corrobora mis creencias.

—Pero es preciso que yo anuncie á sus majestades lo que pasa.

—Esperad. Vuestro padre, que sufre con heróica resignacion su martirio, ha empleado los ócios del viaje en redactar una carta para la reina, y es necesario que esta carta llegue á sus manos antes de que sus enemigos puedan elevar al trono las calumniosas acusaciones en que han fundado la prision del almirante. Vuestro padre desea que esta carta llegue á manos de la reina por conducto de doña Juana de la Torre, ilustre dama á quien conoceis.

—Sí, en el dia es la servidora á quien más estima la reina. Fué nodriza de su hijo y mi señor el infante, que Dios haya, y posee un noble corazon.

—Doña Juana os estima, y es necesario que vayais á verla inmediatamente, para que sin pérdida de tiempo haga conocer á sus majestades la verdadera causa de los ultrajes que se han inferido á vuestro padre.

—Sí, sí,—exclamó Diego;—voy al punto; pero antes es preciso que mi hermano, que doña Inés, sepan lo que sucede. Mi pobre padre hallará consuelo en sus

brazos. Deseo que vayan á su encuentro, que disfruten la dicha de que me priva el cumplimiento de mi deber, aunque yo mismo pediré á la reina que me conceda la gracia de dejarme ir á estrechar entre mis brazos á mi padre.

VIII.

Diego llamó á su hermano, á doña Inés y á su hermana adoptiva Isabel, y les comunicó las noticias que acababa de recibir.

La consternacion se apoderó del ánimo de aquellos seres, que vivian del cariño que profesaban al admirante.

Inmediatamente se aprestaron madre é hija á partir.

Fernando y Diego no podian alejarse sin la licencia de los reyes.

Pero el falso paje se brindó á acompañarles.

IX.

Poco despues de la escena que acabo de referir, se presentó Diego á doña Juana de la Torre, y le participó, con lágrimas de indignacion, las injurias que tan inicuaamente se habian inferido á su padre.

—Sed, señora,—le dijo,—su defensora cerca del magnánimo corazon de la reina. Yo no creo, yo no puedo creer, que hayan dado los reyes esas órdenes tan crueles. Mi padre os ruega que pongais en sus ma-

nos esta carta, en la que refiere la verdad de cuanto ha sucedido, y pide justicia.

—Descuidad,—dijo doña Juana, que estaba conmovida é indignada, porque no podia imaginar que hubiese habido séres capaces de tratar de una manera tan inicua á un hombre de los merecimientos de Colon.

X.

Diego suplicó asimismo á la dama de la reina que solicitase para él y para su hermano la licencia de ir á abrazar á su padre, á resarcirle con su cariño de los horribles padecimientos que sufría.

—Volved á verme al anochecer,—dijo doña Juana á Diego.

Al mismo tiempo que salian de Granada, con direccion á Cádiz, Inés y su hija, acompañadas de Isabel Monteagudo, entraba doña Juana de la Torre en la camara de la reina, y se preparaba á desempeñar la mision que le habia confiado el ilustre marino.

Capítulo IV.

Reaccion.

1.

No era doña Juana de la Torre, á pesar de vivir en la córte, una de esas cortesanas hábiles y discretas, que aprovechando las circunstancias, sacan partido de su posicion para realizar sus deseos.

Por el contrario, si así puede decirse, era el tipo de la mujer cristiana, nacida para ser modelo de esposas y de madres.

Aunque siempre le habia profesado la reina Isabel un gran afecto, puede decirse que hasta que perdió á su hijo, el infante don Juan, no tuvo con ella verdadera intimidad.

Aquella desventura, que sorprendió á la reina en medió de su mayor esplendor, apartó su ánimo de las cosas mundanas, y satisfecha con la gloria que habia adquirido en el mundo, no aspiró desde entonces más

que á fijar los ojos en el cielo, donde anhelaba hallar eco á los sentimientos de su alma.

II.

Doña Juana se identificaba con ella.

Habia sido la segunda madre del infante don Juan, le habia dado su seno, no se habia separado de él ni en la infancia, ni en la pubertad, y la pobre madre se olvidaba gustosa de que era reina para hablar con doña Juana de su hijo, para recordar los detalles de aquella vida tan breve, y que tantas esperanzas é ilusiones se habia llevado del corazon de la reina al extinguirse.

Apartaba á la egregia Isabel de su esposo en aquella época este continuo deseo de meditacion, este goce supremo que le proporcionaba el recuerdo de su hijo.

La ambicion de gloria, si no se habia extinguido, se habia debilitado en ella.

III.

Pero como el rey cada dia experimentaba mayores deseos de engrandecer su poderio, sin que su mútuo afecto se amenguase, puede decirse que no existia entre ellos aquel acuerdo, aquella consonancia, aquel entusiasmo que en tiempos anteriores les habia hecho realizar tan asombrosos prodigios.

Cuando entró doña Juana en la estancia de la reina, la encontró triste y abatida.

IV.

—Llegas á tiempo, Juana,—dijo la reina;—estoy muy triste y deseaba verte.

—¿Estais triste, señora?

—Sí.

—Me atreveré á preguntaros la causa, porque ya sabeis que no es curiosidad, sino cariño lo que me mueve á ser irreverente.

—Yo no tengo secretos para tí. Eres mi más leal amiga.

—Gracias, señora; pero calmaos y decidme vuestras penas.

—Hacia ya tiempo que no hablaba de los negocios de Estado con mi esposo. Hoy me ha indicado sus proyectos, y como le veo empeñarse en guerras, que en vez de aumentar la fortaleza de nuestro reino van á debilitarle, no puedo ménos de entristecerme.

—No os sucederia eso si viviera vuestro hijo.

—¡Ah! Es verdad,—exclamó la reina:—si viviera mi hijo tendria la esperanza de que al morir nosotros fructificarian las semillas que sembré siempre en su corazon. No sólo conservaria nuestra herencia, sino que la engrandeceria sin recurrir á las armas, sin sacrificar á sus vasallos en estériles luchas.

V.

Doña Juana recordó á la reina algunos episodios de la vida del infante don Juan, que ponian en evidencia los buenos sentimientos de que estaba animado.

La emocion hizo asomar algunas lágrimas á los ojos de la reina, y desahogada algun tanto la opresion de su pecho, pareció calmarse.

—¡Cuán buena sois, señora!—le dijo doña Juana.—No extrañeis que, convencida de los generosos sentimientos de vuestra alma, os pida en este instante una gracia.

—¿Tú, Juana? ¿Tú tienes que pedirme una gracia?

—Sí.

—Habla, mi buena amiga.

—Decidme antes, señora: ¿habeis dudado alguna vez de la rectitud, de la honradez, del mérito de Cristóbal Colon?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Perdonad que insista. ¿No os merece la más completa confianza?

—Sí; es un leal servidor, un hombre cuya gloria pasará de siglo en siglo á la posteridad.

—Pero tiene enemigos.

—Ya lo sé: tiene enemigos que han explotado algunos de los errores en que ha incurrido para querer desprestigiarle á mis ojos; pero por la misma razon de que estoy segura de su lealtad, de su acierto, no he vacilado en unir mis poderes á los de mi esposo para

nombrar á una persona imparcial que examine sus actos y ponga en claro su inocencia.

—¡Cuán ajena está vuestra majestad de lo que sucedel

—¿Pues qué pasa?—preguntó la reina con el mayor interés.

—No lo creereis, señora.

—Habla, habla.

—El almirante ha llegado á Cádiz hace unos dias cargado de cadenas.

—No puede ser.

—Os digo la verdad.

—¿Cómo has sabido?...

—Uno de sus más leales servidores me ha traído una carta de su parte para que la haga llegar á vuestras manos.

—¿Luego es verdad?

—Sí, es verdad, tristemente verdad.

—Y esa carta...

—Si vuestra majestad me lo permite, la leeré,—dijo doña Juana.

—Sí, sí, léela al punto; quiero saber por qué motivo le han tratado de ese modo.

—Oid y juzgad,—dijo doña Juana, leyendo con solemnidad aquel escrito, que era una relacion fidedigna de todo lo que habia pasado en la colonia, de la conducta que habia observado con él Roldan, de su prision, y al mismo tiempo una copia que servia para justificarle á los ojos del mundo.

VI.

Algunas frases de este documento, que ha llegado á nosotros, completan el carácter de Colon.

«Las calumnias de hombres indignos,—decia,—me han hecho más daño que me han aprovechado en mis servicios.»

Y despues añadía:

»Tal es el nombre que he adquirido, que si fuera á edificar hospitales é iglesias, las llamarían cavernas de ladrones.»

La carta terminaba de este modo:

«Se me juzgó como á un gobernador que ha sido enviado á una ciudad bien regulada, bájo el gobierno de bien establecidas leyes, donde no habia peligro de que todo se desordenase y arruinase.

»Pero la verdad es que se me debía juzgar como á un capitán enviado á someter gentes numerosas y hostiles, de costumbres y religion diferentes de las nuestras, y que no vivían en ciudades, sino en bosques y montañas.

»Se debía haber considerado que yo traje todas estas á la sujecion de sus majestades, dándoles dominio sobre otro mundo, por lo cual España, hasta ahora pobre, se ha enriquecido súbitamente.

»Cualesquiera errores en que yo pueda haber caído, no fueron por cierto de mala intencion, y creo que darán crédito sus majestades á lo que digo.

»Yo los he visto misericordiosos con los que los

han deservido de intento; así estoy penetrado de que tendrán más indulgencia conmigo, que he errado inocentemente, ó por compulsion, como sabrán más adelante, y espero que considerarán mis grandes servicios, cuyas ventajas se hacen cada dia más visibles.»

VII.

La reina oyó con marcadas muestras de indignacion el contenido de aquel documento.

Su imaginacion la pintaba al almirante aprisionado, cargado de cadenas, afligido al pensar que pagaban los reyes sus servicios con la más negra ingratitude, y conmovida é indignada por el abuso que de sus poderes habia hecho Bobadilla, se prometió justificarle á los ojos del mundo, é indemnizarle de los agravios que habia sufrido.

VIII.

No tardaron en confirmar los despachos que se recibieron en la córte desde Cádiz las noticias que doña Juana de la Torre habia dado á la reina.

El alcalde de Cádiz comunicó que se hallaba en su poder Colon y sus hermanos, á disposicion de sus majestades.

Doña Juana pidió á la reina que concediese licencia á los hijos de Colon para que fueran á abrazarle.

IX.

—No, no quiero que se separen de mí,—la dijo;—no quiero que vean á su padre en tan triste estado. Que esperen: no tardará en llegar, y sólo asistirán á su triunfo, porque ahora más que nunca tengo empeño en desagraviarle.

La reina se presentó inmediatamente á su esposo. La ocasion fué oportuna.

X.

Don Fernando acababa de tener una conversacion con los embajadores de Portugal y de Inglaterra, que habia despertado en él de nuevo el deseo de sostener las conquistas verificadas en el Nuevo Mundo, y de ensancharlas para no ser ménos que Portugal y que Inglaterra.

En efecto, Sebastian Cabo, hijo de un comerciante veneciano, naturalizado en Inglaterra, protegido por el rey Enrique VII, llegó al mar del Norte del Nuevo Mundo, costó el Labrador, siguió al Sudoeste hasta las Floridas, y descubrió el continente de ese inmenso país que hoy se llama los Estados- Unidos.

XI.

Este descubrimiento habia aumentado el prestigio de Inglaterra.

Al mismo tiempo el famoso Vasco de Gama habia doblado el cabo de Buena Esperanza, y Pedro Alvarez de Cabral habia descubierto el Brasil, con lo cual el vecino reino de Portugal se habia engrandecido de una manera prodigiosa.

Todos estos sucesos, unidos á los descubrimientos que habian hecho por su cuenta, y con la proteccion de los reyes de España Ojeda y Américo Vespucio, Pedro Alonso Niño, Vicente Yañez Pinzon, Diego Lope y Rodrigo Bastidas, hicieron que el rey don Fernando, que ya empezaba á mirar con desaliento los negocios de las Indias, se reanimase y escuchase á la reina con benevolencia, manifestando indignacion al saber el mal trato que se habia dado al almirante, á quien no podia ménos de reconocer que debia en aquella época de descubrimientos el prestigio que habia alcanzado por haber protegido al hombre que habia puesto el primero la planta en aquellos países codiciados por su inmensa riqueza.

XII.

La noticia de la prision del almirante no tardó en divulgarse en la córte, y como sucede siempre, hasta los mismos que antes le habian envidiado no pudieron ménos de indignarse, operándose una reaccion en favor del prisionero.

Antes de que llegasen los documentos que enviaba Fonseca, escribieron los reyes á Colon, manifestándole el gran afecto que le profesaban, la gratitud

que sentian hácia él, y el pesar profundo que habia causado en su ánimo la noticia de los ultrajes que habia recibido.

Rogábanle que se trasladase á Granada inmediatamente, y para que pudiera hacerlo con la debida pompa, ordenaron se le adelantasen dos mil ducados, encargando á las autoridades que le tratasen con las mayores atenciones.

XIII.

Esta comunicacion fué dirigida á Colon sin conocimiento de Fonseca.

Sin embargo, supo la reaccion que se habia operado en favor del almirante, y aunque le desesperaba la idea de ver frustrados sus proyectos, comprendia que para que no recayese sobre él la responsabilidad de los actos cometidos por Bobadilla, le convenia influir cerca de los reyes en favor de Colon.

—Aplazaré la venganza,—se dijo.

Y cuando tuvo en su poder las comunicaciones de Bobadilla, las presentó á los reyes, diciéndoles:

—Es imposible que sean ciertas las acusaciones en que ha fundado Bobadilla la prision del almirante y sus hermanos: ó se ha obcecado, ó los enemigos de Colon le han engañado villanamente.

XIV.

Los reyes no quisieron leer aquel tejido de calum-

nias, y se aprestaron á recibir al almirante con las mayores muestras de respeto y cariño.

La noticia de su llegada con cadenas se divulgó por toda España, y la piedad, apoderándose de todos los corazones, hizo que se adunasen todos los elementos, para que á su paso por las ciudades y aldeas que tuvo que recorrer al trasladarse de Cádiz á Granada, le proporcionasen una ovacion sincera y entusiasta, en la que á los aplausos se mezclaban las lágrimas.

Pero antes de seguirle á la córte, veamos lo que habia pasado en Cádiz desde su desembarco, cuando llegaron á su lado Inés y su hija con Isabel Montegudo.

Capítulo V.

Donde se vé cómo consideraba Colon sus cadenas, y se dá cuenta de otros sucesos interesantes.

I.

La misma tarde en que llegaron las carabelas á la bahía de Cádiz se trasladó á bordo de una de ellas un jóven, que, según anunció, deseaba hablar á solas con Villejo.

El capitan le recibió en su camarote.

—Vengo,—le dijo,—á haceros una súplica.

—Hablad.

—Debo muchos favores al almirante; he oido decir que se halla á bordo de uno de estos buques, y por añadidura encadenado; ¿es cierto?

—Desgraciadamente lo es.

—No me compete preguntaros la causa; pero es tanto el afecto que le profeso, que si no lo llevarais á

mal, os agradecería que le diéseis por prision mi casa mientras esté en Cádiz.

—Siendo tanto el afecto que sentís hácia él, yo me complacería en acceder á vuestros deseos; pero las órdenes que he recibido son entregar al almirante y á sus hermanos al corregidor de la ciudad, y tengo que cumplirlas.

—En ese caso, perdonad la libertad que me he tomado dirigiéndome á vos. Voy á ver al corregidor, é insisto en suplicaros que apoyeis mi pretension.

II.

El jóven volvió á tierra, habló á la autoridad, y obtuvo lo que deseaba, aunque con la condicion de admitir en su casa centinelas que vigilasen á los prisioneros.

Con la licencia aguardó el nuevo dia, y muy temprano volvió á las carabelas, precisamente en el momento en que se verificaba el desembarque de los prisioneros.

Villejo habia insistido de nuevo cerca de Colon para que le permitiera quitarle las cadenas.

No pudo conseguirlo.

Pero se alegró en extremo de que le dieran por prision la casa de aquel jóven, que parecia ser uno de sus más leales servidores.

En un bote, acompañado de Villejo y del jóven desconocido, en quien hasta entonces no habia fijado Colon sus miradas, porque estaba completamente en-

simismado, fué conducido á la playa, y desde allí llevado á la morada del que tanto interés manifestaba en hospedarle.

III.

—¿Adónde me llevais?—dijo Colon á Villejo cuando desembarcó.

—A casa de un amigo.

—¡Tengo tan pocos en el mundo!

—Y sin embargo, yo lo soy vuestro,—dijo el desconocido.

—Al oír su voz, levantó el almirante los ojos y conociéndole,

—¿Vos aquí, Hernando de Guevara?—exclamó.— ¡Cosa extraña! Muy poco he hecho por vos. Antes, al contrario, escuchando las sugerencias de mis mayores enemigos, he mostrado con vos alguna severidad, y sin embargo, venís á recibirme, me hospedais en vuestra casa y me llamais amigo.

—Soy muy feliz, y os debo la felicidad. Os he visto de cerca, sin que la pasión cegase mis ojos, y os he admirado siempre. Hoy es inmensa mi pena al hallaros en este estado; pero no dudeis que los reyes os harán justicia, y mientras tanto, quiero mostraros mi admiración y mi gratitud.

IV.

Entraron en la casa, en donde ya aguardaban al

prisionero algunos soldados para custodiarle, y el almirante preguntó por sus hermanos.

—Aquí vendrán también,—contestó Hernando.

En efecto, Villejo se retiró para ir á buscarlos.

El almirante se halló en un aposento modestamente amueblado; pero con todas las comodidades necesarias para la vida.

Apenas tomó asiento, se presentó á sus ojos una jóven enlutada.

V.

—Ved á mi esposa,—dijo Hernando de Guevara,—que, como yo, desea aliviar vuestra desventura.

—¡Higuanamota!—exclamó el almirante.

—Sí,—dijo Hernando.

Era difícil reconocerla, porque su traje europeo la habia variado por completo.

Guevara refirió á Colon los pormenores de su viaje y la proteccion que le habian dispensado los reyes, dándole un alto empleo en la ciudad.

VI.

Higuanamota sabia ya la muerte de su padre.

Pero no culpaba á Colon.

Al contrario, era tan feliz con su esposo, que aunque la invasion de los españoles en su patria habia ocasionado todas las desventuras de su familia, bendecia al cielo, porque en aquellas mismas desventuras

había hallado la ocasión de ser la más dichosa de las mujeres.

Sólo una pena abrigaba su corazón: la de haberse separado de su madre, la del dolor que experimentaría Anacaona al no volver á estrechar en sus brazos á Caonabo.

VII.

No tardó en llegar Villejo con Diego y Bartolomé.

Los tres hermanos no se habían visto desde que fueron cargados de cadenas.

Bartolomé no se había debilitado bajo el peso de aquella ignominia.

Diego, en extremo pusilánime, no era ya ni su sombra.

Los tres hermanos se confundieron en un cariñoso abrazo.

Las lágrimas que brotaron de sus ojos desahogaron su oprimido corazón.

VIII.

—Demos gracias á Dios,—dijo el almirante,—por que nos ha favorecido en el viaje: sabe que llegamos al templo de la justicia, y ha apresurado nuestra llegada. Yo, por mi parte, estoy, y vosotros debéis estarlo. Antes que las comunicaciones de nuestros adversarios, llegará á manos de la reina un mensaje mio;

sabrá cuál es nuestra situación, nos hará justicia, y triunfaremos de nuestros enemigos.

El corregidor se presentó á sus prisioneros, tratándolos con las mayores consideraciones.

IX.

Villejo cumplió su misión, y una vez terminada, fué á ver al almirante.

—Se me ha quitado un enorme peso de encima,—le dijo;—ya puedo libremente estrechar vuestra mano, demostraros mi afecto, mi admiración.

—Nunca olvidaré,—dijo el almirante,—las consideraciones que me habeis guardado. Al elegiros mis enemigos para custodiarme, han obedecido á la Providencia. Teneis un noble corazón, y siento no ser nada en el mundo, haber perdido todo el prestigio que tenia. De otro modo, os daría pruebas de mi gratitud, de mi aprecio.

—Permitidme estar á vuestras órdenes, serviros, no apartarme de vos mientras os persiga la desgracia, y quedaré satisfecho.

X.

No sólo recibió el almirante aquellas pruebas de afecto y de interés.

Las familias más notables de Cádiz fueron á casa de Hernando de Guevara á ofrecer sus respetos al

ilustre marino, que, recibiendo á todos los que le visitaban, manifestando la mayor mansedumbre y resignacion, al mismo tiempo que una enérgica dignidad, diciendo á todos que consideraba las cadenas como su mejor timbre de gloria, logró imponer veneracion, despertar afecto en cuantos le veian, los cuales al apartarse de su lado contaban sus impresiones é iban formando la reaccion que se operó en España en favor del prisionero.

El corregidor dispuso que se retiraran los guardias, y todos los dias iba á ver á Colon, para anunciarle que esperaba con impaciencia la órden de ponerle en libertad.

XI.

Al cuarto dia de su llegada tuvo el placer de estrechar en sus brazos á Inés y á la hermosa niña que le acompañaba.

Por ellas y por Isabel Monteagudo supo el interés que habia inspirado á doña Juana de la Torre, y no dudó que los reyes procurarían borrar el triste efecto que la impremeditacion ó el ódio de uno de sus agentes habia causado.

Colon, que tan agradecido estaba á Villejo, le presentó á Inés y á su hija, para que aquellas mujéres, que constituian su familia, le agradecieran al mismo tiempo que él los grandes beneficios que le habia prestado.

XII.

Villejo alcanzó el mayor premio que podía esperar en la tierna mirada de afecto y gratitud con que pagó Isabel, la hermosa niña, los beneficios que había dispensado al padre de su hermano adoptivo.

Aquella mirada inundó el alma de Villejo, y aunque ocultó su secreto, sintió un inmenso amor hacia la jóven, amor que halló eco en el corazón de la niña.

XIII.

La noticia de la llegada de Colon se había divulgado, y al ver el efecto que producía, los agentes de Fonseca se vieron obligados á ocultar sus opiniones cuando otros exponían las suyas, porque eran muy vehementes las acusaciones que se fulminaban contra Bobadilla.

Esto es lo que sucede siempre.

Mientras un hombre goza del favor de un rey, el ódio y la envidia le persiguen.

Cuando cae en desgracia, cuando se vé abandonado por aquellos á quienes ha sacrificado su popularidad, la opinion pública se coloca á su lado, le ensalza, deprime á sus enemigos, y es capaz de sacrificarse por el que hubiera sacrificado poco tiempo antes hasta con júbilo.

XIV.

Todas las noticias que llegaban á oídos de Fonseca le disgustaban, pero se dijo:

—Es necesario saber esperar.

Y esperó.

Los reyes, como he dicho, escribieron al almirante, rogándole que se presentase cuanto antes en la córte.

Villejo le quitó las cadenas.

—Ahora accedo á vuestros deseos,—le dijo el almirante,—porque són los reyes quien lo mandan.

—Dadme, dadme,—dijo Villejo,—esos ignominiosos hierros para quitarlos de vuestra vista.

—No, no los separeis de mí. Quiero que sean mis compañeros, quiero tenerlos siempre á la vista: constituyen mi gloria. Los tendré siempre al lado de mi escudo de nobleza, y cuando yo muera serán enterrados conmigo.

XV.

Libres ya los tres hermanos en vista de las órdenes de los reyes, se trasladaron á Granada.

Isabel Monteagudo entró al servicio de Inés.

Villejo no quiso separarse de Colón.

Además del afecto que le profesaba, habia otro poderoso motivo para que fuese en su compañía.

Este motivo lo sabia Isabel y lo adivinaba su madre.

XVI.

Quiso Colon que los mismos que le habian visto en el apogeo, le vieran todavía con la sombra de la desgracia.

Pasó por Sevilla, y se detuvo en Córdoba, en donde visitó á su antiguo amigo fray Pedro Antunez.

Su hermano Diego aprovechó aquella circunstancia para confiarle una resolucion que habia tomado.

XVII.

—En el momento en que fuimos presos,—dijo á Cristóbal,—hice voto de consagrar mi vida á la religion si te hacian justicia, si te libraban de las ignominiosas cadenas con que habian aprisionado tu gloria. Dios me ha oido y necesito cumplir mi voto. Concédeme licencia para quedarme aquí y profesar en el convento, viviendo bajo la tutela de uno de los santos varones á quienes más pruebas de afecto has merecido.

—Te comprendo, y te otorgo por mi parte la licencia que quieres. Cansado de las luchas del mundo, buscas el reposo en los amantes brazos de la religion. ¡Dichoso tú! ¡Vive tranquilo, y encomiéndame á Dios en tus oraciones! Tú morirás en medio del reposo y de las plegarias de tus hermanos; yo no sé cuál será mi

fin; pero deseo volver á ese país donde á un tiempo he descubierto la gloria de una nacion y el infortunio mio. Si vuelvo, tal vez recogerán las olas mis últimos suspiros, y me abrirán la sepultura en el fondo del mar.

XVIII.

Diego se quedó en el convento, y los demás que formaban la comitiva se encaminaron á Granada.

Allí les aguardaba un recibimiento más entusiasta, si cabe, que el que habia alcanzado Colon al regresar por primera vez del Nuevo Mundo y entrar en Barcelona.

Capítulo VI.

El triunfo de la verdad.

I.

Antes de llegar á Granada, hicieron alto en una poblacion inmediata, y allí tuvo el almirante la inmensa alegría de abrazar á sus hijos, que corrieron á su encuentro.

Diego se apresuró á confiar á su padre el profundo sentimiento que habia experimentado la reina, y los inmensos deseos que tenia de indemnizarle de aquellos sufrimientos, colmándole de atenciones.

Por orden suya le llevaba magníficos trajes para que él y sus hermanos pudieran presentarse en la córte con gran aparato y ostentacion.

Al mismo tiempo habian dispuesto que salieran á recibirle los grandes dignatarios, y que les acompañaran en triunfo hasta el alcázar.

II.

Estas medidas, cuando ya tenían motivo los reyes para saber las acusaciones de que había sido objeto, porque Colón no ignoraba que había llegado al mismo tiempo que él la sumaria redactada por Bobadilla, le hizo ver que los reyes daban más fé á sus palabras que á las delaciones de todos los colonos y de su nuevo jefe.

Natural era que volviese á su alma la tranquilidad que había perdido, que recobrase sus quebrantadas fuerzas, y que se presentase en la córte de los reyes de España con la grandeza que había adquirido, y que aumentaban en cierto modo las vejaciones de que había sido objeto.

III.

En compañía de sus hermanos y de las personas que habían salido con él de Cádiz, llegó á Granada; allí fué recibido por los emisarios de los reyes y conducido á palacio por medio de una inmensa muchedumbre, que le vitoreaba y le aplaudía como queriendo resarcirle de los padecimientos que había sufrido.

Los reyes le aguardaban, y al verle entrar en la régia cámara, se inundaron de lágrimas los ojos de la augusta Isabel.

IV.

Las lágrimas de aquella sublime reina conmovieron al almirante.

Adelantándose hácia el estrado, se postró de hinojos, besó la augusta mano que le tendian, quiso hablar; pero la emocion le ahogaba, y durante algun tiempo permaneció en silencio.

Sus ojos, su actitud, todo revelaba la profunda gratitud que experimentaba en aquellos momentos, y los que asistian á aquel espectáculo, tan conmovedor como sublime, no podian ménos de participar de la impresion general, dando solemnidad con su silencio y su recogimiento á aquel acto, en que la justicia se presentaba con toda su majestuosa grandiosidad á reabilitar á un hombre á quien habian ultrajado sus falsos sacerdotes.

Los reyes, que estaban sentados en el trono, se levantaron, y le saludaron con cariñosas frases.

V.

Al fin pudo expresar sus sentimientos, y en medio de la mayor atencion habló de esta manera:

—Yo doy gracias al cielo,—exclamó conmovido,—por que al sumirme en la desventura ha querido inspirar á mi alma mayores motivos de gratitud, y me ha dado los medios de comprender el magnánimo, el justo, el generoso corazon de vuestras majestades.

¿Quién dirá al verme ahora en el colmo de la ventura que yo soy el que há poco, despojado inmerecidamente de mis títulos, tratado como un malhechor, cargado de cadenas, llegué á la patria á quien he consagrado toda mi vida? ¡Elocuente leccion para los que, halagados por la fortuna, se ciegan y se olvidan de sus deberes!

»Cuando la conciencia está tranquila, sufre las adversidades con serenidad, porque la hora de la justicia llega. La verdad triunfa de la mentira, y la inocencia recibe el galardón.»

Despues de pronunciar estas palabras, quiso vindicarse de las acusaciones de que era objeto.

VII

VI.

—No hagais tal,—exclamó la reina.—Os conocemos lo bastante para saber que tambien ahora os han calumniado. El mejor defensor que teneis es la crueldad de vuestros enemigos. Ellos son los que necesitan disculparse ante el mundo y ante nosotros de los abusos que han cometido, y como los ultrajes que se os han hecho han sido sin nuestra anuencia, porque siempre hemos admirado las grandes prendas de vuestro carácter y los grandes servicios que habeis prestado á la corona, sufrirán el castigo que merecen.

—Por nuestra parte,—añadió el rey,—desaprobamos la conducta de don Francisco Bobadilla: todos sus actos han sido contrarios á las instrucciones que recibíó, y muy en breve será arrojado del puesto que

ha usurpado de una manera tan inicua, para sufrir el castigo que merece.

VII.

¿Qué mayor satisfaccion podia desear Colon por los ultrajes que habia recibido?

Después de la solemne recepcion, hablaron particularmente los reyes al almirante, y aseguráronle que se le devolverian sus bienes, y se le rehabilitaria en el goce de todos sus privilegios y dignidades.

VIII.

—Ahora descansad en la córte,—le dijeron;—reponed vuestras abatidas fuerzas, tranquilizaos y contad siempre con nuestra proteccion, con nuestro afecto, para las nuevas empresas que intentais acometer.

—Mi única ambicion hoy,—contestó el almirante,—es verme restablecido en el empleo que me han usurpado, porque mientras esto no suceda, me parecerá que he delinquido, y que envuelve mi nombre un anatema.

Ofrecióronle sus majestades hacerle completa justicia, y Colon se entregó de nuevo á la esperanza de poder volver en breve en triunfo á recuperar el mando de Santo Domingo.

IX.

No dejaba de ser esto una ilusion.

Sus enemigos habian sido vencidos; pero trabajaban por debajo de cuerda, y eran hábiles y poderosos para poder sofocar en el ánimo de los reyes sus mejores sentimientos, y hacer sufrir á Colon la venganza que les habia inspirado su gloria.

Capítulo VII.

Venturas del hogar.

I.

Colon halló consuelo á sus pesares y alivio á su enfermedad en el seno de su familia.

Sus dos hijos, Isabel y su madre se desvivían por hacer olvidar á aquel gran hombre los acerbos disgustos que habían amargado su vida, y Colon sentía renacer la fé en su alma y el vigor en su cuerpo al verse rodeado de aquellos seres, que se miraban en sus ojos y no ambicionaban más que verle feliz.

Bartolomé vivía á su lado, compartiendo con él los goces de la familia.

II.

Trascurrió algún tiempo, durante el cual tuvo ocasión el almirante de conocer á fondo el carácter y los

sentimientos de sus hijos, á quienes las circunstancias habian tenido alejados de él; y se enorgullecia de la nobleza, de la energía, de la perseverancia de Diego, y de la dulzura, de la inteligencia y del generoso corazón de Fernando.

III.

Impresionable y expansivo á la vez, embelesaban al almirante las repetidas muestras de veneracion y cariño que le daba la prenda que de su amor le habia dejado su inconsolable Beatriz.

Con más interés que Diego, con más curiosidad, aprovechaba todos los momentos que estaba á su lado para hacerle preguntas acerca de sus viajes, para que aclarara sus dudas, y para que ilustrara su inteligencia; y alentado por la amabilidad con que le complacía su padre, se permitía hacer observaciones que entusiasmaban al pobre viejo, porque le revelaban el buen criterio, el sentimiento de equidad, el levantado espíritu de aquel jóven, por cuyas venas corría su sangre.

IV.

En estos coloquios sembraba, sin saberlo, el almirante en el corazón de su hijo las semillas que, andando el tiempo, debian dar por fruto la verdadera historia, el juicio exacto de su vida y viajes, que Fernando, entregado con verdadera fé al estudio, legó á

la posteridad, como la más noble defensa de los actos, como el retrato más parecido y más fiel del autor de sus días.

V.

—¡Ah!—decía Colón á su hermano Bartolomé, cuando estaban solos.—¡Razon he tenido siempre en confiar en la Providencia!

Mucho he sufrido; grandes han sido los obstáculos que á mis deseos se han opuesto siempre.

Cansado estaba de luchar; pero una nueva vida renace en mí.

Los horizontes tristes desaparecen, y se trasforman en risueños.

¿Qué importa la injusticia de los hombres? ¿Qué son los dolores que experimenta el alma en el camino de la vida, si al detenerse á descansar halla á su lado una familia, como la que me rodea, hijos capaces de comprenderme y de resarcirme de mis sinsabores con su cariño?

VI.

Bartolomé prefería á Diego, sin dejar de estimar á Fernando.

Diego tenía mucho de su carácter.

Era inteligente y honrado; pero al mismo tiempo, enérgico y activo.

Amaba la virtud hasta el sacrificio, y como él, opi-

naba que, en vez de perdonar á los calumniadores, á los villanos que se complacian en manchar la honra de su padre, debia este condenarlos á la vergüenza pública, aplastarlos como á una vívora ponzoñosa, y levantar ante ellos la frente, no sólo con dignidad, sino con altanería.

VII.

Muchas causas habian contribuido á formar este carácter en él.

Pero la principal era la muerte de los sentimientos delicados, de los afectos íntimos y tiernos que se habian extinguido en su alma al extinguirse la vida de María, haciéndole poco comunicativo, condenándole á no gozar las dulzuras de la expansion, y fomentando en él el orgullo, la altivez, que eran el sello distintivo de su carácter.

VIII.

Tambien contribuian á embellecer las horas de la vida del ilustre marino las atenciones y los cuidados de Inés, los recuerdos que, para distraer su ánimo, evocaba de Beatriz, y las inocentes y tiernas caricias de Isabel, que parecian reunir en su alma todo el cariño, toda la gratitud que habian sentido hácia Colón sus padres.

Los íntimos sentimientos de aquellos seres le consolaban en situaciones en cierto modo críticas.

IX.

Colon aspiraba á reconquistar todos sus derechos menoscabados, todas sus prerrogativas, todos sus títulos, todos sus honores.

Deseaba volver á la colonia y confundir á los miserables que le habian calumniado.

Ansiaba proseguir sus descubrimientos, porque veía acercarse á él con pasos agigantados la muerte, y entonces más que nunca entreveía los secretos que el proceloso mar guardaba todavía para los europeos.

Arrebatárselos y aumentar con ellos su gloria, era su afán.

X.

Bartolomé, por su parte, abundaba en los mismos deseos; pero desconfiaba de las personas que rodeaban á los reyes, desconfiaba de los monarcas mismos, y temia que nuevos desengaños acabaran con el quebrantado espíritu de su hermano Cristóbal.

XI.

Diego, que por haber vivido continuamente en la corte, conocia las intrigas que se fraguaban, no abrigaba más que un propósito: el de defender á su padre, el de colocarse en situacion de destruir las tramas que contra él se hurdian, el de revindicar á toda costa sus

privilegios; y sin que él lo supiera, una noble ambición iba poco á poco ganando terreno en su alma, para impulsarle más tarde á sacar del olvido la gloria del autor de sus dias, y á presentarle á los ojos del mundo con todo el esplendor, con todo el brillo que justamente habia alcanzado.

XII.

Fernando, más jóven aún, lleno de ilusiones, entusiasmado con su padre, guardaba un secreto en su corazon, un secreto que no se habia atrevido á revelar á nadie.

Este secreto era el primer amor que nacia en su alma.

Isabel y Fernando se habian criado juntos.

Las dulces horas de la infancia, los primeros albores de la juventud les habian hallado estrechamente unidos por el hermoso vinculo del amor fraternal.

Inés les contemplaba, acariciando un deseo en su imaginacion.

Los niños se profesaban un entrañable afecto.

Isabel no disfrutaba de nada sin dar parte de sus satisfacciones á Fernando.

Fernando se desvivía por complacer en todo á Isabel.

XIII.

Cuando los niños cumplieron quince años, empezaban á vivir más separados.

Inés enseñaba á su hija las labores propias de su sexo.

Fernando tenia que salir á desempeñar en palacio las funciones de paje.

Mientras vivian separados, él no dejaba de pensar en ella.

Ella pensaba en él, pero no con tanta vehemencia.

Fernando deseaba volver á verla siempre que estaba lejos de ella, y poco á poco notaba que se aumentaba su encogimiento para hablarla.

El cariño fraternal se trasformaba en el corazon de Fernando en amor.

En Isabel continuaba siendo cariño.

XIV.

Al fin y al cabo se dió cuenta Fernando de sus sentimientos.

Acarició esperanzas é ilusiones; pero se guardó muy bien de darlas á conocer.

Podrian amenguar las expansiones, las demostraciones de afecto de Isabel, y necesitaba al ménos que fuera siempre para él la hermana cariñosa.

Inés adivinaba los sentimientos de Fernando, y en el fondo de su alma experimentaba una inmensa alegría.

Aquello era la realizacion de su sueño, y sin embargo, Fernando tenia que renunciar á tan inmensa ventura.

La causa la adivinarán mis lectores.

XV.

Inés habia sacrificado sus deseos y la felicidad de su hija al agradecimiento que sentia hácia Villejo.

Fernando se habia impuesto tambien el mismo sacrificio.

Las circunstancias que concurrieron á impulsarle á tomar esta resolucion, fueron un tormento para su alma.

Por eso habia consagrado todo su cariño á su padre.

Por eso le preguntaba con interés, con ánsia, las impresiones de sus viajes.

Por eso deseaba encontrar en la ciencia un refugio á su alma lacerada, donde pudiera hallar un dulcísimo bálsamo que curase sus heridas.

El mismo fué quien se encargó de labrar la fortuna de Isabel á costa de la suya.

Capítulo VIII.

La gratitud.

I.

Apenas fijó sus ojos en Isabel, Antonio de Villejo sintió nacer en su alma el sentimiento del amor.

Colon le presentó á su familia con las mayores muestras de afecto.

—Ha podido agravar mis padecimientos,—les dijo,—y sin embargo, desde el primer momento me ha tratado con el mayor respeto, con la mayor consideracion. Ha querido romper las cadenas con que mis adversarios me han escarnecido, ha tratado por todos los medios de aliviar mi desgracia, y nunca pagaré lo bastante su generosidad.

Esto bastó para que Inés é Isabel le mostrasen su agradecimiento.

II.

Al llegar á Granada, refirió el almirante á sus hijos lo que por él habia hecho Villejo.

Los dos estrecharon su mano con reconocimiento.

Pero Fernando, que era más expansivo que Diego, le ofreció una leal amistad, y desde aquel dia no pasó uno sólo sin que los dos amigos se vieran y se hablaran con la mayor intimidad.

III.

Villejo iba á menudo á ver á Colon.

Dos móviles le guiaban á su morada: ver á Isabel, ver á aquel hombre que tanto respeto y tanta admiracion le infundia.

Enterados los reyes de las consideraciones con que habia tratado al almirante, quisieron premiarle, y elevándole en su carrera, le destinaron á las guerras de Italia.

Villejo hizo lo posible por no separarse del lado de Colon.

IV.

—Poco ambicioso sois,—dijo Fernando á su amigo, reconviniéndole por no aceptar aquella proteccion que le habian brindado los reyes.

—No es falta de ambicion lo que aquí me detie-

ne,—dijo Villejo;—es que aquí esta mi felicidad, y no quiero separarme de ella.

—¿Vuestra felicidad?

—Sí; os estimo demasiado para no revelaros un secreto que guarda mi alma desde hace tiempo.

—Os lo agradezco.

—No es tan generoso como suponeis mi deseo; hay en él algo de egoísmo. Podeis hacerme un gran favor.

—Dadle entonces por hecho.

—Ved que podeis arrepentiros de esa palabra.

—No; ¿creeis que hay sacrificio que yo no arrostre por el hombre que tantos beneficios ha dispensado á mi padre? Si necesitárais mi vida os la daría.

—Gracias, Fernando, gracias,—dijo Villejo, estrechando su mano con efusion;—teneis el corazon más generoso de la tierra.

—Hablad, que estoy impaciente por saber vuestro secreto.

—Vos me comprendereis mejor que nadie. El amor me tiene preso en sus redes.

—¡El amor!

—Sí, el amor; ese dulcísimo sentimiento que inunda nuestra alma con la luz de la fé, se ha despertado en mí, y no vivo ni sosiego, porque la esperanza y la duda me combaten.

—¿No sois correspondido?

—Lo ignoro.

—¿No habeis hablado con el objeto de vuestro cariño? ¿No conoce vuestros sentimientos?

—Ha debido adivinarlos.

—¿Y vos, á vuestra vez, no habeis adivinado si participa de ellos?

—Temo que la ilusion me engañe; pero ya no puedo vivir más tiempo sin entregarme á la alegría, á la felicidad, ó al dolor del desengaño. Vos podeis ayudarme á salir de esta situacion.

—¿Yo?—exclamó Fernando, al mismo tiempo que una idea que cruzaba por su imaginacion le heria en su alma.

—Vos, sí.

—¿Y de qué manera?

—Siendo un hermano para mí.

—¿Dudais de mi afecto?

—No, no dudo; por lo mismo os dirijo esta súplica.

—Hablad con entera confianza.

—Perdonad, Fernando, el atrevimiento; pero sabed que amo á Isabel.

—¿A Isabel?—exclamó, procurando dominarse.

—Sí; he descubierto en su primera mirada los tesoros de felicidad que guarda en su alma, y si ella no me amase, correria á buscar la muerte, porque sin ella no quiero la vida.

Instantáneamente pensó Fernando en la gratitud que le debia, y no vaciló en aceptar el sacrificio.

V.

—Habeis fijado vuestros ojos en un ángel,—le dijo.

—Lo sé.

—Yo os ofrezco contribuir á vuestra ventura, porque sois digno de ella.

—¡Oh! Dadme vuestra mano; permitidme que la estreche con toda mi alma.

—Vuestra felicidad será la mia,—dijo Fernando con un acento, en cuyo fondo se veía la tristeza de su corazón.

—El amor es cobarde,—añadió Villejo;—yo, que os hablo con tanta franqueza, apenas sabría pronunciar una palabra delante de ella. Yo, que me he hallado en muchos combates sin temblar, me estremecería al oír su voz, porque la duda es horrible, porque si yo entreviese siquiera que no participaba de mis sentimientos, sentiría en mis venas el frío de la muerte.

—Dejadlo á mi cuidado: soy vuestro amigo, vuestro hermano; yo exploraré su corazón.

—Los dos se separaron, y Fernando, aunque estaba resuelto á sacrificar sus ilusiones, sus deseos, sus soñadas venturas, á la gratitud, todavía abrigaba una esperanza.

—Isabel,—se decía,—no le amaré. Ella no sabe lo que es amor; nuestro cariño fraternal le basta para ser dichosa. ¡Oh!... Estoy seguro de que, cuando sepa que tiene que separarse de su madre, y aflojar los lazos que la unen conmigo, cerrará su pecho á ese sentimiento que ha inspirado á Villejo. De todos modos, yo he ofrecido explorar su corazón, y debo cumplir mi palabra.

Al llegar á su casa halló á Isabel en el jardín.

VI.

—Hermana,—le dijo, dominando su emocion,—tengo que hablarte.

—¿Tú?

—Yo, sí; tu hermano...—dijo, acentuando mucho esta palabra.

—Mucho me alegra, porque hace tiempo que andas distraído, y me parece que no me quieres tanto.

—¿Qué no te quiero!...

—No digo eso; pero desde que ha venido tu padre apenas te separas de él, y por más que comprenda tu cariño, como me robas algo del que me tienes, estoy quejosa.

Después de vacilar un instante,

—No, no,—se dijo Fernando;—he resuelto sacrificar mi amor: cumpliré mi palabra... Oye, Isabel,—añadió en voz alta;—voy á hacerte una pregunta, que te sorprenderá sin duda; pero debes ser franca conmigo... ¿Sabes lo que es amor?

Las mejillas de Isabel se cubrieron de un vivo carmin.

VII.

—¿No contestas?—dijo Fernando.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Sé leal, y respóndeme.

—Pues bien, Fernando; no sé lo que es amor; pero lo siento en mí.

Una nueva ilusión pasajera embargó á Fernando.

—¿Lo sientes?

—Sí, desde hace algun tiempo noto un gran cambio en mi existencia. Los horizontes de mi vida se han ensanchado; venturas que nunca habia soñado me brindan una felicidad sin limites. Perdóname; yo creia que no habia más cariño que el que profesaba á mi madre, que el que sentia por tí; pero el afecto que ha nacido en mi alma, sin menguar mi cariño de hija, de hermana, es mucho más grande, mucho más intenso; no lo puedo explicar.

VIII.

¡No era él quien le inspiraba aquel sentimiento!

Dominándose de nuevo, se aprestó á cumplir su palabra.

—Pues bien, Isabel, —le dijo; —ese amor que tú sientes lo has inspirado á un hombre... Villejo te ama.

—¡Oh! Lo habia adivinado, —exclamó Isabel, no pudiendo contener aquel grito de entusiasmo que produjo en ella la revelacion de Fernando.

—¿Y tú le correspondes?

—Escucha; yo para tí no quiero tener secretos; al contrario, necesito tu auxilio, porque hay sentimientos que es necesario comunicar á los que bien nos quieren; porque si no, nos ahogarian.

Desde el primer momento he comprendido que ese

jóven, tan bueno, tan generoso y tan honrado, sentia afecto hácia mí; y más que nada, la gratitud por los beneficios que ha dispensado á tu padre, me han movido á quererle, á desear su felicidad.

—Te comprendo y te admiro,—dijo Fernando;—yo, por mi parte, deseo que seas con él dichosa. Sólo un favor te pido, y no me lo negarás.

—¿Cuál?

—El de que me quieras siempre como á un hermano.

—¿Puedes dudarlo?

—No; pero el amor lo avasalla todo, es intransigente; llega á ser egoista, y hace olvidar al hijo la gratitud que debe al padre, y separar al hermano del hermano.

—¿Has amado tú tambien?

—No, yo no he amado; me basta tu cariño y el de mi padre.

—¡Oh! Algun dia amarás tambien, y entonces tendré yo que hacerte la misma súplica.

—No, no amaré nunca.

—Eso no puede decirse.

—Yo sí; el amor ha muerto en mi alma.

—¿Cómo? ¿Has sufrido algun desengaño, algun pesar?

—No intentes averiguarlo: es el único secreto que tendré para tí toda la vida. Si quieres aliviar la desgracia que siente mi alma por no poder amar, no olvides la promesa que me has hecho de conservarme siempre el cariño de hermana.

IX.

Aquel mismo día manifestó Fernando á su amigo Villejo la dicha que le sonreía, y no contento aún, desgarrando su propia herida, habló á su padre y á Inés.

Inés sacrificó también sus deseos á la gratitud.
Pero comprendiendo á Fernando:

X.

—Hemos cumplido un deber,—le dijo,—y sin embargo, está triste tu alma. No me lo niegues: ¿amabas á Isabel?

—Sí, madre mía, sí,—dijo Fernando.

—Lo he adivinado, y mi mayor ventura hubiera sido vuestra unión.

—Que ignore siempre este secreto.

—¿Pero tú sufrirás?

—No, porque para desahogar mis penas tendré siempre vuestro cariño.

Inés le recibió en sus brazos.

XI.

La ventura parecía sonreír á Isabel y á Villejo. Colón, sin descubrir el secreto de su hijo, sin comprender cuáles eran los motivos de su entusiasmo por la ciencia, estaba también muy contento, al pensar

que Isabel iba á pagar con su cariño los beneficios que le habia dispensado.

Aquella ventura debia, sin embargo, hallar obstáculos.

XII.

Uná mujer infame habia jurado vengarse de Inés.

No la perdía de vista, y queria herirla en lo que más ama una madre en el mundo: en su adorada hija.

Aquella mujer era la gitana que en su juventud la habia perseguido.

Pero antes de saber lo que hizo en contra de su enemiga, vamos á ver los medios que empleaban los adversarios de Colon para recuperar lo perdido.

Capítulo IX.

Una teoría puesta en práctica.

I.

La reina había sido sincera.

Colon había despertado siempre en su ánimo admiración y afecto, y la idea de verle cargado de cadenas, ultrajado por un representante suyo, había operado una reacción en su ánimo, y estaba resuelta á indemnizar al almirante de sus sinsabores, rehabilitándole en sus cargos y dignidades, y haciendo ostensible el gran aprecio que le profesaba.

A pesar de la falta de salud de la reina, de la profunda tristeza que se había apoderado de su corazón, y que debía muy en breve llevarla al sepulcro; á pesar, en fin, del carácter ambicioso y poco expansivo de don Fernando, ejercía poderosa influencia sobre él.

II.

No podía ménos de suceder así.

Su union habia nacido de un amor verdadero, y este amor no se habia extinguido en medio del engrandecimiento político, la prosperidad creciente del país, al reunir las dos coronas y refundir sus estados en uno solo.

III.

Pero el tiempo, que vá secando poco á poco en el alma los sentimientos generosos, al mismo tiempo que condenaba á la pobre reina á devorar en silencio la inmensa pena que causaba en su alma la muerte de su hijo, las disensiones de familia que su esposo provocaba, este, halagado por los triunfos que habia obtenido, convencido ya de que el descubrimiento de las Indias engrandecia á la metrópoli y podia ser una mina inagotable para el tesoro de España, deseaba que estuvieran al frente de las colonias hombres capaces de satisfacer su codicia, y este fué el flaco que explotaron los enemigos de Colon para aplazar la rehabilitacion, que ambicionaba más que su vida propia.

IV.

Fonseca, á quien repito no es posible considerar sino como el resultado de una aberracion lastimosa;

aquel hombre, que gracias á su talento habia logrado captarse la confianza de la reina y la consideracion del rey; aquel hombre que tuvo en sus manos los medios de que los descubrimientos de Colon fuesen para España tan ventajosos como el almirante habia querido, obedeciendo al bajo sentimiento de ódio, de venganza, que experimentaba por las humillaciones involuntarias á que le habia condenado Colon, viéndole perdidas sus esperanzas y arruinado, viendo que la reina estaba resuelta á protegerle, recordó la terrible teoría que tantos estragos ha hecho en el mundo, esa teoría que se formula en esta lacónica frase: *divide y vencerás*.

Necesitaba, pues, para sofocar los generosos sentimientos que el infortunio de Colon habia despertado en la reina, para contrarrestar la influencia que la esposa habia ejercido sobre el esposo, abrir un abismo entre los dos, y cautelosamente dió manos á la obra.

V.

Mientras el almirante descansaba en el seno de su familia, mientras que se desarrollaban en torno suyo todos los elementos para un drama, el obispo Fonseca veia á menudo á la reina Isabel, pasaba largas horas en la cámara del rey Fernando, y cada una de estas entrevistas era un golpe de muerte que daba al esplendor de España, á la gloria del primero de sus almirantes, á la felicidad doméstica de aquellos sobera-

nos, que hasta entonces habian recibido á manos llenas los dones de la Providencia.

VI.

—¡Ah! Señora,—exclamaba Fonseca cuando se hallaba á solas con la reina;—comprendo vuestra pena, comprendo las lágrimas que á cada instante surcan vuestros ojos. ¿Qué es la felicidad conyugal, qué es el amor de un pueblo, qué son los triunfos obtenidos en la guerra, qué la satisfaccion de haber arrojado á los infieles del territorio de España y haber colocado donde estaba la Media Luna el signo santo de la Redencion? ¡Ah! Sí; todo esto es grandioso, todo esto aumenta el prestigio del soberano; pero cuando en medio de la alegría del triunfo, en medio de las satisfacciones se pierde al único hijo, á la única esperanza del corazon de una madre, de la dicha de un pueblo, las pasadas alegrías son torcedores, son martirios crueles, y sólo hay tiempo para llorar pérdida tan inmensa.

VII.

La reina agradecia aquellas frases que retrataban el verdadero estado de su corazon.

—¡Cuán bueno sois, Fonseca!—le decia.—Ninguno como vos me comprende, ninguno como vos penetra los misterios del corazon de una madre.

—Yo bien conozco,—añadió hábilmente Fonse-

ca,—que vuestra majestad desearia que participase de los mismos sentimientos el rey don Fernando, mi señor. Grandes consuelos recibiria vuestra alma si en vez de vivir apartado de vos vuestro augusto esposo, pasara las horas en vuestra compañía, recordando las esperanzas y los proyectos, patrimonio de días más felices. Pero los hombres, mucho más cuando ciñen una corona á sus sienes, tienen otros deberes que cumplir.

Hay ocasiones en las que, preocupado con los altos negocios de la nacion, parece que el rey ha olvidado por completo la muerte de su hijo. La gloria le seduce; las guerras que sostiene le preocupan... ¡Oh! Pero yo estoy seguro de que, aunque no lo manifiesta, en el fondo de su alma tiene siempre un recuerdo para su hijo.

VIII.

Y de este modo, haciendo ver á la reina que nunca hablaba el rey del infante don Juan, que sólo ambicionaba la gloria y la sed de conquistas absorbía su imaginacion, le presentaba á sus ojos como un hombre sin alma, egoísta, insensible, y aumentaba el dolor de la esposa y de la madre.

Distinto era el sistema que empleaba con don Fernando.

Fonseca estaba convencido de que los países descubiertos encerraban en sus entrañas inagotables riquezas.

Pero no queria que volviese Colon á ocupar el puesto que habia desempeñado.

Queria que la última impresion que produjera en la India, fuera la que habia causado su llegada á la metrópoli cargado de cadenas.

IX.

Por sus conversaciones con el rey pudo convenirse de que don Fernando, al ver que el rey de Portugal y el rey de Inglaterra enviaban continuamente expediciones marítimas en busca de países nuevos, deseaba ensanchar las conquistas iniciadas por Colon, y necesitaba para conseguir su objeto halagar sus esperanzas, porque al mismo tiempo que las halagaba podria influir en su ánimo, demostrándole que no era ya el almirante la persona que debia gobernar sus estados de allende el mar.

De acuerdo los dos en que era necesario conservar los países descubiertos,

X.

—Idead,—dijo el rey á Fonseca,—el medio de organizar la administracion de las colonias.

Fonseca sometió su plan al monarca.

—En mi opinion,—le dijo,—convendria nombrar varios alcaldes para que administrasen todos los grupos de poblacion establecidos y que se establezcan,

dependientes de un gobierno general, que puede radicarse en Santo Domingo.

Fonseca dió esta organizacion para aumentar la importancia del cargo que hasta entonces habia desempeñado Colon, y para que sufriera su amor propio al ver que desde el momento en que se elevaba á mayor altura el cargo que habia desempeñado, no le consideraban los reyes con las condiciones necesarias, con la capacidad conveniente para desempeñarle.

XI.

—Organizada así la administracion,—dijo el rey á Fonseca,—tendrá que volver á su puesto Colon.

—Tales parecen los deseos de su majestad la reina, y bien merece el almirante esa rehabilitacion. Pero la verdad es que un cargo de esa especie, que tan omnimodos poderes necesita el que represente en las Indias á vuestras majestades, debe exigir al agraciado algun vínculo con la corona, algun vínculo con el país, y al fin y al cabo los Colones son extranjeros, no sienten el orgullo nacional, y sobre todo, hay que tener presente una cosa: los contratos que el almirante ha hecho con vuestras majestades son onerosos para la corona de España.

—Eso es muy cierto.

—Al concederle vuestras majestades la proteccion que imploraba para emprender su viaje de exploracion, nada más natural que ofrecerle grandes ventajas, porque al fin y al cabo no se sabia si fracasaria su

empresa. No seré yo quien aconseje que no se cumplan los tratados hasta ahora; pero en lo sucesivo deben modificarse.

En efecto: nadie podía presumir la extensión de los países que se ocultaban en medio del Océano, ni los tesoros que encerraban en sus entrañas.

—De no poner coto á las prerogativas que le han concedido vuestras majestades, puede llegar con su importancia á ser, despues de vuestras majestades, la primera persona de España, y esto no lo verian con gusto los nobles, que á fuerza de heróicas hazañas y de costosos sacrificios, han ganado los puestos que hoy ocupan en la córte.

—Con afecto; los contratos deben revisarse, deben modificarse en un sentido más equitativo.

—En un sentido,—añadió Fonseca,—que pueda impedir al almirante que vuelva algun día á regir los destinos de las colonias, á olvidar sus deberes, proclamándose soberano de aquellos países, y arrebatando á la corona de España una de sus mejores joyas.

Esta idea, que no se le habia ocurrido al monarca, acabó de decidirle á oponer toda clase de obstáculos á la rehabilitacion del almirante.

—No volverá á ser gobernador de Santo Domingo,—dijo el rey.

XII.

Fonseca tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su alegría.

Convino con el rey en que debian fomentar la passion de los descubrimientos que en todos los marinos de España se habia despertado, y el rey decidió, entre tanto, oponerse con habilidad, con resistencia pasiva á que se devolviesen á Colon las dignidades y privilegios que se le habian otorgado, y de los que no podian despojarle por ningun concepto.

Capítulo X.

Pretextos especiosos.

I.

El rey llegó á identificarse con Fonseca en las cuestiones de las Indias.

Pero la reina insistía en cumplir la palabra que había dado al almirante, y su esposo, aunque hábil y astuto, necesitaba del auxilio de Fonseca para convencer á la reina, porque no quería disgustarla, hallándose, como se hallaba, enferma y triste.

Colón insistió cerca de los monarcas para que apresurasen su rehabilitación.

—¿Qué hacer?—dijo el rey á Fonseca.

Fonseca figuró que improvisaba lo que ya había pensado hacia tiempo.

A las peticiones del almirante contestó el rey en estos términos:

II.

—No dudeis, mi buen amigo,—dijo á Colon,—que los deseos de la reina y los míos son rehabilitaros á los ojos de los habitantes de las colonias, porque á los nuestros y á los de la España entera lo estais ya. Pero las noticias que se reciben demuestran que conviene aplazar vuestra marcha. Bobadilla tiene amigos y adversarios. Estos y aquellos están divididos en facciones, que se disputan palmo á palmo los destinos, el oro, las tierras, todo. Si volviéseis, los que os abandonaro al creer en la desgracia, temerosos de que les castigueis, serán capaces de colocarse al lado de Bobadilla, y de aumentar las desventuras de la colonia con una guerra civil.

No sois vos el primero que debe reemplazar á Bobadilla. Nosotros le castigaremos por sus abusos; le despojaremos de los títulos que ha usurpado ante los mismos que han presenciado los ultrajes de que os ha hecho víctima; pero ni vos querreis desempeñar el cargo de ejecutor de nuestros designios, porque apareceríais ser entonces el instrumento de vuestra propia venganza, ni conviene al prestigio y á la grandeza que deseo para vos, la misión de poner coto á los desórdenes de los colonos.

Es necesario que os preceda otra persona de confianza y energía; otro alto funcionario que limpie la isla de los rebeldes, de los descontentos, de los miserables que la pueblan, y cuando todo esté en calma,

cuando la paz se restablezca en aquellos dominios, vos, que habreis ido á descubrir nuevas tierras para mi corona, recibireis la órden de presentaros á recoger el fruto de la paz.

III.

Las razones que alegaba el monarca eran poderosas, y no podian ménos de convencer á Colon.

En efecto, por nada del mundo queria ser el verdugo de Bobadilla.

La nobleza de su corazon le decia que si se encargaba de semejante mision, tendria que aparecer de nuevo su generosidad como flaqueza de ánimo, como pobreza de espíritu.

Y como al mismo tiempo le ofrecia el monarca darle una escuadra para que emplease el tiempo que tardase en pacificar la isla en proseguir sus exploraciones, halagadas sus esperanzas, cayó en la red que le tendió Fonseca, y consintió, sin formular una sola reclamacion, que se designase una persona para reemplazar á Bobadilla, castigarle y castigar á los rebeldes.

IV.

Por insinuacion de Fonseca, que ya de acuerdo con el rey obraba más francamente, se nombró á don Nicolás de Ovando, comendador de Lares y caballero de la órden de Alcántara, para que reemplazase á Bobadilla.

Era don Nicolás de Ovando hombre que disfrutaba fama de prudente.

Dotado de gran inteligencia, la severidad de su carácter no impedía que rindiese culto á la justicia.

V.

Hé aquí cómo le pintan los historiadores de su época.

«Era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, y aire modesto, pero imponente.

»Dotado de la mayor prudencia, y con condiciones para gobernar á muchas gentes, sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde, que cuando llegó á ser maestro de la orden de Alcántara no permitió jamás que le diesen el título, ni que le hiciesen los honores que correspondían á su empleo.»

VI.

Esta pintura favorece demasiado al original.

Los actos de su gobierno son el reverso de la medalla.

Pero por de pronto pareció al rey tal como le pintaban los historiadores, y fué nombrado para reemplazar á Bobadilla.

Fonseca penetraba á través de la apariencia de Ovando, y comprendía que al desempeñar la misión que se le confiaba, terminaría la obra que con tanto afán venía realizando.

VII.

A las súplicas que había dirigido Colon á los reyes para que le facilitasen los medios de emprender su cuarto viaje de exploracion, y empleando el tiempo que tardase Ovando en pacificar la isla en aumentar los descubrimientos, en añadir nuevas joyas á la corona de España, le habian contestado que hasta que saliese el nuevo gobernador no podian dedicar su atencion á las pretensiones del almirante.

Hasta cierto punto, las razones en que se apoyaban para aplazar su marcha eran justas.

VIII.

Pero conociendo Fonseca cuánto sufría el almirante en la ociosidad, no sólo retardaba la partida de Ovando, sino que se complacía en dar noticia á Colon de los desastres que ocasionaba en la colonia la conducta de Bobadilla.

Comunicándole estas nuevas aparentaba cumplir un deber de cortesía, y lograba su objeto, que era el de agravar la desesperacion del ilustre marino.

Por otra parte, cuanto más tardaba en despachar á Ovando, mayores eran los conflictos que había en las Indias, y como le halagaba la ruina de aquellos países que los reyes de España debían á su enemigo, experimentaba una secreta y profunda alegría.

IX.

Pero los buques que llegaban de la Española traian noticias que hacian necesaria la partida del nuevo gobernador, y hubo un momento en el que la reina puso el mayor empeño en que cuanto antes saliese Ovando á poner remedio á los grandes males que la administracion de Bobadilla ocasionaba.

X.

En una de las expediciones parciales habia salido de España para defender la fé en aquellos apartados países, un misionero jóven y dotado de gran inteligencia.

Más tarde habia de dejar su nombre á la posteridad con la aureola de la caridad.

Aquel misionero era el padre Las-Casas, que fué la Providencia de los indios, que fué su más constante defensor, su mejor amigo, su paño de lágrimas.

XI.

Al llegar á la colonia, el espectáculo que presenció despertó la más viva piedad en su ánimo, y á pesar de vivir en humilde esfera, penetrado de los buenos sentimientos de la reina, escribió una carta, en la que le dió cuenta del lastimoso estado en que por la

conducta de los que mandaban en la colonia se hallaba esta.

Una breve reseña de lo que habia pasado demostrará al lector cuánta necesidad habia de que Bobadilla fuese reemplazado y de que se enviasen á la colonia auxilios morales y materiales para sacarla de la postracion en que estaba.

XII.

Bobadilla no se habia detenido en la peligrosa senda por donde habia empezado á caminar desde el momento en que habia llegado á la colonia.

Le hemos visto arrojar en brazos de los rebeldes; le hemos visto colmarlos de beneficios, engrandecerlos, porque su grandeza redundaba en menoscabo de Colon; le hemos visto halagar las malas pasiones de la muchedumbre para adquirir popularidad.

Estos primeros pasos, demasiado rápidos, debian encerrarle naturalmente en el estrecho círculo en que se colocan los que van demasiado de prisa en sus aspiraciones.

XIII.

A los pocos dias de su llegada, reinaba en la isla el desorden, la insubordinacion.

En vez de impedir los estragos, los aumentaba con su conducta débil y tristemente conciliadora.

Contemporizaba con todo el mundo, por triunfar

del presente sacrificaba el porvenir, y de error en error, de debilidad en debilidad, llegó á formar el caos en torno suyo.

Desmoralizados los colonos, para obtener algo de ellos tenia que halagar su codicia y vender las granjas y heredades de la corona para dar á entender que no querian los reyes enriquecerse, que su único deseo era que los descubrimientos redundasen en beneficio de sus vasallos.

XIV.

Amplió el permiso que habia concedido á todos para que pudieran explotar las minas libremente, y rebajó, como ya se dijo, la contribucion de los colonos, que consistia en la tercera parte de lo que recogiesen á la undécima.

Pero como no tenia que contentar únicamente á los que estaban á su lado, como necesitaba justificar todas las medidas que tomaba á los ojos de los reyes, como queria aparecer en la córte como más inteligente, como más activo que el almirante, necesitaba enviar crecidas cantidades de oro á España, y de este deseo nació la persecucion más odiosa, más indigna, más infame que hasta entonces habian experimentado los pobres indios.

Capítulo XI.

Crueldad.

I.

Conviene fijar la atención de los lectores en el cuadro que presentaba la isla en aquellos momentos, indicando además las instrucciones que dieron los reyes á Ovando, porque de este modo se verá la influencia que tenían los gobernantes en los países que se ponian bajo su tutela.

Bobadilla puede ser citado entre los más horribles tiranos.

II.

Que lo fueran algunos de los emperadores de Roma, sensible es; pero al fin y al cabo luchaban con gente que deseaba su ruina.

Pero Bobadilla no tenia enfrente más que pobres

y abatidos indios, sin armas, sin ódio ya, porque el dolor les impedía experimentar este sentimiento.

Su crueldad es un padron de ignominia para su nombre.

Necesitaba un tremendo castigo, un castigo que la Providencia debia darle, como veremos á su tiempo.

III.

Para satisfacer las pasiones livianas de los colonos, para congratularse al mismo tiempo con los suyos, obligó á los caciques á proporcionar indios que, trabajando en las minas y en el cultivo de los campos, ayudasen á los españoles.

Para llevar á cabo esta medida numeró los indios, los dividió en grupos, y los distribuyó entre los colonos, segun las simpatías que les inspiraban, y generalmente obedeciendo sólo á su capricho.

Los colonos á su vez se organizaron en parejas, y de los que las formaban, el uno se dedicaba á las faenas agrícolas, mientras el otro cultivaba los campos, ayudados siempre por los indios que tenian á sus órdenes.

IV.

Bobadilla sólo deseaba que las minas produjesen mucho oro, y continuamente decia á los colonos:

—Aprovechad cuanto podais este tiempo, porque nadie sabe lo que durará.

Lo que prueba que su conciencia le decia que perderia pronto su mando por los desafueros que había cometido.

Los colonos, interesados en obédecle, abusaron tanto de los indios, que apenas les dejaban descansar un momento, en términos que el undécimo proporcionaba mayores rendimientos á la corona que el tercio durante la administracion del almirante.

V.

Entre tanto, sufrían los infelices indígenas toda clase de crueldades por parte de sus inhumanos dueños.

Poco habituados al trabajo, débiles de constitucion, y acostumbrados en su hermosa y rica isla á una vida libre y descuidada, estaban agobiados por las faenas y la severidad con que á ellas se les obligaba.

Las-Casas pinta indignado la tiranía caprichosa que usaban con los indios algunos malvados españoles, entre los cuales habia muchos que habian venido convictos de los calabozos de Castilla.

Estos miserables, que eran en su país los más viles, tomaron el tono de principales caballeros.

Decían que necesitaban los sirviesen y acompañasen grandes comitivas de criados.

Se apoderaban de las hijas y parientes de los caciques, haciéndolas sus criadas, ó más bien sus concubinas, sin limitar el número de estas.

Cuando viajaban, en vez de usar de sus caballos y

mulas, hacian que los naturales los trasportasen en hombros, en literas ó hamacas, y que fuesen otros con quitasoles de palma defendiéndolos del sol, y otros abanicándoles con plumas.

Las Casas añade que vió las espaldas y los hombros de los desventurados indios chorreando sangre, despues de aquel vil é improbo trabajo.

VI.

Cuando estos arrogantes señores llegaban de dos en dos á un lugar indio, consumian las provisiones de los habitantes, tomando cuanto agradaba á su capricho, y obligando á los caciques y á sus súbditos á bailar delante de ellos para divertirlos.

Hasta sus placeres eran crueles.

Hablaban á los indios en los términos más degradantes, y á la menor ofensa, á la menor falta de humildad que mostrasen, les daban golpes, azotes y hasta la muerte.

Este es un pálido bosquejo de los males que resultaron del débil gobierno de Bobadilla, y que Las Casas describe lastimosamente, por observacion material, habiendo visitado la isla al fin de su administracion.

VII.

Bobadilla confiaba en que una inmensa cantidad de oro, arrancada de las miserias de los naturales, com-

pensaría todos los errores y le aseguraría el favor de los soberanos.

Pero estaba equivocado.

Los abusos de su gobierno llegaron al trono, y las penalidades de los naturales destrozaron el corazón benévolo de Isabel.

Nada podía causarle mayor indignación, y por lo mismo hizo todo lo posible para apresurar la salida de Ovando, y poner fin á aquellas enormidades.

VIII.

En conformidad con el plan antes indicado, el gobierno de Ovando se extendía á las islas y tierra firme, de que la Española debía ser metrópoli.

Debía entrar como procurador en el ejercicio de sus poderes desde el momento en que llegase, mandando á Bobadilla á España al regresar la flota.

Se le mandó que investigase diligentemente los últimos abusos, castigando á los delincuentes sin favor ni parcialidad, y expulsando de la isla toda persona turbulenta.

Debía revocar inmediatamente la licencia dada por Bobadilla para acopiar oro, pues no tenía sanción real, exigiendo la tercera parte de todo el que se encontrase junto, y la mitad del que se recogiese en lo sucesivo.

Llevaba poder para fundar ciudades, concediendo á estas los privilegios que gozan las corporaciones municipales de España, y obligando á los españoles, y en

particular á los soldados, á residir en ellas, en vez de vagar dispersos por la isla.

IX.

Entre muchas medidas sábias, habia algunas anti-liberales, características de una época en que los principios de comercio estaban aún mal entendidos; pero que continuaron en España mucho tiempo despues que las demás naciones del mundo las hubieron abolido como errores de una edad de ignorancia y tinieblas.

Nadie podia llevar mercancías por su propia cuenta.

Habia nombrado un factor real, único comerciante de quien se podian obtener artículos europeos.

La corona no sólo se reservaba la propiedad exclusiva en las minas, sino en las piedras preciosas, demás objetos de gran valor y palo del Brasil.

A ningun extranjero, y sobre todo á ningun moro ni judío, se le permitia establecerse en la isla ni hacer viajes de descubrimientos.

X.

Isabel tuvo especial esmero en que se diese buen tratamiento á los indios.

Ovando llevaba orden de reunir á los caciques y declararles que los soberanos los recibian á ellos y á sus gentes bajo una proteccion especial.

Sólo pagarían tributo como los otros súbditos de la corona, y este se exigiria con suavidad y blandura.

Debia cuidarse mucho de su instruccion religiosa, para cuyo propósito iban doce franciscanos con un prelado, llamado Antonio de Espinal, hombre venerable y piadoso.

Esta fué la primera introduccion formal de la órden de San Francisco en el Nuevo Mundo.

XI.

Todas las anteriores medidas en favor de los naturales quedaron paralizadas por una indiscreta cláusula.

Se permitia obligar á los indios á trabajar en las minas y otras ocupaciones; pero sólo para el servicio real.

Mientras los soberanos hacian reglamentos para el alivio de los indios, favorecian una cruel infraccion de los derechos y felicidad de otra raza de hombres.

XII.

Entre los varios decretos de aquel tiempo, se encuentran las primeras medidas adoptadas para la esclavitud de los negros en el Nuevo Mundo.

Se permitia llevar á la colonia esclavos negros nacidos entre cristianos; esto es, esclavos nacidos en Sevilla y otras partes de España, hijos y descendientes

XV.

Las mismas providencias se tomaron para indemnizar á los hermanos del almirante de las pérdidas que injustamente habian sufrido por su prision.

Colón debia tambien recibir los atrasos de sus sueldos, y ser en lo sucesivo pagado puntualmente.

Se le permitió tener un factor en la isla, que presenciase la fundicion y sello del oro, recogiese su parte y atendiese á todos sus negocios.

Para este empleo señaló á Alonso Sanchez de Carvajal, y los soberanos mandaron que aquel agente fuese tratado con el mayor respeto.

XVI.

La escuadra que debia conducir á Ovando á su gobierno, era la mayor que hasta entonces habia salido para el Nuevo Mundo.

Se componia de treinta bajeles, cinco de noventa á ciento cincuenta toneladas; veinticuatro carabelas, de treinta á noventa, y una barea de veinticinco.

Iban en la flota más de dos mil quinientas personas, entre ellas muchas principales, que llevaban sus familias.

Para que Ovando pudiese presentarse con la dignidad que requeria su nuevo empleo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas, y otros adornos suntuosos prohibidos entonces en España, á con-

de la costa atlántica africana, donde los españoles y portugueses habian sostenido por algun tiempo aquel tráfico.

XIII.

Hay que observar que la Española, el primer lugar del Nuevo Mundo en que se cometió este pecado contra la humanidad y la naturaleza, ha sido tambien el primero en insurreccionarse de una manera espantosa.

¡Justa expiacion de los abusos cometidos en aquella tierra virgen por los españoles!

XIV.

Entre los varios asuntos que reclamaban la atencion de los soberanos, no quedaron olvidados los intereses de Colon.

Se mandó á Ovando que examinase todas sus cuentas, sin pagarlas por él mismo.

Debía averiguar las pérdidas que habia sufrido por su prision, confiscacion de bienes é interrupcion de funciones. Toda la propiedad usurpada por Bobadilla debía devolversele, y si estaba vendida indemnizarle.

Si se habia empleado en el servicio real, el tesoro debía pagársela; si Bobadilla se la habia apropiado, debía responder de ella con sus bienes particulares.

XV.

Las mismas providencias se tomaron para indemnizar á los hermanos del almirante de las pérdidas que injustamente habian sufrido por su prision.

Colón debía tambien recibir los atrasos de sus sueldos, y ser en lo sucesivo pagado puntualmente.

Se le permitió tener un factor en la isla, que presenciase la fundicion y sello del oro, recogiese su parte y atendiese á todos sus negocios.

Para este empleo señaló á Alonso Sanchez de Carvajal, y los soberanos mandaron que aquel agente fuese tratado con el mayor respeto.

XVI.

La escuadra que debía conducir á Ovando á su gobierno, era la mayor que hasta entonces habia salido para el Nuevo Mundo.

Se componia de treinta bajeles, cinco de noventa á ciento cincuenta toneladas; veinticuatro carabelas, de treinta á noventa, y una barca de veinticinco.

Iban en la flota más de dos mil quinientas personas, entre ellas muchas principales, que llevaban sus familias.

Para que Ovando pudiese presentarse con la dignidad que requeria su nuevo empleo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas, y otros adornos suntuosos prohibidos entonces en España, á con-

secuencia de la ostentacion excesiva de la nobleza.

Se le autorizó además para llevar una guardia particular de veinte escuderos, entre ellos diez de á caballo.

XVII.

Salió con la expedicion don Alonso Maldonado, como alguacil mayor, para reemplazar á Roldan, que debia ser enviado á España.

Iban tambien artistas de todas clases; un médico, un boticario, un cirujano y veinte hombres casados con sus familias, todos de respetable carácter, que habian de distribuirse en cuatro ciudades, y gozar varios privilegios para formar la base de una poblacion sana y útil.

Debian salir de la isla otros tantos individuos disolutos y ociosos.

Esta excelente medida fué aconsejada por Colon.

XVIII.

Tambien iban ganados y aves, artillería, armas y municiones de todas clases; todo, en fin, cuanto se requeria para el servicio de la isla.

De esta manera, Ovando, favorito del rey y súbdito natural suyo de distinguida categoria, tomó el gobierno que se arrebatava á Colon.

La flota salió el 13 de Febrero de 1502.

Al comenzar el viaje sufrió una terrible tormenta,

en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta.

Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se extendió el rumor de que todos los buques se habian perdido.

XIX.

Cuando tuvieron conocimiento de estas noticias los soberanos, se apesadumbraron tanto, que durante ocho dias no quisieron recibir á nadie.

El rumor fué infundado.

Sólo se habia perdido un buque.

Los otros se reunieron en la isla de la Gomera, y continuando su viaje, llegaron el 15 de Abril á la isla de Santo Domingo.

Capítulo XII.

Un proyecto generoso.

I.

El almirante, á pesar de estar convencido de que no debía ir á la isla á reemplazar á Bobadilla, veía con pena los grandes preparativos que se hacian para la partida de Ovando.

Sólo mitigaba algun tanto su pena el amor de sus hijos, la felicidad que sonreía á Isabel, la veneracion y el respeto con que le trataba Villejo.

Pensaba que aquella felicidad que habia en torno suyo era un premio que daba Dios á sus buenos sentimientos, y para tranquilizarse más y más y hallar consuelo á los pesares que sufría, buscaba los amantes brazos de la religion, y en ellos reposaba su ardorosa frente, para que de aquel dulce sueño brotasen en su espíritu nuevas ilusiones.

II.

Ocho meses hacia ya que estaba en Granada, y en este tiempo habia entablado cariñosas relaciones con el padre Gorricio, fraile muy ilustrado y muy piadoso, gran admirador de Colon y verdadero amigo suyo apenas comprendió las nobles prendas de que estaba adornado.

Dos grandes ideas, que habian llegado á ser sentimientos, habian constituido, por decirlo así, la vida de Cristóbal Colon: el descubrimiento del Nuevo Mundo, y el rescate del Santo Sepulcro.

III.

Mis lectores recuerdan que esta segunda idea nació en su alma durante el sitio de Granada, cuando se presentaron á pedir el auxilio de los reyes los frailes que llegaron de Jerusalem, y en cuya compañía partió Martin Carrasco.

Desde entonces, á su deseo de arrancar sus secretos al Océano, de ballar en las desconocidas tierras que presumia y adivinaba ricos tesoros, se unia en él el de emplear aquellas riquezas que adquiriese en formar y sostener una gran cruzada, que al mando suyo se dirigiese á Jerusalem y arrebatase de las manos de los infieles aquellas preciosas reliquias, que eran la verdadera ejecutoria de la humanidad cristiana.

IV.

Hizo voto Colón de realizar este designio; pero como sus triunfos no habían sido tan fáciles, como se había empeñado en luchas tan difíciles y tan dolorosas, como apenas le había bastado el tiempo para destruir los lazos que la envidia y la mala fé le habían tendido á cada instante, había tenido que renunciar á sus generosos propósitos, aplazándolos para cuando estuvieran satisfechas sus aspiraciones.

—¡Ah!—exclamaba á veces.—Si yo pudiera coronar mi obra conquistando la Tierra Santa. ¡Qué mayor ventura para mí! ¡Qué mayor gloria para mis hijos!...

V.

Animóle el padre Gorricio en esta empresa, que le era en extremo grata, y le ofreció contribuir por su parte, empleando toda su influencia en la realización de sus designios.

Resuelto á emplear el tiempo que tardasen los reyes en devolverle su antiguo empleo en llevar á cabo tan piadosa y noble empresa, se entregó á un profundo estudio.

En los libros de los Santos Padres, en las Sagradas Escrituras, en las conversaciones con los mejores teólogos de Granada, buscó revelaciones que pudiesen aparecer como base del descubrimiento del Nuevo

Mundo, de la conversion de los idólatras y del rescate del Santo Sepulcro.

VI.

Con ayuda del padre Gorricio reunió todos los datos que pudo adquirir con este fin, formó un libro, que no era más que una recopilacion de los argumentos favorables á sus designios, y presentó á los reyes aquel trabajo, acompañado de una carta, en la que les pedia licencia para fundar una cruzada que arrebatare de las manos de los gentiles la posesion de los Santos Lugares.

VII.

Con verdadera fé manifestaba en aquella súplica hallarse convencido de que el cielo le habia escogido para llevar á cabo aquella obra, del mismo modo que le habia impulsado á descubrir el Nuevo Mundo.

—Animado por este sentimiento,—añadia,—vine á vuestras majestades; todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él. Todas las ciencias que sabia no me aprovecharon de nada. Siete años pasé en vuestra córte disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes y en las ciencias, y al fin decidieron que todo era vano.

»Sólo en vuestras majestades hallé fé y constancia.

»¿Quién dudará en calificar de divina aquella luz

de las Santas Escrituras que iluminó á vuestras majestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?»

VIII.

Colón atribuía á inspiración divina sus proyectos, y pensaba que el descubrimiento de las Indias había sido un medio, una proporción para la grande empresa de la conquista del Santo Sepulcro, que era su verdadera misión (A).

La reina llamó á Colón, y le oyó largamente.

Todas las ideas del ilustre marino hallaban eco en el corazón de aquella generosa mujer.

Pero la empresa que quería acometer el almirante era superior, muy superior á los recursos con que contaba por entonces la corte de España.

Las Indias no habían dado aún lo bastante para indemnizar lo que había costado su descubrimiento.

IX.

—Vuestra idea es sublime,—dijo la reina al almirante;—pero, aunque á pesar mío, es necesario aplazar su realización. Vos acometeréis esa empresa, si Dios quiere; pero antes es preciso que, insistiendo en vuestros propósitos, consigáis que las Indias nos faciliten los medios de complaceros.

—¿Y he de permanecer ocioso todo este tiempo?

—No; muy en breve tendréis á vuestra disposición algunas embarcaciones para intentar un nuevo viaje

de exploracion. Entre tanto, don Nicolás de Ovando hará caer el rigor de la ley sobre los culpables; la isla se pacificará, y volvereis á ella para que se cumpla la palabra que os hemos dado.

—Viejo soy ya,—dijo Colon,—y es fácil que no lleguen mis ideas adonde deseo.

—Dios lee en el alma,—exclamó la reina.

—¡Cúmplase su voluntad!—dijo con resignacion el almirante.

X.

Y aunque no renunció á su grandiosa idea, creyó que en efecto era más oportuno por entonces volver al Golfo de Paria, buscar la Tierra Firme, extender por allí las conquistas de la corona de Castilla, regresar á la colonia y conducirla á la prosperidad, y si sus dolencias y sus años se lo permitian, y el éxito de su empresa le facilitaba los medios, ilustrar el último período de su vida con la conquista de los Santos Lugares.

Capítulo XIII.

El cuarto viaje.

I.

Los recientes viajes que habia hecho Vasco de Gama doblando el cabo de Buena Esperanza, y Pedro Alvarez Cabral volviendo al Occidente con sus embarcaciones cargadas de preciosas mercancías, unido á los comentarios que se hacian en todas partes acerca de los diamantes y piedras finas que se hallaban en las minas del Indostan, del oro, de las perlas, de la plata, del ámbar, del marfil y la porcelana, de las sedas, maderas, gomas, especias y esencias de la China, inspiraba al almirante grandes deseos de ir más allá que los más célebres viajeros portugueses, á coronar su obra con el descubrimiento de países que en mayor abundancia ofrecieran estas preciosidades.

II.

Sus propias observaciones que hizo en el Golfo de Paria, las noticias que tuvo por otros navegantes, y especialmente por Rodrigo Bastidas, que habia avanzado más que él por el mismo camino, le hicieron pensar que la costa de Tierra Firme se extendia hácia el Oriente.

Creia además que se dilataba por el mismo lado la del Sur de Cuba, que habia considerado en todo tiempo como parte del continente asiático.

Estos datos le impulsaban á creer que entre aquellas dos costas habia un estrecho que abria paso al mar Indico.

III.

Habló á los reyes, les comunicó sus creencias, y les pintó con vivos colores el éxito que se prometia.

Deslumbrados los reyes por aquella promesa; y hasta el mismo Fernando, que si no profesaba un gran afecto á Colon, tenia el mejor concepto de su pericia y de su buena fé, se dispuso á ayudarle.

Fonseca y sus parciales trataron de disuadir á los soberanos.

IV.

—No seria justo,—contestó la reina,—negar á Co-

lon, á quien tanto debemos, unos cuantos bajeles, despues de haber ofrecido á Ovando una escuadra tan magnífica como la que ha llevado á las colonias.

A este sentimiento de justicia en la reina se unia en el rey el deseo de hallar un camino directo á los países que los portugueses empezaban á explotar con tan buenos resultados.

En aquella ocasion triunfó el prestigio del almirante, y los reyes autorizaron á Colon para armar una escuadra con el objeto de descubrir el estrecho que debia conducir directa y rápidamente á los españoles hasta las espléndidas ciudades del Oriente.

V.

Animado por esta concesion, se dispuso á partir para Sevilla con el objeto de apresurar los preparativos del viaje.

Antes consagró algun tiempo á arreglar sus papeles.

La mayor parte de ellos los confió al padre Gorrício.

Despues escribió una larga carta al papa Alejandro VII, manifestándole que habia decidido ir á Roma para darle detallada cuenta de sus viajes y de sus proyectos, y los motivos que le habian impulsado á llevar á cabo aquella determinacion.

Confiábale tambien que el móvil que le habia impulsado á acometer aquellas empresas, era destinar

las riquezas que en ellas adquiriese al rescate del Santo Sepulcro.

Le anunciaba su próximo viaje, y le prometía á su vuelta ir á Roma para referirle los pormenores de la expedicion.

VI.

Llegó el momento para Colon de separarse de sus hijos, y Fernando, que no queria estar presente cuando se celebraran las bodas de Isabel con Villejo, rogó á su padre que le permitiese acompañarle.

Bartolomé queria tambien compartir con él los azares de la nueva expedicion.

Antes de despedirse de los reyes les suplicó, y obtuvo el permiso competente, para que le acompañaran su hijo y su hermano.

Diego continuó al servicio de la reina, para velar por su padre y destruir las maquinaciones de sus enemigos.

VII.

Colon queria detenerse en la Española, y manifestó sus deseos á los reyes.

Instigados estos por Fonseca, se lo prohibieron, concediéndole únicamente permiso para que al regresar de su viaje se detuyese en la isla el tiempo suficiente para tomar provisiones.

Emplearon al servicio del almirante tres personas

instruidas en la lengua árabe, para que le sirviesen de intérpretes cerca del gran Kan, y además confirmaron todos los privilegios que le habian otorgado antes, asegurándole solemnemente que sus capitulaciones se cumplirían y que disfrutaria de todas las dignidades que le habian concedido, pudiendo trasmitirlas á sus hijos por herencia.

VIII.

Colón autorizó á su hijo Diego para que le representase en España, y partió á Sevilla.

En aquella ciudad hizo los preparativos, y empleó el tiempo en asegurar el porvenir de su familia.

Cuentan sus historiadores, que mandó sacar dobles copias de todas las cartas, concesiones y privilegios de los soberanos, nombrándole almirante, virey y gobernador de las Indias; como asimismo de los demás documentos que justificaban su conducta; y todos ellos convenientemente autorizados, los envió á Génova, su patria, como asimismo una carta al Banco de San Jorge de la misma ciudad, destinando la décima parte de sus rentas para que la empleasen en disminuir los derechos del trigo y otros cereales (B).

IX.

A pesar de los esfuerzos que hacia Fonseca para dificultar su marcha, pudo reunir á principios del

año 1502 cuatro carabelas de setenta toneladas la mayor y de cincuenta las más pequeñas.

El número de tripulantes que habia en todas ascendia á ciento cincuenta hombres, entre los que iban algunos protegidos de Fonseca, elementos que debian amargar los últimos dias de la vida de aquel gran hombre.

X.

Al emprender aquel nuevo viaje tenia el almirante sesenta y seis años.

No faltaba á su alma vigor, ardimiento.

Su energía no habia decaido.

Todas sus facultades intelectuales se hallaban en el apogeo.

Pero su cuerpo, debilitado por las enfermedades, por los padecimientos, no podia ofrecer tranquilizadoras esperanzas á los que le querian.

Sin embargo, Colon tenia á su lado á Bartolomé, que podia ser su brazo derecho, y á su hijo, que con su cariño podia ofrecerle dulces consuelos en aquella nueva peregrinacion.

XI.

El dia 9 de Mayo salió Colon de Cádiz con su escuadra, despues de despedirse de Inés, de Isabel, de Villejo y de su hijo Diego, que fueron hasta allí para poder abrazarle.

La boda de los dos jóvenes debía celebrarse en cuanto regresaran á Granada.

La escuadra se dirigió á las costas de Marruecos, y ancló en Ercilla el dia 13.

Despues de detenerse para visitar al jefe de la guarnicion portuguesa, llegó á la Gran Canaria el 20, y tomando provisiones de agua y leña, salió con viento favorable para el Nuevo-Mundo el dia 25, y el dia 15 de Junio llegó á una de las islas Caribes.

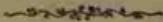
Detúvose en ella tres dias, pasando al Occidente; despues tocó en la Dominica, llegó por el Oriente de las Antillas hasta Santa Cruz, y por el Sur de Puerto-Rico se encaminó á Santo Domingo.

XII.

No tenia permiso para seguir aquel rumbo, ni su primitivo plan habia sido seguirle, puesto que deseaba tocar en la Jamaica, explorar las costas del continente, y buscar el estrecho.

Peró la mejor de sus carabelas navegaba muy mal, y decidió cambiarla por alguna de las que habian servido á Ovando, ó comprar otro buque en Santo Domingo.

Antes de hallarle en este punto, necesito referir á mis lectores algunos de los sucesos que ocurrieron en España á la salida de Colon, y los que habian tenido lugar en la isla desde la llegada de Ovando.



Capítulo XIV.

Una horrible venganza.

I.

Apenas se despidieron del almirante aquellos seres que formaban su familia, Diego se puso en camino para Granada, y Villejo se quedó á acompañar á su amada y á Inés, porque no podia hacer el viaje tan precipitadamente como el jóven paje de la reina.

Isabel estaba ébria de gozo por que iba á unirse con Villejo, el cual, por sus prendas personales y por el inmenso amor que la profesaba, hacia la felicidad de la jóven.

Inés participaba de la felicidad de su hija; pero una nube oscurecia su frente.

Depositaria de los secretos de Fernando, sabia que al emprender al lado de su padre el viaje llevaba en su corazon la imágen de Isabel, y sabia que al alejarse de ella hacia un gran sacrificio.

II.

Aquel acto debía tener una gran influencia en su vida.

Pero la felicidad maternal es egoísta, y pensando que tal vez la ausencia y las impresiones que recibiría Fernando en aquella expedición distraerían su ánimo y alejarían de él el pensamiento de su desdicha, no tardó en consagrarse por completo al goce que le brindaba la esperanza de ver á Isabel unida con Villejo.

Detuviéronse un día en Sevilla, y se pusieron en camino con ánimo de descansar también en Córdoba.

III.

Esta ciudad tenía grandes recuerdos para Inés. En ella había entrado bajo la tutela de unas gitanas, y había salido bajo el amparo de una protectora, que había sido para ella una segunda madre.

Sus pasadas venturas las debía á Colon, que movido á piedad por el relato que durante el viaje le hizo Matías Sampayo, había empleado toda su influencia con doña Beatriz para que protegiese los amores de su camarista y de su paje.

—Si os deteneis en Córdoba,—había dicho Colon,—visitad en mi nombre á fray Pedro Antunez. Decidle que parto satisfecho; que confío en la piedad divina, y que no me olvide en sus oraciones.

IV.

Inés quiso cumplir el deseo del almirante.

Detúvose, pues, en Córdoba, y fué á parar precisamente á la misma posada que en otro tiempo dirigia maese Repulgo, traspasada á la sazón á otro posadero, digno émulo de aquel; pero muy limpio, y que habia convertido el antiguo meson en una verdadera hostería, que aparecia á los ojos de los que iban á hospedarse en ella como una tacita de plata.

Tantas veces habia hablado Inés á su hija de la casa en donde habia habitado con doña Beatriz, que para estar próxima á ella y poder enseñársela, eligió la hostería como morada suya mientras permaneciese en Córdoba.

V.

Los que son felices, adonde quiera que dirigen la vista no ven más que el reflejo de su felicidad.

Tal vez por esto, ni Inés, ni su hija, ni Villejo habian reparado que desde el momento en que salieron de Granada, aunque á cierta distancia, les fué siguiendo una mujer anciana y andrajosa: fué con ellos á Cádiz, volvió á Sevilla y se detuvo un dia, y los siguió hasta Córdoba.

Si mis lectores hubieran podido fijar en ella sus ojos en el momento en que supo que Inés se decidia á permanecer algunos dias en Córdoba, hubieran nota-

do en su semblante las muestras de una alegría infernal.

VI.

Llegaron al anochecer, y las señoras ocuparon una habitacion del piso alto de la casa.

Villejo se quedó en el hogar.

Una hora despues de su llegada les sirvieron una abundante cena, y madre é hija se fueron á su cuarto para descansar.

Villejo se quedó conversando con unos cuantos bajo la ancha campana de la chimenea.

La conversacion giró sobre varios puntos, y se detuvo en uno, que pareció preocupar mucho á los circunstantes.

Los arrieros aseguraban que en el camino de Córdoba á Sevilla habia unos cuantos malhechores, que robaban y asesinaban á los viajeros.

Con motivo de los bandoleros, cada cual contó una historia de ladrones, y oian á un arriero muy viejo la larga série de crímenes de un famoso bandido, cuando aterrorizó á todos un seco aldabonazo que resonó en la puerta de la calle.

El posadero, sacando fuerzas de flaqueza, se acercó al porton y descorrió el cerrojo.

VII.

—¿Ha llegado esta tarde á la posada, — preguntó

una voz gangosa, — un caballero con dos damas que parecen madre é hija?

— Sí por cierto; ¿qué se os ocurre, buena mujer?

— Quisiera hablarle dos palabras.

— Caballero, — dijo el dueño del meson á Villejo, — ahí preguntan por usted.

— ¿Por mí? ¿Quién es?

— Una mujer que parece una bruja.

— ¿Y ha pronunciado mi nombre?

— No; ha dicho que deseaba ver á un caballero que ha llegado esta noche con dos damas, y como aquí no hay más caballero que vos...

— ¿Dónde está esa mujer?

— En la puerta.

— Hacedla entrar.

— No quiere.

— En ese caso iré yo á verla.

— Tenga vuesa merced cuidado, — dijo uno de los arrieros, — porque los bandidos tienen espoliques.

— Y á veces se disfrazan de brujas.

— No hay cuidado; mientras yo lleve la espada al cinto, no tengo miedo á todas las brujas juntas.

— Y mientras se quedaban los circunstantes comentando el caso, se acercó Villejo á la puerta.

VIII.

— ¿Sois vos el señor Villejo? — preguntó la anciana.

— Para servir á Dios.

— Vengo á daros una triste noticia.

—¿A mí? ¿Me conocéis?

—Es una historia, que os contaré en breves palabras. La casualidad ha querido que estuviera en Cádiz cuando fuisteis á despedir al almirante. Soy una pobre que vive de la caridad pública, y salí de allí con direccion á esta ciudad para pedir limosna por el camino. A muy poca distancia de la ciudad ví á un jóven, que habia pasado á mi lado en una mula, detenido por cuatro bandoleros, que le estaban atando. Uno de ellos me descubrió y corrió adonde estaba.

»—Bruja maldita,—dijo,—tú has visto lo que ha pasado, y vas á delatarnos. Vente con nosotros.

»—Piedad, piedad,—exclamé yo.

»—No hay piedad para las hechiceras. Tú no te escaparás; pero si te escapas, irás á contar al Santo Oficio que has visto á cuatro bandoleros desbaliar al hijo de Cristóbal Colon.»

—¿Qué decís? ¿Es posible? ¿Han robado á don Diego Colon?

—No sé cómo se llama. Lo único que puedo decir, es que un jóven á quien ví á vuestro lado en Cádiz, y á quien al partir el almirante le estrechó en sus brazos con efusion, fué maniatado por los foragidos y conducido hasta una casa que hay en los alrededores de la ciudad, casi deshabitada; pero que les sirve de madriguera, y que si mal no recuerdo, se llama la Torre de la Malmuerta.

—¿Y qué objeto os ha movido á traer esas noticias? ¿Cómo os habeis podido librar de vuestros opresores?

—Encerrada en mi cuarto con el jóven, me ha dicho:

»—Mi familia debe llegar hoy á Córdoba. Procurad que os dejen en libertad, buscadla en todos los mesones para decirla que pida auxilio al Santo Oficio y que venga á buscarme para sacarme del poder de estos malhechores.»

—Yo llamé á uno de los bandidos que hacia de jefe, le pedi con lágrimas en los ojos que me dejase en libertad, le aseguré que no despegaria mis lábios, y pude conseguir que con un guia me llevase hasta el otro lado del rio.

Esto pasaba al anochecer.

Cuando me vi sola volví á la ciudad, y Dios ha querido que os encuentre en el primer meson en que os he buscado.

Ahora no hay tiempo que perder.

Id con el posadero á buscar al Santo Oficio; decid á los cuadrilleros que en la Torre de la Malmuerta está cautivo un paje de la reina; acompañadles hasta allí, y habreis logrado poner en libertad al prisionero; porque de lo contrario, hasta que logren por su rescate una crecida cantidad, no le dejarán libre.

—Voy, voy,—dijo Villejo.

—Antes desearia pedir os un favor, si estimais en algo el que os he dispensado.

—Hablad.

—Estoy muerta de hambre; disponed que me den de cenar, y yo os aguardaré aquí hasta que volvais.

IX.

Villejo rogó al posadero que le acompañara, y este, por orden de su huésped encargó á los criados que sirviesen una abundante cena á la vieja.

—Yo pago todo el gasto que haga,—dijo Villejo.

Y partió con el mesonero.

Los arrieros se acercaron á la bruja y la hicieron mil preguntas.

Les contó varios cuentos, los puso alegres, y al cabo de un rato:

X.

—Mi amo ha dicho que paga: con que trae vino para que esta pobre vieja obsequie á los presentes.

Subió un criado con un gran jarro, y la vieja:

—Supongo que será vino moro,—le dijo.

—No debia decirlo; pero lo es.

—¿A ver?

Y tomó el jarro.

Sin que nadie se apercibiera, echó en el liquido unos polvos.

—Vaya, amigos, á la salud de mi protector.

Y pasando el jarro de mano en mano, no hubo uno solo de los circunstantes que no bebiera un sendo trago.

—Vosotros no habeis de ser ménos,—dijo la vieja á los mozos.

Un cuarto de hora despues, los que ya no dormian sentian una horrible pesadez en los ojos.

—Ya son mios,—exclamó la vieja.

Y dirigiéndose al porton, le abrió, hizo una señal y no tardaron en entrar dos hombres.

—Seguidme,—les dijo.

Y subió al piso principal.

XI.

Por medio de una llave ganzúa abrió la puerta y penetró en la estancia donde dormian tranquilamente Isabel y su madre.

Con mucha suavidad untó las sienes de la jóven con un unguento que llevaba compuesto de ópιο y adormideras.

Era un narcótico de los más fuertes.

—Conducídmela adonde sabeis,—dijo á sus dos ayudantes; los cuales, envolviendo á Isabel en las mantas, como quien lleva una paja, la sacaron del lecho, la bajaron á la calle y la condujeron á una casa bastante próxima, que más parecia una cueva.

XII.

Con feroz calma sacó la vieja un pomito que contenia un líquido, lo cogió con la mano derecha, lo acercó al rostro de Inés, puso la mano izquierda sobre su corazon, y al poco rato abrió la pobre mujer los ojos espantada.

Instantáneamente cayeron en sus pupilas algunas gotas del líquido que contenía el pomito.

Inés lanzó un grito desgarrador.

XIII.

—¿Y mi hija? ¿Y mi hija?—preguntó.

—Ya no volverás á verla nunca,—dijo la vieja.

Inés quiso precipitarse del lecho, y notó con espanto que faltaba la luz á sus ojos.

—¿Qué es esto?—exclamó.

—Esto es mi venganza.

—Pero ¿quién sois?—añadió Inés, tratando de buscar á la persona que le hablaba.

—Soy tu expiación.

Inés se acercó á tientas hasta la cama donde estaba su hija, y no encontrándola lanzó un grito.

No pudo resistir la emoción, y cayó sin sentido.

La vieja se alejó de la posada, y nadie volvió á verla.

XIV.

Villejo no tardó en volver.

Todo había sido farsa.

El mesonero, con los oficiales de la Santa Hermandad, habían ido á la Torre de la Malmuerta, habían registrado, y no habían visto á nadie, ni tenían noticia de que hubieran llegado los bandidos con el cautivo.

Villejo volvía precipitadamente para convencerse de aquella impostura.

—Si no está esa mujer, es que me ha engañado,— se dijo.

XV.

El espectáculo que encontró en la posada al llegar aumentó su desesperación, y le hizo comprender que había sido víctima de un cruel engaño.

Llamó á los arrieros y ninguno respondió.

—Están narcotizados,—dijo después de examinarlos.

¡Qué habrá pasado aquí, Dios mío!

Instantáneamente subió con una luz á la habitación de Inés.

La puerta estaba abierta.

Al entrar halló el exánime cuerpo de la pobre mujer á los pies del vacío lecho de su querida hija.

—¿Qué pasa?—exclamó horrorizado.

Socorrió á Inés, y esta no tardó en volver en sí.

XVI.

—¿Quién sois, quién sois?—preguntó, presa de la mayor angustia.

—¿No me reconocéis?—exclamó Villejo;—miradme.

—Que traigan luz.

—¡Si hay luz aquí!

—¿Hay luz? No, no puede ser.

—Miradla,—dijo Villejo, acercándola á sus ojos.

—No veo,—exclamó con amargura...—¿Y mi hija?... ¿Dónde está mi hija?... Que venga, quiero verla. Villejo comprendió lo que pasaba.

XVII.

—No está Isabel,—dijo.

—Que traigan luz,—repitió.

Y al decir esto movia las manos, y casi se quemó al pasarlas cerca de la luz.

—¡Ah!...—exclamó con acento del más agudo dolor.—¡Estoy ciega, estoy ciega!

—Pero ¿dónde está Isabel?—preguntó Villejo.

—¡Me la han robado!... ¡Me la han robado!

No era posible mayor desventura.

XVIII.

Aquella misma noche se hicieron las mayores diligencias para buscar á los criminales, para encontrar á la robada.

Todo fué inútil.

Villejo, en el colmo de la desesperacion, leyó en el infortunio de Inés, y la dijo:

—Tranquilizáos, yo encontraré á Isabel: entre tanto, seré vuestro hijo, y os prometo solemnemente vengaros de los miserables que han cometido con vos tanta felonía.

En vez de continuar el camino, se detuvieron en Córdoba, porque ni Villejo ni Inés quisieron salir de allí hasta encontrar á Isabel.

Llamado un médico para curar á Inés, declaró que habian sido quemados sus ojos con vitriolo.

La gitana se habia vengado.

Capítulo XV.

La paloma y el gavilan.

I.

Al volver Isabel en sí se halló en un cuarto de aspecto siniestro, iluminado por la débil luz de una lámpara, que aumentaba el horror de aquella estancia.

Sin acertar á explicarse lo que le pasaba, dirigió los ojos en torno suyo con temor, y los cerró aterrizada al ver á una mujer vieja, repugnante, que con sonrisa infernal parecía espiar sus movimientos y gozaba en su desventura.

Isabel sintió correr por sus venas un frio mortal.

II.

—No te atreves á preguntarme,—dijo la vieja con voz gangosa,—por qué razon te encuentras aquí. Ha-

ces mal, porque estaba dispuesta á satisfacer tu curiosidad.

Isabel reunió sus fuerzas, y aunque con débil voz formuló estas preguntas:

—¿Quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde se halla mi madre?

—Eso ya es demasiado,—dijo la vieja;—pero te quiero mucho y responderé por partes á tus preguntas. ¿Quién soy? Si tú lo supieras, no me mirarias con horror. ¿No has sido muy feliz hasta ahora? ¿No te has hallado desde los primeros dias de tu vida rodeada de toda clase de felicidades? Pues todo me lo debes.

—¿A vos?

—Sí, á mí; al verme en este traje y en tan humilde albergue, sospecharás que soy una pobre mujer. Es cierto; pero pobre y todo tienes que agradecerme las felicidades que hasta ahora te han sonreído.

—Explicaos, señora,—dijo la jóven con impaciente curiosidad.

—Oye mi historia: hace veinte años llegué á un pueblo donde tu madre vivía como una simple aldeana. Era hija de un arriero que apenas ganaba lo necesario para sostener á su familia. La naturaleza le había otorgado la hermosura á tu madre, y yo, interesada por su felicidad,

»—Vente conmigo,—la dije;—yo labraré tu dicha, y si no me abandonas, si eres agradecida, si pagas con tu cariño los sacrificios que estoy dispuesta á hacer por tí, tu porvenir será risueño.

Para esto necesitaba abandonar á sus padres, de-

jar la humilde aldea en donde habia nacido. Fué ingrata con sus padres y me siguió.

—Mentis,—dijo Isabel, no pudiendo contenerse.

—No seas tan fogosa, hija mía; no defiendas con tanta energía á tu madre. Fué ingrata con los que le habian dado el sér; los dejó entregados al dolor y me siguió halagada por la esperanza que desperté en su mente.

Yo debí comprender que la mujer que pagaba los desvelos paternales con tan negra ingratitud, debia ser siempre ingrata... Pero la cobré afecto: yo habia tenido una hija, habia muerto en mis brazos y quise reemplazarla con Inés. Cumplí mi promesa. De humilde aldeana la convertí en señora. Y ¿sabes cómo ha pagado mis beneficios?

—¡Oh! Callad, callad,—dijo Isabel;—no ultrajeis á mi madre.

—Los ha pagado despreciándome, abandonándome, como abandonó á sus padres, apartando los ojos con horror de mí al verme, negando consuelos á mi amargura, recursos á mi pobreza; y aún hizo más... Aprovechando el favor que tenia en la córte, me ha delatado varias veces al Santo Oficio para que me declarase bruja y me arrojase á la hoguera.

Yo he sufrido veinte años: he devorado en silencio mis amarguras, he querido perdonar, y no he podido. Necesitaba vengarme de su ingratitud, y me he vengado. Tú eres su ídolo, y comprendes el dolor que sufrirían sus padres al verse abandonados, por el que ella sufrirá al encontrarse lejos de tí.

—Sois una miserable,—exclamó Isabel en el colmo de la desesperacion.

—Te equivocas; porque si te he apartado del lado de tu madre, separándote al mismo tiempo del hombre que iba á ser tu esposo, he conseguido al mismo tiempo vengarme de ella y labrar tu felicidad.

—De vuestras manos no la quiero.

—Se ve que eres hija de tu madre, ingrata como ella; pero no importa. Estás en mi poder; los esfuerzos que hagan para buscarte serán inútiles. No tienes más que un medio de volver al lado de tu madre; pero entonces no querrás ir, porque serás demasiado dichosa.

III.

Los ojos de Isabel se inundaron de lágrimas.

No sabia qué hacer en tan triste situacion.

La fuerza era inútil, la astucia con aquella mujer estéril, y no podia prometerse piedad de la que no era una mujer, sino una venganza.

—Tranquilizate, hija mia,—dijo la vieja,—y piensa que, convencida como estoy de que el tiempo cura todas las heridas, me propongo tenerte aquí hasta que seas razonable. Cuando te vea tranquila, y lo que es más, agradecida á mis bondades, porque pienso ser muy bondadosa contigo, te sacaré de aquí y te llevaré á mi palacio, porque yo soy muy rica. ¡Quién sabe si entonces algun gran señor se prenda de tí, y llegarás á ser la esposa de algun alto personaje! A tu

amante debes ya renunciar. Le hemos hecho creer que has muerto, y aunque está muy afligido, al fin es hombre. Dentro de un mes se consolará. Dentro de dos amaré á una mujer, y si ella es hábil, al tercer mes la hará su esposa.

—¡Ah! Por piedad, callad,—dijo la jóven.—Si habeis de ser tan cruel, ahogadme en vuestras manos, clavad un puñal en mi corazon. Preferiria la muerte á este martirio.

—Todo se andará si te empeñas,—dijo con severidad la anciana.

IV.

La jóven se estremeció.

Un prolongado silencio siguió á esta escena.

Y mientras Inés sufría horriblemente y Villejo buscaba por todas partes á Isabel, la pobre jóven experimentaba las amarguras de su horrible cautiverio.

La noticia del crimen no tardó en extenderse por la ciudad; el posadero y Villejo dieron señas de la mujer que habia ido á la posada á anunciar la prision de Diego Colon, y los cuadrilleros del Santo Oficio se dedicaron sin descanso á buscarla por todas partes.

Inés envió un mensajero á Diego, noticiándole lo que habia pasado.

Diego habló á los reyes, y estos comunicaron á Córdoba órdenes terminantes para que se buscase á Isabel y se castigase á sus raptores.

V.

Compadecida la reina de la desventura de Inés, y sabiendo el afecto que la profesaba el almirante, dispuso que fuera á Granada, y con evangélica caridad, al llegar á su presencia, la colmó de consuelos y la ofreció velar por su porvenir; no descansar hasta que pareciera su hija, y castigar á los infames que la habían arrebatado de su lado.

Como las desgracias no vienen solas, Villejo, desesperado, perdió la razon, y tuvo que ser conducido á un hospital, porque en algunos momentos se ponía furioso y capaz de cometer toda clase de atentados.

VI.

Minuciosas fueron las pesquisas de los cuadrilleros para encontrar á Isabel.

Peró no ménos inútiles.

Al fin y al cabo convinieron en que había muerto: Inés llegó á creerlo, y guardando en el fondo de su alma aquel inmenso dolor, se retiró á esperar la muerte en la casa que aun poseía en Baeza, y en la que tan feliz había sido en otro tiempo.

Isabel, sin embargo, no había muerto.

VII.

La vieja, al mismo tiempo que se habia vengado de Inés, habia hecho un buen negocio.

Antonio de Aguado, halagado por los favores que le dispensaba la fortuna, bajo la máscara de la hipocresía, se habia hecho uno de los hombres más licenciosos de la corte, y no habiendo podido seducir á la madre, habia puesto sus infames ojos en la hija.

La vieja gitana que le habia albergado aquella noche de tempestad en su choza, ofreció á Aguado entregarle á Isabel en cambio de una crecida cantidad de dinero.

VIII.

Estipularon las condiciones del negocio, y convinieron en que, para que Aguado fuese completamente dueño de la niña, debia representar una comedia.

La comedia se representó en efecto.

Un dia salió la vieja de la mazmorra donde habita-
ba con Isabel, y á poco rato se presentó á la jóven
un caballero.

IX.

—Isabel,—la dijo,—no hay tiempo que perder;
aprovechad los momentos en que esté fuera esa infame
para venir conmigo.

—¿Quién sois?—preguntó la jóven.

—¿No me reconocéis?

—Me parece que no es esta la primera vez que oigo vuestra voz.

—No por cierto: soy amigo de vuestra madre, de vuestro protector Cristóbal Colón. Mi nombre es Antonio de Aguado.

—¡Ah! Sí, ya recuerdo; mi familia os debe grandes favores.

—He podido descubrir vuestro paradero, y antes que venga esa mujer, que es poderosa, quiero ponerlos en salvo.

—¿Vais á sacarme de su lado?

—Sí, para siempre.

—¡Ah! ¡Dios os lo pague!—exclamó la jóven.—Partamos.

—En la puerta nos esperan dos caballos y un guía; yo os llevaré en el mio, y os vereis libre de esa miserable.

Isabel siguió á Aguado con la mayor confianza.

X.

La noche estaba oscura, y Aguado dió sus órdenes al guía, montó á caballo, colocó delante y en sus brazos á Isabel, y los dos caballos partieron.

Antes de que amaneciera llegaron á una ciudad, cuyas calles se hallaban desiertas, y se apearon delante de una gran puerta que tenía un escudo de armas en el frontispicio.

Isabel fué depositada en una lujosa habitación.

XI.

—¿Y mi madre? ¿Y Villejo?—preguntó Isabel.

—Ahora descansad,—dijo Aguado;—después vendré á veros y os haré una revelacion.

La inocente paloma ignoraba que había caído en las garras del gabilan.

Estaba rendida y se entregó confiada al sueño.

Al despertar debia hallar á su lado el dolor.

II.

Capítulo XVI.

Justicia de Dios.

I.

Vamos á abandonar á estos personajes episódicos de nuestra historia, para bosquejar el siniestro cuadro que presentaba por entonces la situación de la isla descubierta por el ilustre marino genovés, por él colonizada, y destruida por los que le habían sucedido en el mando.

Tiempo tendremos de asistir al desenlace de las complicaciones en que se hallaban los amigos más íntimos de Colón y sus más encarnizados adversarios.

Antes de seguir al héroe de nuestra historia en su último viaje, conviene que el lector sepa la triste suerte que estaba reservada á Anacaona, y presencie el espectáculo de la ruina de una raza, causada por intransigentes opresores.

II.

Don Nicolás de Ovando llegó á Santo Domingo el día 15 de Abril del año 1502.

Su llegada sorprendió á Bobadilla; pero, sin embargo, mandó hacerle los honores debidos.

Apenas supo el objeto de su viaje, acompañado de los principales colonos fué á su encuentro, formó las tropas en dos filas de honor, y mandó que un piquete le escoltase hasta la fortaleza donde debía habitar.

III.

Ovando resolvió dar inmediatamente á conocer el objeto de su viaje, y con no ménos pompa que Bobadilla en su tiempo, mandó leer la real cédula por la que se le nombraba gobernador de la Española.

El enemigo de Colón se vió á su vez abandonado por los que le adulaban.

Deseosos los colonos de granjearse el aprecio del nuevo jefe, le recibieron con las mayores muestras de júbilo; apenas supieron su nombramiento le aclamaron con entusiasmo, y empezó á formarse en torno de Bobadilla ese terrible y desconsolador vacío en que quedan los hombres que han ejercido mando y han obligado á sus subordinados á entregarse á la adulación para no ser víctimas de su tiranía.

IV.

Sin embargo, Ovando, que deseaba aparecer á los ojos de los españoles á quienes iba á gobernar como un hombre de carácter benévolo, economizó á Bobadilla los disgustos que este hombre desalmado habia hecho sufrir á Colon.

Trató á su antecesor con mucha cortesía, haciéndole creer que al examinar su conducta seria conciliador y bondadoso.

Como por encanto se desvaneció la importancia de Bobadilla.

¡Amargura inmensa para él, que poco antes habia sido árbitro de los destinos de la isla, y rodeado de las atenciones de todos los colonos, podia hacerse la ilusion de que era un rey allí!

V.

Una de las primeras disposiciones que tomó Ovando, fué la de investigar la conducta de los rebeldes capitaneados por Roldan, Riquelme y otros, y formando sumaria de sus actos, muchos de ellos fueron presos para que los juzgaran en España.

Ovando necesitaba mandar á España casi todos los buques que habia llevado á la isla, y no podia enviarlos sin satisfacer la codicia del rey con grandes remesas de oro, y los sentimientos de la reina, sin asegurarle que todos los rebeldes habian sido juzgados,

y que los indios que se portaban bien gozaban de la protección de su representante.

Necesitaba, pues, sacrificar á algunos de los rebeldes de la colonia, lo que no le importaba gran cosa, porque deshaciéndose de ellos, alejaba la tea de la discordia de los dominios que iba á gobernar.

VI.

Los rebeldes y sus amigos, confiando en la protección de Fonseca, no sentían volver á España.

Pero necesitaban vengarse de Ovando, y trataron de formar un partido, cuyo jefe fuera Bobadilla, tanto para dificultar el gobierno de Ovando, como para poder dar á su arresto un carácter político.

—Nos ha perseguido, porque éramos amigos de Bobadilla.

Tal era la fórmula con que pensaban explicar su prision.

Pero no consiguieron gran cosa.

VII.

Los poderes que habian dado los reyes á Ovando eran más ámplios todavía que los que había llevado Bobadilla.

Por otra parte, el nuevo gobernador hacia gala de una gran equidad, no perseguia más que á los rebeldes, no aprisionaba para conducirlos á España más

que á los que observaban mala conducta, y la gran mayoría de los colonos se colocó á su lado.

Vencidas las dificultades personales, se dedicó con ahinco á reunir crecidas cantidades de oro.

VIII.

Bobadilla le ofreció una inmensa satisfaccion, presentándole un grano de oro que era un verdadero tesoro.

Des ó tres meses antes de la llegada de Ovando á la isla, una india de la servidumbre de Catalina se hallaba á la orilla del rio Hayna, y moviendo la arena halló un objeto de oro que llamó su atencion.

Logró desenterrarle, y lanzó un grito de alegría, porque jamás habia visto un fragmento de oro más puro ni más grande.

IX.

Inmediatamente dió parte de su hallazgo á su señor, que era el famoso Miguel Diaz; este acudió á la orilla del rio con algunos españoles, y el asombro de todos fué indescriptible al contemplar aquella maravilla.

Ebrio de gozo, dispuso Diaz un festin para solemnizar aquel encuentro.

Mandó matar un cerdo, hizo que lo asaran, convidó á Bobadilla y á muchos de los principales colonos, y les sirvió el cerdo entero sobre el pedazo de oro,

que tenía más diámetro que aquel animal, vanagloriándose de que á tantas leguas del mundo civilizado tenía una vajilla como no la poseía ninguno de los reyes de Europa.

X.

Las crónicas de aquel tiempo dicen que el fragmento de oro pesaba tres mil seiscientos castellanos.

Bobadilla lo compró á Miguel Diaz para enviarlo á los reyes, y los fundidores de la colonia aseguraron que sólo perdería al ser fundido unos trescientos escudos de oro.

Semejante hallazgo reanimó las esperanzas de todo el mundo, y despertó en Bobadilla la esperanza de que al presentar aquella maravillosa muestra de las riquezas del país á los Reyes Católicos, le perdonarían los abusos que había cometido.

Para congratularse con Ovando, se le entregó, diciendo:

XI.

—No os pido más que una gracia: la de que me concedais custodiar ese tesoro durante el camino, para poder ofrecérsele á los reyes yo mismo.

Ovando no tuvo inconveniente en acceder á este deseo.

Sabia que no por eso se libraría del castigo que

merecían sus desacatos; pero si le agradaba el papel de juez, rechazaba el de verdugo.

XII.

Trascurrió algún tiempo, empleado por el nuevo gobernador en reunir oro y en decretar con arreglo á sus investigaciones el número de colonos que debía regresar á la Península, y al fin y al cabo cargó los buques con inmensas riquezas, limpió la isla de descontentos é intrigantes, dispuso que Mayabonex fuese conducido con cadenas á España, y una vez preparada la escuadra para darse á la vela, encargó de su mando á Antonio de Torres.

XIII.

Alonso Sanchez de Carvajal, que tantas muestras de afecto habia dado á Colon como agente suyo nombrado por los reyes, rescató del poder de Bobadilla los objetos que habia secuestrado al almirante, y dispuso enviárselos á España.

Ovando eligió el buque de ménos consistencia, el que por sus condiciones parecia llamado á no poder resistir las averías y á perderse en el viaje para hacerle depositario de los objetos de Colon.

Dispuesto todo para la partida de los buques, partida que deseaba vivamente Ovando para empezar á plantear sus proyectos en la isla, recibió noticia de la

llegada al puerto de Santo Domingo de Cristóbal Colon.

XIV.

El almirante llegó el 29 de Junio, y envió á tierra á Pedro de Terreros, capitan de uno de los buques, para que hablase en su nombre á Ovando.

Con gran disgusto recibió el nuevo gobernador aquel emisario del almirante.

Pero tenia que tratarle con cierta consideracion, y le recibió.

XV.

—Vengo á pedirlos en nombre del almirante,—dijo Terreros,—un buque de los vuestros, en cambio de uno de los que forman nuestra pequeña escuadra, que está completamente inservible; y al mismo tiempo vuestra licencia para que nos permitais permanecer en el puerto algunos dias, porque amenaza á las embarcaciones una de las más horribles tempestades, y deseamos ponernos al abrigo de ella.

—Con mucho gusto accederia á los deseos del almirante,—contestó Ovando;—pero él sabe muy bien que los reyes han determinado que no vuelva á Santo Domingo, en donde tantos enemigos tiene, hasta que yo haya logrado apagar los rencores y despertar el sentimiento de la justicia hácia él en todos los colonos. Por otra parte, todos los buques de mi escuadra

van á darse á la vela para España, y me es de todo punto imposible acceder á sus ruegos.

Terreros comunicó á Colon la respuesta que le habia dado Ovando.

XVI.

—Cumple con su deber y hace bien,—dijo el almirante.—Partamos nosotros, y que Dios nos proteja. Pero la escuadra vá á salir para España, y si la tempestad que preveo se desencadena con furia, van á perecer la mayor parte de las embarcaciones.

Volved á ver á Ovando, y decidle en mi nombre que no consienta que los buques se separen del puerto en muchos dias, si no quiere exponerse á que los sepulten las olas.

Volvió Terreros á cumplir esta órden, y en premio de los buenos sentimientos que habia inspirado á Colon aquella advertencia, recibió burlas y sarcasmos.

XVII.

—Quiere echárselas de profeta,—decian unos.

—Basta que él diga que habrá tempestad, que los buques pueden perderse, para que el viaje sea feliz.

El amor propio de Ovando y el ódio intransigente de los colonos, fué causa de que se desoyera la voz profética de Colon.

Tuvo que retirarse del puerto en medio de las murmuraciones de sus tripulantes, que veian el peli-

gro y se quejaban amargamente de que no les permitiesen permanecer allí defendidos del temporal, licencia que ni aun á los extranjeros, ni aun á los enemigos, hubiera negado nacion alguna.

XVIII.

Desgraciadamente atribuian al desprestigio de Colon la conducta de Ovando, y en vez de querellarlo contra el gobernador de la isla, se quejaban de Colon, y se decian unos á otros:

—Si algun mal nos pasa, la culpa será suya.

El peligro era inminente.

El gran náutico adivinaba lo que iba á suceder.

Al retirarse del puerto no se alejó de la costa, y buscó una bahía abrigada para resistir en ella el temporal.

XIX.

A nado llegaron hasta sus buques algunos indios de los que iban en las carabelas que naufragaron.

Entre ellos iba una mujer hermosa, á quien Colon guardó las mayores atenciones, porque supo que profesaba la religion cristiana.

La escuadra que mandaba Antonio de Torres, y que iba á llevar á España, al mismo tiempo que los elementos de discordia de la isla, riquezas que de seguro deslumbrarian á los soberanos, se hizo á la vela, confiando en que el viento le seria favorable.

XX.

La profecía de Colon se cumplió.

A los dos dias de su salida del puerto tomó la naturaleza un aspecto siniestro.

El viento se convirtió en desencadenado huracan.

Las ondas bramaban enfurecidas.

Negros y espesos nubarrones limitaban los horizontes.

La convulsion no podia ser más horrible.

De los veintiun navíos cargados de oro que componian la escuadra de Torres, sólo quedaron once.

XXI.

La Providencia es justa.

El primer buque que pereció fué el que llevaba á bordo á Bobadilla, á Roldan y á los más encarnizados enemigos del almirante.

En él iba tambien aquel inmenso fragmento de oro, que tanto deseaba presentar á los reyes el malvado Bobadilla para deslumbrarles y evitar el castigo.

Antonio de Torres sucumbió tambien, la mayor parte de los rebeldes, y los que habian ocasionado las disidencias de los españoles, los que habian sacrificado á los indios, encontraron por tumba los abismos del mar.

Mayabonex, que iba á bordo de otra de las carabelas, sufrió la misma suerte.

XXII.

Lo que no pudo ménos de maravillar, fué que de los once navíos que quedaron en tierra, el más endeble, el que habia sido elegido por Ovando para llevar á España los bienes de Colon, en la seguridad de que no podria soportar los rigores del viaje, fué el primero que llegó á las orillas de España.

XXIII.

Calcúlase que en aquel naufragio perdió el tesoro por valor de diez millones de escudos de oro.

La consternacion que causó este suceso, lo mismo en la colonia que en España, fué inmensa.

Se consideró como un castigo que la Providencia daba al que habia tratado tan mal al almirante, y cuando se supo que este habia anunciado á Ovando el peligro que corrian las embarcaciones que se daban á la vela, siendo desoído y despreciado, un inmenso pesar se apoderó del corazon de todos los buenos españoles, y los reyes mismos se lamentaron amargamente de la obcecacion que habia obligado al gobernador de la isla á desoír los consejos de Colon.

Pero sucedia lo que debia suceder.

XXIV.

Aquellas inmensas riquezas que llevaban los ba-

jeles á España, eran producto de los más atroces actos de la tiranía, de la crueldad, de las violencias; eran las entrañas que la opresion habia arrancado á un pueblo; eran el fruto de abominables infamias.

La Providencia no podia permitir que los verdugos saboreasen la sangre de sus víctimas.

El mar guarda en sus ondas aquellas inmensas riquezas: solo queda en la historia el recuerdo de los crímenes que costó su adquisicion.

¿Respetó aquella horrible tormenta las débiles embarcaciones del almirante?

XXV.

Si se observan atentamente todos los sucesos que constituian la historia del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, no puede ménos de notarse que jamás se apartaba de su lado el ángel del bien, y que la Providencia, segura de su triunfo, le colocaba en las dificultades, en los peligros, en los martirios, para dar un ejemplo al mundo de su justicia, de su grandeza.

Ya volveremos á encontrar al almirante.

Ahora asistamos á los últimos momentos de Haití, bajo la exterminadora espada del gobernador de la isla.

Capítulo XVII.

Los que hacen buenos á los malos.

I.

Habian llegado con Ovando á la isla muchos aventureros, no pocos visionarios, bastantes especuladores; todos en general hombres sin fortuna, sin prestigio en España, que no llevaban más deseo que el de enriquecerse.

Por desgracia, desde aquellos tiempos casi todos los que han abandonado la madre patria para dirigirse á las ciudades de América, en vez de ir animados por el deseo de llevar la civilizacion á aquellos privilegiados países, en vez de ir seducidos por el encanto de sus paisajes, por la riqueza de su vejetacion, no han llevado más anhelo que el de sacar el oro de sus entrañas, y tal vez por eso la América, jóven aún, tiene todo el aspecto de una jóven gastada en el vicio.

II.

Apenas desembarcaron, secundando los deseos del gobernador, se dirigieron á las minas.

Todos querian trabajar en ellas, y las labores del campo les parecian estériles en comparacion de los tesoros que su imaginacion pensaba hallar descubriendo filones auríferos.

El padre Las-Casas, el ángel tutelar de los indios, describe el cuadro que ofrecian aquellos hombres en breves y elocuentes líneas.

III.

«Hormigueaban en los caminos los aventureros de toda clase, dice; llevaba cada cual sus provisiones y los picos y azadas para el laboreo de las minas, y hasta los mismos hidalgos llevaban al hombro los útiles y los víveres, y se consideraba muy dichoso el que poseia un caballo para llevar á Santo Domingo los minerales que arrancaba á la tierra.

»Se dirigian precipitadamente á las minas, ansioso cada cual de llegar el primero, con la seguridad de que llegar y recoger riquezas seria todo uno.

»Imaginaban que el oro se juntaba tan fácil y prontamente como se coge la fruta de los árboles.»

IV.

Pero no tardó el desengaño en suceder á la ilusión.

Bien pronto se convencieron de que para encontrar oro necesitaban cavar la tierra; que no bastaba la voluntad, sino que era necesario inteligencia para hallar los veneros.

Por lo tanto, sus esfuerzos fueron inútiles, y después de muchos días de trabajo, la mayor parte de ellos no hallaron oro, en tanto que los más hábiles ó más afortunados, por dirigirse á sitios en donde habia aquel metal, le encontraron en abundancia.

V.

Trabajaban, sin embargo, con constancia; el trabajo aumentaba su apetito; pero no hallaban oro, y los víveres se acababan.

Las provisiones se agotaron por fin, los trabajadores perdieron la paciencia, la desesperacion se apoderó de su ánimo, y se volvieron tristes á la ciudad por el camino que poco antes habian ido gozosos impulsados por la codicia.

VI.

En poco tiempo perecieron más de mil hombres devorados por malignas calenturas, atormentados

por sus pesadumbres, ó debilitados por el hambre que sufrían.

Durante este tiempo apenas pudo ocuparse Ovando de mejorar la condicion de los colonos, porque todo su afan era enviar á España á los que podian hacerle daño, y reunir las riquezas con que queria deslumbrar á los reyes.

VII.

La horrible catástrofe que acaeció aumentó el inmenso pesar de los habitantes de la isla, y Ovando necesitó tomar prontas y enérgicas medidas para poner término á los estragos del hambre y regularizar las condiciones de los colonos.

En su expedicion habian ido mujeres con sus maridos.

A los casados los distribuyó en cuatro ciudades del interior, concediéndoles muchos privilegios.

Reanimó el entusiasmo por las minas, disminuyendo la regalía de la mitad del producto á la tercera parte, y algun tiempo despues á la quinta.

Concedió á los españoles el derecho de utilizar para aquellos rudos trabajos á los indios, que fueron desde entonces considerados de derecho como esclavos.

VIII.

Todas estas medidas parecian inspiradas para jus-

tificar los actos de Colon, para que los naturales del país echasen de ménos el paternal gobierno de aquel hombre.

Es cierto que él habia sido el primero que habia establecido el sistema de poner indios al servicio de los españoles.

Pero antes habia hecho convenios con los caciques, y aquellos que prestaban servicios á los españoles eran eximidos del pago del tributo.

IX.

Bobadilla, más tirano aún, exigió á los caciques cierto número de indios para que trabajasen en las minas que explotaban los españoles, y en esta ocupacion eran tratados hasta con crueldad; y para que no se escapase ninguno, numeró á los indios, los dividió en clases y los repartió entre los colonos.

X.

Estos acuerdos indignaron á la reina de tal modo, que decretó inmediatamente la partida de Ovando para que pusiese término á aquella situacion.

Ovando á su llegada declaró libres á los naturales del país, y desde aquel momento se negaron á trabajar en las minas.

No tardaron en experimentarse las consecuencias de esta libertad.

XI.

Libres los indios, se negaban á hacer toda clase de trabajos.

No habia medios de cobrarles el tributo, ni de que labraran los campos, y esto fué causa á que Ovando escribiese á los reyes participándoles lo que pasaba.

Con más astucia que sinceridad, encareció mucho á la reina la necesidad que habia de ejercer cierto dominio sobre los indios.

—Porque si los dejamos en libertad,—añadia,—no podremos conseguir que vivan á nuestro lado, que nos estimen, que se trasmitan á su corazon las doctrinas de la fé cristiana.

XII.

No tardó Ovando en recibir contestacion á su comunicacion, con el encargo expreso de que no economizase medio alguno para inspirar en los indios afecto á los españoles, y veneracion y respeto á la religion católica.

Autorizábanle á que los emplease en ciertos trabajos; pero con moderacion, y si era absolutamente necesario para su propio bien.

En ningun caso deberian recurrir á la fuerza, sino obtenerlo todo por la persuasion y por la bondad.

Ordenábanle del mismo modo que se remunerasen de una manera equitativa sus trabajos, y que uno ó

dos días de la semana, dando descanso á su cuerpo, los instruyeran en los misterios del cristianismo.

XIII.

Estas instrucciones, que eran una concesion arrancada á los generosos sentimientos de la reina y á la codicia del rey, se convirtieron en sentencia de muerte para los pobres indios.

Llamando en torno suyo á los colonos más principales, los animó, diciéndoles que iba á cesar de nuevo la independencia de los indios.

XIV.

—He indicado á sus majestades la necesidad que hay de que nos sirvan para sacar producto de nuestra estancia aquí, y convencidos de las razones que he alegado, me han concedido la autorizacion necesaria para someterlos de nuevo á los trabajos en que se les utilizaba durante la administracion de mis antecesores.

En lo sucesivo, cada español tendrá, segun su calidad, cierto número de indios, que podrá recoger con una órden mia de los caciques.

Bien es verdad que habrá que darles salario, y os tendreis que comprometer á instruirles en la religion católica; pero este ligero sacrificio quedará largamente recompensado con los beneficios que ha de reportarnos el trabajo de los indigenas.

XV.

Asistía á aquella reunion, en la que Ovando comunicaba su resolucion á los colonos, el padre Las-Casas, que habia tenido ocasion de conocer á fondo la índole de los indios, y se habia constituido en su heróico defensor.

Hizo cuantos esfuerzos pudo para librar de aquella nueva opresion á sus defendidos; pero todo fué inútil.

Su voz generosa fué apagada por los que apoyaban las medidas adoptadas por Ovando.

XVI.

La última hora de Haiti se acercaba precipitadamente.

Los pregoneros salieron á recorrer la isla, para informar á los caciques y á sus súbditos de las órdenes del gobernador de la colonia.

Ovando, resuelto á acallar con el espectáculo del oro cuantas acriminaciones pudieran hacerle en la córte de España, consideraba ya á los indios peor que si fueran esclavos, y aspiraba á convertir en oro su paz, su independendia, hasta su propia vida.

Nada más elocuente, nada más exacto que la pintura que hace el padre Las-Casas en sus libros, de aquel juicio final de Haiti.

XVII.

«Los indios cayeron de nuevo en la esclavitud, y aun cuando se obligaban á darles un salario, era tan insignificante, que más que dádiva por un servicio, parecía un refinamiento de crueldad.

»Por otra parte, la instruccion que les daban se reducía á prepararles en uno ó dos dias á recibir el bautismo.

»Los españoles, en su sed de oro, preferían que los indios cultivasen los campos y explotasen las minas, á que aprendieran la doctrina cristiana.

»Al principio se dispuso que trabajaran seis meses al año.

»Despues se elevó á ocho.

»Llegaron á ser tratados peor que en tiempo de Bobadilla, y sus opresores cubrían la infamia de aquel trato, diciéndose unos á otros, y manifestando á los indios, que si los empleaban en aquellos trabajos, era por el bien de su alma, por hacerles que abandonasen la molicie, y adquiriesen las prendas de laboriosidad y de honradez tan necesarias al hombre para vivir.

»Pero muy á menudo separaban los amos á los indios de sus mujeres y sus hijos, los tenían ausentes mucho tiempo, y ni aun quejarse les permitían, porque á la menor señal de desobediencia, al menor acto de resistencia pasiva, les imponían el duro y ominoso castigo de los azotes.

»Tenían por alimento el pan de cazabe, insuficien-

te para nutrirlos despues de las fatigas que arrostraban.

»Cuando se les daba carne era en tan pequeña cantidad, que apenas la saboreaban.»

Las-Casas refiere que durante la comida de los españoles, se disputaban los famélicos indios las migajas que caian al suelo y los huesos que arrojaban.

«Era tan voraz el hambre que les dominaba, que despues de roer los huesos los machacaban, mezclando el polvo que resultaba con el insustancial pan de cazabe.

»Más desgraciados aún eran los que trabajaban en las faenas del campo.

»Su alimento se reducía siempre á raíces y pan de cazabe, lo que no les libraba de que los españoles les exigiesen un trabajo superior al hombre más vigoroso y mejor alimentado.

»Si algun indio trataba de huir y tenia la desgracia de caer de nuevo en manos de sus opresores, el castigo que sufría era cruel.

»Despues de azotarle de la manera más inhumana, se le cargaba de pesadas cadenas para imposibilitarle de hacer nuevas tentativas.

»Muchos sucumbían agobiados por aquel rudo trabajo.

»Los que sobrevivían, despues de arrostrarle durante seis ú ocho meses, se le permitía volver á su casa con la obligacion de presentarse pasado el término de la licencia que se les concedía, para comenzar de nuevo á sufrir la tiranía de sus opresores.

«Al otorgárseles este permiso, no se les facilitaba alimento alguno, y los pobres indígenas, cuyas casas distaban á veces cuarenta, sesenta ú ochenta leguas, se mantenían durante el camino con raíces, hortalizas y pan de cazabe.»

Estenuados por el cansancio y las privaciones, sucumbían muchos en el camino, y el padre Las-Casas, al dar cuenta de sus infortunios, se expresa de este modo:

«He encontrado á muchos muertos por el camino; á otros jadeando bajo los árboles, y otros en las agonías de la muerte, gritando con voz moribunda: ¡Hambre!... ¡Hambre!...»

Los que por fin llegaban á sus casas, sufrían nuevos dolores.

Generalmente las hallaban desiertas, porque durante su ausencia, sus mujeres y sus hijos, ó habían sucumbido, ó las habían abandonado.

Los campos, descuidados durante tanto tiempo, no contenían más que abrojos, y los infelices indios, desesperados con aquel nuevo dolor, estenuados por la fatiga y por el hambre, morían á las puertas de sus deshabitadas casas.

Capítulo XVIII.

Donde Anacaona, no pudiendo resistir por más tiempo la
duda, busca la verdad.

I.

En medio de esta desolacion, la figura de Anacaona se destacaba como la síntesis de todos aquellos infortunios.

Sofocando los suspiros que á cada instante queria exhalar su pecho, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir á sus ojos, reunió todas sus fuerzas para recorrer á todas horas su devastado imperio, dar un ejemplo con su resignacion á los que padecian desesperados, consolar á los affigidos y compartir con ellos las desdichas que habian caido como una maldicion sobre la en otro tiempo bendita isla de Haiti.

II.

Pero todo su valor, toda su energia, no bastaban en algunos momentos á calmar su emocion.

¡Pobre reinal

Con el manto de púrpura desgarrado, con su corona ensangrentada, con el cetro hecho pedazos, habia querido su destino que llegase al colmo de la felicidad para precipitarla en el abismo y acercar á sus lábios la copa del dolor, que debia apurar hasta las heces.

Su hermoso estado de Xaragna habia trocado su risueño aspecto en el más triste y desolador.

III.

Parecia una de esas jóvenes cuyas facciones puras están cubiertas por la palidez de la muerte.

En torno de los pacíficos hogares de sus vasallos, habian establecido los españoles sus haciendas, sus casas, y aprovechándose de las órdenes dictadas primero por Bobadilla, y despues por Ovando, habian condenado á aquellos pacíficos indios á la más horrible esclavitud.

IV.

¡Oh! Allí nació entonces esa plaga que es la vergüenza de los siglos pasados y del presente.

Allí nació la ignominiosa esclavitud, reprobada por la conciencia, reprobada por el derecho de gentes, y sólo consentida por la sed de oro que en todo tiempo ha devorado á la humanidad.

Allí empezaron á verse entonces esas escenas que

en algunos países modernos se repiten, reglamentadas por la civilización.

Allí el señor arrancaba al hijo de los brazos de su madre, separaba al esposo de su esposa, y los cambiaba y los vendía como una mercancía cualquiera, como un animal doméstico.

V.

Queriendo justificar todos aquellos actos con el deseo de atraer al cristianismo á los que no habian nacido bajo su amparo, á los que no se habian vivificado en su luz, ni aun siquiera los consentian rendir culto á sus dioses.

Pobre idea les daban de su verdadera religion, y á no haber sido por el heróico padre Las Casas y algunos otros misioneros, que impregnados en la fé del Evangelio y con la caridad de buenos cristianos, acudían á prestar consuelos al corazon de los indios, los que gracias á estos esfuerzos morían con la esperanza de otra vida mejor, hubieran sucumbido maldiciendo á sus opresores en medio de las convulsiones de una horrible agonía.

VI.

A estas angustias unía Anacaona el torcedor de la duda.

Bartolomé Colon y Hernando de Guevara le habian asegurado que Caonabo vivia, que los reyes le

colmaban de agasajos, que en breve tornaría á su lado, y al mismo tiempo Mogica le habia dicho que su esposo habia muerto.

Higuanamota habia partido con Guevara á España, y Anacaona habia esperado con ansia la llegada de las embarcaciones para saber algunas noticias de su hija, para que confirmasen las palabras de Colon, ó le anunciasen su desdicha.

VII.

Ninguna de las embarcaciones le habia llevado nuevas de su hija.

Habia preguntado á los recién venidos, y ninguno conocia á Higuanamota ni aún á Hernando.

La pobre Anacaona suponía que su hija habria sido recibida por los reyes y colmada de atenciones como su esposo.

Cuando los españoles recién llegados no conocían á Higuanamota, era señal de que habian sucumbido, ó de que los reyes no le habian dispensado los honores que merecía.

VIII.

Habia momentos en los que no podia ménos de quejarse de la ingratitud de su hija.

Ni un recuerdo para su madre.

Esto era horrible.

Al fin se decidió á ver á Bobadilla, y este hombre infame,

—No abrigueis por más tiempo la esperanza,—le dijo;—Caonabo ha muerto.

¡Cuesta tanto trabajo dar crédito á las noticias que nos hacen sufrir!

Anacaona recordó las palabras de Bartolomé Colon y de Guevara.

Sabia que Bobadilla profesaba un ódio mortal al almirante y á sus hermanos; sabia además el aprecio que ella les profesaba, y creyó desde luego que le daba aquella noticia para aumentar su sufrimiento.

—Yo averiguaré la verdad,—dijo Anacaona.

IX.

El butio Biautex era un gran adivino.

Anacaona no habia querido consultarle hasta entonces, porque aunque la duda es horrible, el temor de la realidad nos hace preferir el sufrimiento de la incertidumbre.

Pero ya no habia más remedio.

Unos decian que Caonabo habia muerto.

Otros que vivia.

Abandonando la ciudad de Santo Domingo, siguió el camino que la vimos recorrer antes de la batalla de Bonao, atravesó á raso el rio que separaba de la llanura la montaña, en donde tenia su albergue Biautex, y se presentó ante el anciano.

Biautex no estaba solo.

Anacaona lanzó un grito de sorpresa al reconocer en un indio que estaba á su lado á Guaorocaya.

X.

—¡Que Vagoniana sea loada!—exclamó Anacaona.

—Bien venida seas, Anacaona,—exclamó Biantex.—En medio de mis amarguras, experimento una inmensa satisfaccion al ver reunidos en mi pobre albergue á los dos únicos reyes de Haití que aun quedan, que han sobrevivido á los desastres que pesan sobre nuestra patria.

—De buen augurio considero la presencia en estos sitios de Guaorocaya. Te he llorado por muerto.

—No, no debía morir. Una voz secreta me decia: «Vive para libertar á tu patria, para exterminar á sus enemigos.» Y esta voz que ha resonado constantemente en mi oido, me ha dado fuerza para resistir los martirios que me han impuesto los tiranos; me ha dado fuerzas para romper los hierros que sujetaban mis piés, y he podido escaparme, refugiándome aqui para oir los consejos del sábio Biantex, y emprender la última campaña que ha de devolvernos la independencia ó acabar con nosotros.

—Aun ignoras, puesto que hablas así, el triste estado de nuestros vasallos.

—Gimen en la esclavitud, ¿no es cierto?

—No sólo lloran su perdida libertad, sino que han consumido sus fuerzas en el trabajo, su espiritu en la desgracia, y hoy no son más que sombras, cadáveres

que se mueven á la voz de sus oprésores. Todo cuanto intentemos para sacudir el yugo, será inútil.

—¿Y eres tú, Anacaona? ¿Y eres tú la esposa del heróico Caonabo? Te desconozco. Pero no importa; yo infundiré el valor en el abatido cuerpo de mis hermanos; incendiaré, si es preciso, los bosques, las aldeas; devastaremos el país y moriremos todos, para que nuestros enemigos no puedan hallar más que cenizas y cadáveres.

—Cálmate, Guaorocaya,—dijo Biautex.—La Providencia se pone al lado de los que defienden causas justas. La opresion que hoy sufrimos, es un castigo que merecian nuestras culpas; pero bien puede ser que Vagoniana esté aplacada, bien puede ser que nuestros martirios sean bastantes para alcanzarnos su perdon, y en ese caso, la victoria estará á nuestro lado. Intentemos el último esfuerzo. Dentro de cinco dias reunamos á los caciques y vayamos con ellos á las profundas cuevas de Cacibaxagua. Allí invocaremos, por medio de los tzimes tutelares, al espíritu de Vagoniana; allí expondremos nuestras quejas, y escucharemos nuestra sentencia. Si nos mandan luchar, lucharemos hasta perecer; de lo contrario, tendremos que resignarnos á sufrir el cautiverio en que estamos.

—No faltaré,—dijo Guaorocaya;—pero ¡ojalá nos ordenen luchar!

—Yo tambien bajaré á la gruta,—dijo Biautex;—ahora partid los dos. Dejadme entregado á mi oracion.

—Perdonad,—dijo Anacaona;—yo necesito de

vuestros consuelos para alejar de mi pecho una horrible duda que me martiriza.

—Habla, hija mia, habla.

—Vos que alcanzais con vuestra poderosa mirada á todas partes; vos que teneis el don de la adivinacion, decidme por piedad si vive Caonabo.

—En este instante no puedo contestarte. Vuelve mañana al ponerse el sol, y sabrás la verdad.

XI.

Anacaona y Guaorocaya partieron.

La primera aguardó con ánsia el nuevo dia para disipar la negra duda que le atormentaba.

El segundo corrió á anunciar á los caciques la resolucion de Biautex.

Al dia siguiente volvió Anacaona á la morada del gran butío.

XII.

—¿Vive?—le preguntó.

—Sí, vive,—contestó Biautex.

Ebria de alegría, corrió Anacaona á su palacio de Xaragua, dispuesta á mitigar la sed de venganza que sentia Guaorocaya contra los españoles.

—Biautex se habia equivocado.

—¿Su destino lo habia querido así!

Capítulo XIX.

La gruta de Cacibaxagua.

I.

Llegó el día señalado á los caciques para asistir á la gruta de Cacibaxagua á implorar de los tzimes la inspiracion de Vagoniana.

Unos á otros se habian trasmitido la orden en secreto, y acudian de todas partes á la famosa gruta, aprovechando unos las noches para caminar, siguiendo otros veredas ocultas, y llevando todos consigo el temor de ser descubiertos y castigados por sus opresores.

II.

El venerable Biautex fué el primero que llegó á la gruta sagrada.

No tardaron en reunirse muchos butios, los caciques fueron llegando, y á media noche todos estaban reunidos en torno del gran butio.

Biautex sabia el porvenir que estaba reservado á Haiti, sabia que cuantos esfuerzos hicieran los indios para libertarse de la dominacion de los españoles, aumentarían sus desdichas, pondrían en evidencia la esterilidad de sus deseos, y anhelaba, no poner fin á aquel estado de cosas, porque sus pecados le parecían imposibles de redimir, sino ofrecer resignacion á aquellos desgraciados para que soportasen con ménos dolor su amargura.

III.

Guaorocaya, al romper las cadenas que le aprisionaban, corrió al albergue de Biautex, porque era desconocido de los españoles.

Allí le expuso sus deseos, la sed de venganza que le devoraba, y su resolucion formal de libertar á su patria ó de perecer.

Guaorocaya gozaba de gran crédito entre los indios.

Nadie dudaba de su valor.

Su fuerza de voluntad, su energia, eran admiradas por todos.

Con una indicacion suya, intentarían los indios un golpe desesperado; esto exacerbaría los ódios de los españoles, y el mal se agravaría.

IV.

Biautex buscó un medio solemne de apaciguar á Guaorocaya.

Por eso dió la órden á los caciques de que fueran á la gruta.

Por eso engañó á Anacaona.

Verdadero padre de los haitianos, los engañaba por su bien.

En medio de la oscuridad que reinaba en Cacibaxagua, resonó la voz de Biautex.

V.

—Vá á decidirse nuestra suerte,—exclamó.—Vagoniana nos escucha. Formulad cada cual vuestras quejas; indicad los motivos que os inspiran el ódio hácia los opresores; referid los ultrajes que os han hecho, y los tzimes tutelares, comunicando vuestras quejas á Vagoniana, implorarán de su inmensa sabiduría el consejo que debemos seguir.

En seguida mandó traer una tea encendida.

VI.

—Hablad,—añadió,—y si despues de oiros y de arrojar tres veces al suelo esta tea no se apaga, será señal de que Vagoniana nos manda sufrir con paciencia y resignacion el cautiverio. Si se apaga, nos man-

dará luchar, y en ese caso de aquí partiremos todos dispuestos á morir ó á vencer.

Los caciques hablaron.

Guaorocaya fué el primero que con negros colores trazó el cuadro de la desolacion que pesaba sobre su patria.

No hubo un solo cacique que no tuviera que lamentar la violacion de sus esposas, la venta de sus hijos, toda clase de ultrajes y de infamias.

VII.

Aracaona quiso llevar la esperanza al corazon de sus hermanos, asegurándoles que Caonabo vivia, y que volveria en breve á gobernarlos con la autorizacion de los reyes de España.

—Entonces, —añadió, —partirán nuestros verdugos, y aunque tributarios de los poderosos monarcas, viviremos libres, felices, y la felicidad enjugará las lágrimas de nuestros hijos.

Ya empezaba á amanecer, cuando habiendo terminado cada cual la exposicion de sus quejas, el gran Biautex, rodeado de los demás butios, exhortó á los tzimes para que pusieran propicia á Vagoniana.

VIII.

—Vá á decidirse nuestra suerte.

Y arrojó por la primera vez la tea al húmedo suelo de la gruta.

Todos observaban con religioso silencio.

La tea no se apagó.

Volvió de nuevo á levantarla.

Todos deseaban que se extinguiese aquella luz, porque era la señal de que Vagoniana les mandaba luchar.

La tea volvió á levantarse en seguida.

Quedaba la última prueba.

—Cúmplase la voluntad de Vagoniana,—exclamó Biautex.

Y arrojó por tercera vez la tea al suelo.

Un rumor sordo de consternacion se escapó de todos los labios.

La tea ardía.

IX.

—Ya lo veis,—exclamó Biautex;—Vagoniana, irritada por nuestras culpas, quiere que suframos aún con paciencia la esclavitud. Por ella alcanzaremos más tarde el premio de la libertad. Ahora volved á vuestras tareas con mi bendicion y continuad sufriendo. Vagoniana lo quiere.

Los caciques se alejaron entristecidos.

Los butios les siguieron, mostrando la resignacion en el rostro.

Anacaona llevaba la esperanza en el corazon.

Guaorocaya abrigaba un siniestro plan.

X.

—Si es preciso desobedecer la voluntad de Vagoniana,—se habia dicho,—la desobedeceré. Yo no consiento la opresion de mis hermanos.

Y partió á los estados de Higüey, dispuesto á comunicar á los ciguayos la sed de venganza que ardia en su pecho.

Al dia siguiente de esta solemne escena, anunciaron á Anacaona la llegada de Ovando á su palacio de Xaragua.

Capítulo XX.

Una traición.

I.

El motivo de la visita de Ovando al departamento donde habia reinado Anacaona, era el de destruir por completo á los vasallos de la desgraciada reina, para que aparecieran justificados los desórdenes á que daba lugar la resistencia pasiva que oponian á los españoles, y los actos que estos cometian contra los indios, escudados en su impunidad.

No quiso, sin embargo, el gobernador de la isla presentarse en actitud hostil á la reina de Xaragua.

II.

Sabia que, engañada por la falsa creencia de que su esposo vivia y era objeto de las mayores atenciones por los reyes de España, profesaba gran afecto á los

españoles, y quería aprovecharse de esta circunstancia para tenderle un lazo y concluir más pronto, y sin perder un soldado, la empresa que le llevaba á Xaragua.

¡Cuán ajena estaba la pobre reina de las tristes desventuras que iban á destrozar su corazón!

III.

Al saber la llegada del gobernador, mandó reunir en la ciudad á los caciques para recibirle con todos los honores que merecía.

Ovando iba al frente de un pequeño ejército, compuesto de trescientos infantes, armados con ballestas, arcabuces y espadas, y cincuenta ginetes completamente equipados.

IV.

Al arunciar su visita á Anacaona, la habia asegurado que sólo iba á verla con carácter pacífico y para regularizar el pago del tributo.

No era, sin embargo, la actitud y el equipo de sus soldados una prueba tranquilizadora de sus sentimientos amistosos.

Sin embargo, Anacaona, rodeada de las indias más principales y de los caciques, salió á recibir al gobernador.

V.

—Que el cielo te bendiga, —dijo Anacaona, —é ilumine con sus esplendorosos rayos tu frente; yo te saludo, enviado de los reyes. Supongo que tus protestas de amistad serán ciertas. No tienes motivos para quejarte de mí. Mis caciques cumplen el juramento de fidelidad que han prestado; mis vasallos te pagan el tributo. Enfermos y pobres, no sabes cuánto les cuesta recoger de los campos, arrasados por el fuego de la venganza y la desesperación, los frutos que te ofrecen.

—Anacaona, —respondió Ovando, —creo en tu lealtad; pero tengo motivos para creer también que tus caciques meditan el exterminio de mis guerreros en la oscuridad y en el silencio de las cavernas.

—Me juzgas mal, y yo te probaré lo contrario.

—Si es así, mi amistad será sincera.

Y Ovando tendió la mano á Anacaona.

VI.

Entonces la reina mandó á las mujeres que formaban su séquito que dieran principio á sus cantares y danzas.

Un hombre de corazón que hubiera asistido á aquel espectáculo, no habría podido ménos de conmoverse.

La infortunada Anacaona, ausente de su esposo, ausente de su hija, reina algun tiempo antes, enton-

ces esclava, mostrándose risueña al jefe de sus opresores, mostrándose tambien alegres las vírgenes que lloraban la muerte ó la esclavitud de sus padres, las esposas que habian visto perecer á sus maridos, ó vivian lejos de ellos, los indios que habian visto ultrajar á sus mujeres, todos queriendo complacer á su infortunada soberana, parecian al inocente corderillo besando el cuchillo que ha de cortar su cuello.

VII.

Despues de recibir á los españoles con la mayor benevolencia, les brindó un espléndido banquete.

Los caciques extendieron sobre la yerba blancas telas de mirabolan (C), sobre ellas ofrecieron á sus huéspedes el éctar suave (D), el xauxau, el ipotex asado, el sabroso guaraca, el incitante axi (E), las tórtolas cocidas, los suculentos xaxabes (F), los frescos quemis (G), el dulce hanon (H), payas, yayanas (I) ó ananas, el caimito (J), el masuey (K), el guayaba, el jugo de maguey (L), el agua de hobo, la exencia de guazuma: todos estos manjares eran para obsequiar á los españoles.

Ovando ofreció en cambio á los indios vino y aguardiente, que les parecieron superiores á sus bebidas.

VIII.

La alegría de todos era inmensa.

El ódio había desaparecido del corazón de los indios.

El banquete terminó.

Anacaona hospedó en su palacio á Ovando, y en las mejores casas ó chozas de la poblacion se guarecieron los soldados.

Durante muchos dias fueron todos agasajados con esplendidez, y para distraer su ánimo, á todas horas cantaban y bailaban en su presencia aquellos infelices.

Acompañaba á Ovando, siendo el más fiel de todos sus servidores, uno de los rebeldes más adictos á Roldan, que sentía hácia Anacaona un ódio profundo por los desaires que había hecho á su infame seductor.

IX.

—¿Veis,—dijo á Ovando,—cuán cariñosa se presenta á nosotros? En sus ojos se lee la satisfaccion, el afecto, la gratitud; pero ¡ay! bajo esa apariencia oculta el ódio más profundo. De la misma manera recibió á Roldan, á Bartolomé Colon, y sin embargo, esto no era más que un ardid para inspirarles confianza, para seducirlos, para despertar en ellos una pasión violenta y asesinarlos al tenerlos en su poder. Guardaos de esa mujer: es el aspid que se oculta entre las flores; es la culebra que busca el pecho para devorarlo.

X.

Ovando no olvidó esta malévolas insinuacion.

Por otra parte, la belleza de aquel país, su espléndida vegetación, todo le convidaba á apoderarse por completo de aquel territorio, para formar en él una magnífica colonia, y halagado por este sentimiento de vanidad, acariciaba un plan inicuo, cuyos resultados vamos á conocer en breve.

Agasajado por Anacaona, necesitaba corresponder á sus bondades, y le ofreció un espectáculo que recompensase las danzas y las músicas de los indios.

Los ginetes que tenía Ovando á sus órdenes eran muy diestros, y habia entre ellos uno que habia enseñado á su caballo á saltar al compás de la música.

XI.

Dispuso el gobernador un juego de cañas, que debia celebrarse al domingo siguiente con asistencia de la reina y de todos sus vasallos.

Gran satisfaccion causó á los indios la esperanza de asistir á aquel torneo.

Ovando dió órdenes secretas á sus capitanes.

Indicaba á los ginetes que combatiesen, no con cañas ni picas despuntadas, sino con armas verdaderas, y á los peones les mandó asistir como meros espectadores á la función; pero bien armados y dispuestos á romper las hostilidades en el momento en que les diese la señal.

XII.

Llenos de confianza los caciques, acudieron al paraje del torneo sin armas.

Preparado todo por Ovando á medida de su deseo, dispuso que Anacaona y las indias asistiesen á la función desde una casa de las más principales de la plaza; reunió á los caciques en su palacio, y para que no sospecharan sus intenciones, se puso á jugar con los oficiales, acariciando la siniestra esperanza de hacer en breve sus esclavos á todos aquellos que como amigos se acercaban á él.

Habia dicho á los suyos:

— Cuando veais que coloco mi mano derecha sobre la cruz de Alcántara que llevo en el pecho, cumplid mis órdenes.

XIII.

Aguardaban los indios impacientes que empezara la justa, cuando el sonido de una trompeta les hizo creer que sus deseos iban á verse satisfechos.

Presentáronse en la plaza, sobre sus caballos, completamente armados, los cincuenta ginetes.

Los infantes no tardaron en llegar.

Ovando se presentó en la puerta del palacio, é hizo la señal convenida.

XIV.

Instantáneamente rodearon los soldados de á pié la casa donde estaba Anacaona con las mujeres, y los de á caballo cayeron como fieras sobre los indios que habian asistido en calidad de espectadores á la prometeda justa, y aguardaban en la plaza á que empezara.

Fué tan rápido el ataque, y tan inesperado para los indios, que al ver á los ginetes acercarse sobre ellos, creyendo que era una maniobra, un juego, ni se movieron siquiera de sus puestos.

Infinitos murieron bajo el filo de las espadas de aquellos hombres indignos del nombre de civilizados.

XV.

Ovando intimó la rendicion á los caciques, y los hizo llevar prisioneros á una casa inmediata á su palacio.

Uno de sus capitanes, don Diego Velazquez, tuvo la triste honra de prender á la reina Anacaona y á alguna de sus servidoras más queridas, llevándolas al palacio de Ovando, donde quedaron á su disposicion.

Las demás fueron amarradas á los maderos que sostenian la techumbre.

XVI.

Ovando necesitaba justificar á los ojos de los reyes

aquel acto brutal, y obligó á los indios á fuerza de tormentos á que declarasen que habian conspirado contra él para librarse de su dominio, con lo cual justificaba el atroz castigo que pensaba imponerles.

Cediendo al dolor de los tormentos, hicieron aquella declaracion ante los escribanos, y una vez terminado tan irrisorio proceso, mandó Ovando incendiar las dos casas que había próximas á su palacio.

En una estaban los caciques.

En otra los indios prisioneros.

XVII.

Pronto deslumbró sus ojos un resplandor siniestro.

Las chozas ardan, y perecian quemados en ellas los pobres indígenas, atronando el espacio con los desgarradores gritos de su espantosa agonía.

Entre tanto, los rebeldes atropellaban á los indios de la ciudad y á los que hallaban en los caminos, hiiriéndoles con las espadas ó atravesándoles con las lanzas.

XVIII.

«No hubo misericordia para sexo ni edad, dice un historiador; todo fué carnicería.

»Alguno que otro caballero, ó por piedad, ó impulsado por la avaricia, queria salvar á un niño y lo cogia en sus brazos; pero ni aun así lo respetaban.

»Pronto la lanza de alguno de sus compañeros atravesaba en sus propios brazos á los niños indefensos.»

XIX.

Los pocos habitantes de Xaragua que pudieron librarse de aquella horrible hecatombe, huyeron á una isla próxima, á Guanabo, ó corrieron á engrosar las filas de los ciguayos, refugiándose en sus ásperas montañas.

Anacaona, cargada de cadenas como su esposo, fué conducida á Santo Domingo (M).

Capítulo XXI.

El fin de un pueblo.

I.

Los vencedores no habían apagado aún la sed de venganza, y continuaron sacrificando inhumanamente á los habitantes de Xaragua, como habían sacrificado á los de Marien y á los de la Vega.

La prision de Anacaona causó más dolor en sus vasallos que sus propias desgracias.

La idea de que estaba encadenada en poder de los españoles, y próxima tal vez á perecer en el cadalso, animó á Guaorocaya á levantar las huestes de Higney para arrancarla del poder de sus opresores.

II.

Al mismo tiempo, un jóven indio que desde su más tierna edad había amado á Higuamota, y había su-

frido el horrible martirio de verla en brazos del español Guevara, profesando una veneracion sin límites hácia Anacaona, que habia descubierto su amoroso sentimiento y habia ofrecido consuelo á su afliccion, quiso sacrificar su vida en aras de aquel afecto que llenaba su alma.

III.

Informado de la infame traicion de que habian sido víctima los pacíficos moradores de Xaragua, reunió gran número de indios, los animó al combate, y por senderos desconocidos para los españoles, llegó al camino que debian recorrer los soldados de Ovando para conducir á Anacaona á Santo Domingo, se emboscó, y en el momento en que la pobre reina pasaba por allí entre los soldados, salió con ellos resuelto á libertarla.

Por desgracia suya, á los primeros disparos de los arcabuces de los españoles huyeron la mayor parte de los indios que le acompañaban, y él cayó en poder de sus adversarios.

IV.

—¿Qué has hecho, desgraciado?—exclamó Anacaona al verle.

—Cumplir con mi deber.

—¿Ignoras que se ha cumplido mi destino?

—Lo único que sé es que todos tus vasallos debe-

mos perecer antes que consentir que los tiranos te lleven al suplicio.

Guaora, que así se llamaba el jóven, no ocultó al jefe del destacamento que custodiaba á Anacaona sus deseos de derramar hasta su última gota de sangre en defensa de la reina.

Aun cuando no era un enemigo poderoso, los españoles, embriagados con el vapor de la sangre, quisieron castigarle sin aguardar las órdenes de Ovando; y seguros de que le complacerían, aumentaron la pesadumbre de la reina ahorcando en su presencia á su defensor en uno de los árboles del camino.

V.

Mientras esto pasaba, una anciana, que nunca se habia separado de Anacaona, que la queria como si fuera su hija, trataba de vengarle, y al afecto, reuniéndose con otras indias, sedientas de venganza tambien, pidieron una entrevista á Ovando para implorar su perdon y su gracia.

Higuanamama, que así se llamaba la anciana amiga de Anacaona, era una mujer atlética y vigorosa, á pesar de sus años.

VI.

Su propósito era, al encontrarse en presencia de Ovando, agarrarse á su cuello y estrangularle, mientras que sus cómplices luchaban con los soldados es-

pañoles para evitar que libertasen de sus manos al infame causante de sus desventuras.

Ovando recibió á las indias con muchas precauciones, porque todo lo esperaba y lo temia de aquellas gentes.

Se presentó á ellas completamente armado y con la visera calada.

No por eso desistió de su empeño Higuamama.

Al hallarse en su presencia se arrojó sobre él; pero sólo logró que irritados los españoles asesinaran á sus compañeras.

VII.

Prisionera Higuamama, vió levantarse una horca, en la que pereció maldiciendo á los españoles.

En breve tiempo todo el departamento de Xaragua quedó desierto.

Apenas bastaba la tierra para sepultar los innumerables cadáveres que habia en ella.

Las casas estaban abandonadas.

Las cenizas de las que habian destruido los españoles daban siniestro matiz al paisaje.

Parecia que el ángel exterminador habia batido sus alas sobre aquella provincia, dejándola al pasar convertida en un lúgubre y espantoso cementerio.

VIII.

De los poderosos caciques que en otro tiempo ha-

bian mantenido el esplendor de la isla, sólo quedaba ya el valiente Guaorocaya, porque Anacaona caminaba al suplicio.

Tanta desolacion, tanta crueldad, tantos infortunios, debian convertir necesariamente á los más generosos y pacíficos habitantes de la isla en desesperadas fieras.

El único baluarte que quedaba á los indios era Higuey.

Esta provincia, en extremo montañosa, les ofrecia abrigo y defensa.

Desde allí podian provocar de nuevo á los españoles, obligarles á penetrar por las quebradas vias que conducian á las ciudades, tenderles emboscadas y hacerles pagar caras las calamidades que habian caido sobre ellos.

IX.

Guaorocaya, á pesar de la voluntad de Vagoniana, adivinada por el viejo Biautex y comunicada á los caciques al hallarse reunidos en la caverna de Cacibaxagua, habia corrido á Higuey, habia reanimado el espíritu de los indios, é infundiéndoles su energia, su heroismo, su sed de venganza, habia convenido con ellos en que debian pelear hasta destruir á sus adversarios ó perecer.

Uno de los caciques más importantes de la provincia era Cotabanamá.

X.

Las-Casas le describe, y dice que era el más fuerte de su tribu, de estatura más elevada que el más alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetría.

Participando Cotabanamá de los mismos sentimientos que Guaorocaya, acaudilló con él la insurrección que debia dar por resultado la pérdida completa de su independencía, ó el exterminio de los españoles.

Envió Ovando, porque tuvo noticia de la actitud de los ciguayos, una lancha con ocho soldados á explorar la parte de la costa que correspondia á aquella provincia.

XI.

Habia á muy corta distancia de la costa de Higüey una pequeña isla, llamada Saona, y el que mandaba la lancha la eligió como punto de observación.

Los indios lo supieron, y aprovechando la oscuridad de la noche, llegaron á la isleta y asesinaron á todos los españoles.

Viendo Ovando que no volvian, envió otra lancha para averiguar el paradero de sus primeros emisarios, y no tardó en saber la triste suerte que les habia alcanzado.

Ardiendo en ira, y deseando completar los horrores que caracterizaban su mando, llamó á uno de sus capitanes, Juan de Esquivel, y poniendo á sus órdenes cuatrocientos hombres, le envió al Higüey para que sofocase la insurrección y castigase el asesinato de los españoles en Saona.

XII.

Los espías comunicaron en breve á Guaorocaya y á Cotabanamá la noticia de que se aproximaban los españoles.

Estos no tardaron en enviarles emisarios con ofrecimientos de paz.

Eran los encargados de hacer estos ofrecimientos dos soldados, llamados el uno Valtenebro y el otro Pontevedra.

Para que se entendieran con ellos, eligieron Guaorocaya y Cotabanamá á un valeroso indio, llamado Juguí.

XIII.

Desde luego sorprendió á los españoles, que siendo ellos dos, no enviaran para entrar en negociaciones más que un indio.

Esta circunstancia dió lugar á que las negociaciones de paz no pudieran siquiera comenzarse.

Desde luego Juguí iba resuelto á no aceptar la paz,

porque entre los indios que quedaban con fuerza para moverse, no había uno sólo que no prefiriese mil veces la muerte á la esclavitud.

XIV.

—Mucha confianza tienes en tu valor,—dijo uno de los dos emisarios españoles á Juguí,—cuando te atreves á venir solo, sabiendo que aquí estamos dos y que podemos aniquilarte si no accedes á nuestros deseos.

—En primer lugar,—dijo Juguí,—venis á ofrecernos la paz, y los que ofrecen la paz no dan una gran idea de su valor ni de sus esperanzas de triunfo.

—Os brindamos la paz, porque ya nos dá lástima vuestra situación. Estamos hartos de cazar indios, y ahora lo que queremos son esclavos para que nos sirvan.

—En esta tierra no los hallareis.

—¿Habeis de ser más que vuestros hermanos?—dijo uno de los españoles.

—Os repito que aquí no hallareis esclavos,—repuso con firmeza el indio.

—¿Pues qué hallaremos?

—Hienas que os devorarán el corazón.

—Las cazaremos.

—U os cazarán ellas.

—Abreviemos razones: si no quereis que entremos á sangre y fuego en esta madriguera que habeis elegido, entregadnos á vuestros caciques, y compromete-

teos á pagar el tributo como los demás habitantes de la isla.

XV.

Juguí se irritó profundamente al oír aquella proposición.

—Antes de que tal cosa suceda, yo mostraré á los vuestros que no bastan dos españoles para cada ciaguayo.

Y lanzándose sobre los dos que se hallaban presentes, trató de extrangularlos; pero sus manos, antes de llegar al cuello de sus enemigos, encontraron sus espadas.

Cogiéndolas, aun á riesgo de cortarse, logró arrebatárselas, y con las manos ensangrentadas por las heridas que se habia hecho, luchó con ellos desesperadamente.

XVI.

Por desgracia, los soldados, defendidos por la armadura, apenas sufrieron más que contusiones, y rehaciéndose, cayeron á su vez sobre él, dejándole muerto en el campo.

Corrierron los españoles á dar cuenta de lo que habia sucedido á Esquivel.

Este se precipitó con sus tropas en la provincia, resuelto á castigarlos terriblemente.

XVII.

A su llegada, huyeron sus habitantes á las aldeas más próximas.

Al mismo tiempo envió Ovando por la costa otro destacamento para que les atacara por retaguardia, y unos y otros tuvieron que detenerse.

Pero á su paso ahorcaban sin piedad á los ancianos, á las mujeres y á los niños, y los dejaban colgados en los árboles para horrorizar á sus enemigos y escarmentarlos.

XVIII.

Tuvieron que retroceder los ciguayos; pero antes de darse por vencidos, Guaorocaya y Cotabanamá sostuvieron una encarnizada lucha con los españoles.

Los infelices indios no sabían medir la distancia donde podían llegar sus flechas, y ninguna de ellas alcanzaba á los españoles.

En cambio las ballestas y los arcabuces hacían huecos horribles en sus filas.

Guaorocaya y Cotabanamá convinieron en que necesitaban aceptar la paz, sin perjuicio de emplear la astucia para vencer á los españoles.

XIX.

—Ignoran que yo estoy aquí,—dijo Guaorocaya á

Cotabanamá,—y sólo saben que tú eres el jefe de los ciguayos. Yo me retiraré á las montañas con los soldados de Umatex, mientras tú finges que aceptas la paz y te presentas á los españoles. Cuando más seguros se crean, yo caeré sobre ellos y su ruina será inevitable.

Resueltos á aplazar su venganza, propusieron los indios la paz á Esquivel, y este accedió á sus ruegos, á condicion de que le pagasen un crecido tributo.

Los indios aceptaron todas las condiciones.



Capítulo XXII.

El último recurso.

I.

Cotabanamá se presentó á Esquivel, y este le recibió con las mayores muestras de aprecio, porque habia tenido ocasion de observar su valor, y era hombre que en el fondo poseia los mejores sentimientos.

Habia una costumbre entre los indios, que pusieron en práctica los caudillos.

Esta costumbre era la de cambiar los nombres, lo cual significaba entre ellos eterna y fraternal amistad.

Desde entonces los indios llamaron Juan Esquivel á su cacique, y Cotabanamá al jefe de los españoles.

II.

Para evitar que se insurreccionaran de nuevo,

aprovechó Esquivel las buenas relaciones que tenía con los indios, y mandó construir una fortaleza cerca del mar y en un paraje estratégico.

Dejó en el fuerte nueve hombres á las órdenes de Martín de Villaman, se despidió de su amigo, y volvió á Santo Domingo con sus tropas y la parte del botín que á cada uno de sus guerreros había tocado.

La paz duró muy poco.

III.

Martín de Villaman exigió á los indios, además del duro trabajo de cultivar las tierras, la humillante y penosa obligación de conducir los frutos á Santo Domingo.

Opusieron resistencia á esta orden, y con una crueldad inaudita ahorcó á los que capitaneaban aquella rebelión, lo que dió lugar á que Guaorocaya y Cotabnamá se aprestasen de nuevo á vengar aquellos ultrajes.

No se reducía á esto sólo la crueldad de los españoles.

IV.

Se entregaron al más punible libertinaje, cometiendo toda clase de violaciones.

No era posible resistir tamañas felonías.

Los indios cayeron de improviso sobre los defensores de la fortaleza, y vengaron sus injurias, asesinando

nando á los españoles, incendiando despues la fortaleza y convirtiendo aquel baluarte en un monton de cenizas.

Uno de los soldados pudo escaparse del furor de los indios, y corrió á Santo Domingo á llevar la nueva de la catástrofe.

V.

El último resto de consideracion por parte de Ovando desapareció por completo.

Profundamente irritado, dispuso que sus capitanes reuniesen el mayor número posible de tropas y entrasen á sangre y fuego en la provincia de Higüey.

Dió el mando de esta expedicion á Esquivel, reunió á los españoles un crecido número de indios aliados suyos, y aquel ejército se puso en marcha para buscar las huestes de Guaorocaya y Cotabanamá.

VI.

Estos dos valientes caciques esperaban la invasion de los españoles.

Las mujeres, los ancianos, los niños, se refugiaron en lo más escabroso de las montañas, de las selvas y en las cavernas.

Todos los que podian disparar la flecha resolvieron luchar.

Los accidentes del país, las escarpadas rocas que

le circundaban, los intrincados bosques, ofrocian eficaz defensa á los ciguayos.

No arredró esto á los españoles.

VII.

Prosiguieron su marcha con guias indios de los que por temor los servian, y despues de penetrar en el departamento de Higüey, hicieron alto en una de las selvas donde podia funcionar la caballería.

Aprisionando á los pocos indios que encontraron al paso, les impusieron atroces tormentos para que denunciassen los planes de sus caciques y manifestassen las fuerzas con que contaban.

Ninguno habló.

Preferian morir á vender á sus hermanos.

VIII.

Atravesando la selya, vieron desde lejos gran número de indios reunidos en una de las ciudades, armados con arcos y flechas; pero sin defensa alguna.

Al descubrir á los españoles dispararon sobre ellos sus flechas, acompañando este ataque con espantosos alaridos.

Como siempre sucedia, no alcanzaron las flechas, y los disparos de los españoles les pusieron en precipitada fuga.

Cada cual se ocultó donde mejor pudo, y aunque

los españoles les persiguieron, las sinuosidades del terreno les impedían cazarlos como deseaban.

IX.

Para aumentar el número de prisioneros, llevaban los guías á algunos ciguayos que habían caído en su poder, y los atormentaban continuamente para que descubriesen los sitios donde estaban escondidos sus hermanos.

Atábanles una soga al cuello, y cada dos ó tres soldados españoles llevaban á uno de estos indios.

En la imposibilidad de luchar con ellos brazo á brazo, apenas pasaba alguno de los guías por un precipicio, se arrojaba á él para arrastrar en su caída á los dos ó tres soldados que los conducían, é inutilizarlos de este modo.

X.

Irritados con estos actos, cuando en medio de los bosques ó de las sinuosidades de las cavernas encontraban algunos indios, los traspasaban inicua y cruelmente con sus espadas, sin respetar siquiera á las mujeres en cinta, á las madres que llevaban en sus brazos á sus hijos, á los ancianos, ni á los sacerdotes.

La carnicería que había tenido lugar en Xaragna se repetía en Higüey.

Los indios, sin embargo, se dirigían precipitadamente á la ciudad en donde Guaorocaya y Cotabana-

má se habian refugiao, para defenlirse, allí de sus opresores.

XI.

Para llegar á ella tomó Esquivel la playa y arribó á un sitio desde el que partian dos caminos con direccion á la ciudad.

Uno de ellos era llano, en pendiente suave, y estaba limpio de árboles y ramas que estorbasen el paso á los ginetes y á los infantes.

Creviendo los indios que aquel camino seria el que elegirian los españoles, se emboscaron en él para sorprender á sus enemigos y vencerlos.

El otro camino era impracticable.

Estaba lleno de árboles, y muchos de ellos cortados y hacinados en el suelo, hacian penoso para los peones el tránsito y de todo punto imposible para los caballos.

XII.

Esquivel adivinó el lazo que le habian tendido, y aunque con gran trabajo, se abrió paso por el segundo camino.

Las dificultades cesaron.

A la media legua el camino era llano, lo que hizo comprender á Esquivel que los arbustos que habia en el suelo habian sido colocados de expreso para que no pudieran pasar los españoles.

XIII.

Avanzaron con rapidez, y al hallarse á muy corta distancia de la poblacion, tomaron por opuesto lado el otro camino y sorprendieron á los indios que estaban emboscados, destruyéndolos por completo.

Los demás indios, desesperados, frenéticos, abandonaron sus madrigueras y corrieron al encuentro de los españoles, disparando sus aceradas flechas.

Viendo que no alcanzaban con ellas á sus enemigos, se apresuraron á lanzar contra ellos una lluvia de piedras.

La batalla se trabó en toda regla: los indios pelearon brazo á brazo con los españoles, dieron grandes ejemplos de heroismo; pero al cerrar la noche todo quedó en silencio.

Los pocos que habian quedado con vida corrieron á refugiarse en las selvas.

El campo estaba sembrado de cadáveres.

XIV.

Un profundo silencio siguió á los alaridos y á los gritos de la batalla.

Los españoles se apoderaron de la ciudad.

La bandera de la independenciam de los indios habia quedado completamente desgarrada.

No terminó por eso la guerra.

Los indios, convencidos de su impotencia, se dispersaron, refugiándose en las montañas.

Los españoles, á su vez, se dividieron, y cuando los encontraban, los cazaban como fieras.

Su principal deseo, porque así lo quería Ovando, era apoderarse de Guaorocaya y Cotabanamá.

A este fin no dejaron de explorar sendero alguno, penetrando hasta en las cavernas y registrando los bosques.

XV.

Pero todo cuanto se dijera seria pálido al lado de las reseñas que hace el padre Las-Casas, testigo ocular de aquellos horrores.

«Los indios eran tan cautelosos, dice, en su modo de evadirse, que unos pisaban sobre las huellas de los otros para que creyesen sus enemigos que veinte ó treinta no eran más que uno solo.

»Había, sin embargo, españoles tan diestros en cazar indios, que hasta con el olfato, como los perros, descubrían sus madrigueras.

»Cuando cogían á un solo indio, le obligaban, por medio del tormento, á revelar el sitio donde estaban sus compañeros.

»Le ataban despues por el cuello y le hacían servir de guía.

»Cuando descubrían uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles

mujeres é indefensos niños, les daban desapiadada muerte.

»Quisieron inspirar terror para someter aquella tribu por este medio.

»Cortaban las manos á los indios que encontraban al paso, y los enviaban, como ellos decian, á entregárselas en vez de cartas á sus paisanos, pidiéndoles que se rindiesen.

»Innumerables fueron, dice Las-Casas, los que quedaron mutilados de este modo, y muchos de ellos espiraron en medio de los más atroces dolores.

»Se deleitaban los conquistadores en ejercer extrañas é ingeniosas crueldades.

»Hacian horcas anchas y bajas, de modo que los pacientes tocasen la tierra y fuese larga su muerte.

»Ahorcaban trece á la vez, en reverencia, dice indignado Las-Casas, de nuestro bendito Salvador y de los doce apóstoles.

»Mientras estaban las víctimas suspendidas, y todavía vivas, ensayaban la fuerza y el filo de sus espadas, dándoles sendos mandobles.

»Despues los envolvian en paja seca y les pegaban fuego, terminando aquellos infelices su existencia en la más terrible agonía.

»Todos estos horrores, y otros repugnantes á la naturaleza humana, mis propios ojos lo vieron, añade el padre Las Casas, y ahora casi temo repetirlos, apenas creyéndome á mí mismo y dudando si habrán sido sueños.»

XVI.

A pesar de todas estas crueldades, se convenció Esquivel de que todos sus esfuerzos para dominar el departamento de Higüey serian inútiles, mientras que Guaorocaya y Cotabanamá estuviesen libres.

Los dos se habian refugiado en la isla de Saona, en cuyo centro habia una caverna, defendida por un laberinto de selvas y de bosques.

Allí vivian con los escasos restos de su familia.

XVII.

Mandó á buscar una carabela á Santo Domingo, se dirigió á Saona, desembarcó con cuarenta hombres, sorprendió á dos espías, y matando á uno de ellos de una manera horrorosa para amedrentar al otro, le exigió que fuera su guía y que le condujese adonde estaban los caciques.

Algunos españoles, deseosos de alcanzar la gloria de capturarlos, iban delante muy resueltos.

XVIII.

Llegaron á una especie de encrucijada en que se dividia el camino.

Casi todos los soldados tomaron el de la derecha. Uno de ellos, llamado Juan Lopez, hombre fuerte

y diestro guerrero, tomó una senda que por la izquierda conducía á unos bosques muy espesos.

Al poco rato de avanzar por allí encontró á doce indios armados con flechas, que hubieran podido anadarle.

Pero al verle, de improviso pensaron que detrás de él iría un formidable ejército y se amedrentaron.

XIX.

—Vengo á buscar á vuestros jefes,—les dijo Lopez.

Los indios, sin saber lo que les pasaba, se retiraron, y á poco se encontró Juan Lopez en presencia de Cotabanamá.

El valeroso indio iba á disparar su flecha contra Lopez, cuando este, cayendo rápidamente sobre él, le atravesó con la espada.

Los indios huyeron aterrorizados.

Cotabanamá herido y todo luchó con su adversario.

Pero este con una nueva estocada le tendió en tierra.

El cacique quiso arrancarse el acero que atravesaba su pecho para matar á su enemigo.

XX.

A pesar de la sangre que brotaba de su herida, pudo levantarse y luchar brazo á brazo con Juan Lopez.

Al fin y al cabo pudo empujarle hácia un precipi-

cio, donde se despeñó, casi al mismo tiempo en que él lanzaba el último suspiro.

Mientras esto pasaba allí, los demás españoles se apoderaban de Guaorocaya.

XXI.

Encadenado el heróico rey, resolvieron darle muerte, y al efecto formaron una hoguera para abrasarle en ella.

Pero como no habian recibido órden para tanto; como por otra parte la presencia del último cacique de Haiti encadenado podria servir de escarmiento á los indios que quedaban libres, decidieron llevarle á bordo del buque hasta Santo Domingo.

Allí encontró á Anacaona encadenada como él, y próxima á ser juzgada por los españoles de la manera más inicua.

El cadalso iba á extinguir en breve la raza de los reyes de Haiti.



Capítulo XXIII.

El suplicio de Anacaona.

I.

Anacaona aguardaba el resultado del proceso que por orden de Ovando se habia instruido contra ella, en un calabozo privado de luz y sin ventilacion apenas, tratada como si fuera una criminal temible:

Para mayor tormento, habian alejado de su compañía á los indios que, como ella, sufrían el cautiverio, y le habian dado por carcelero á un hombre cuyo mayor goce era mortificar á los indigenas.

H.

Todo lo sufría con paciencia Anacaona, confiada en que vivía su esposo y en que no tardaría en volver á libertarla.

Otra esperanza le sonreía en medio de su amargura.

Habia corrido la voz de que Colon debía llegar de un momento á otro, y haciéndole justicia como á los demás indios, esperaba de su clemencia alivió á su afliccion.

III.

Antes de ser prisionera, habia fijado su atencion en el padre Las-Casas, el misionero más jóven de cuantos habia en la isla, y el que más simpatías habia mostrado en favor de los indios.

Sentia vivos deseos de conversar con él, de pedirle noticias acerca de su esposo; pero no se atrevia á suplicar á sus verdugos que la llevasen á su lado, por temor de que su deseo fuese bastante para que la negasen aquella gracia.

IV.

El padre Las-Casas, que asistia con el corazon traspasado á aquellas escenas indignas, no ya de cristianos, sino de gente civilizada, se multiplicaba para hacer ménos dura la esclavitud de los indios, para llevar consuelo á su corazon en los últimos momentos de su vida.

En el momento en que Esquivel se apoderó de Guaorocaya y lo envió á Santo Domingo para que fue-

ra juzgado, resolvió el padre Las-Casas acompañarle con el objeto de ganar su alma para Dios.

V.

En varias ocasiones, aun á riesgo de perder el prestigio de que gozaba y de incurrir en el desagrado del gobernador, habia pedido á Ovando que ejercitase la piedad con los infelices indios.

Con sereno, aunque humilde acento, le habia recordado la misericordia del Todopoderoso, su clemencia para perdonar las ofensas, su caridad para los tristes, y Ovando, que fundaba todas sus demasías en el deseo de subyugar el país para imponerle una religion que no necesita ser impuesta, sino iniciada para llevar al alma la conviccion, fingia al padre Las-Casas gran pesar por verse obligado á autorizar aquellos castigos; y como veia la estimacion y la influencia que adquiria el misionero por su evangélica conducta, aparentaba oírle con atencion y accedia á sus ruegos, no para renunciar al martirio de los indios, sino para dulcificar la forma de dárselo.

VI.

—Ya está pacificada la provincia de Higüey,—dijo á Ovando el padre Las-Casas;—ya sus infelices moradores, los más temibles de la isla, ó duermen el sueño eterno, ó se entregan vencidos á la esclavitud. Las armas españolas no pueden alcanzar triunfo máyor.

De uno á otro extremo dominan todo el territorio, y son esclavos suyos los que antes vivian felices é independientes en estas risueñas comarcas.

Que la piedad halle eco en vuestro corazon: los dos únicos representantes de la monarquía haitiana yacen en vuestro poder encadenados. Nada pueden: el cetro hecho pedazos, sus huestes destruidas, su trono desmoronado, no podrán nunca recuperar lo que han perdido. No aumenteis el número de victimas llevándolos al cadalso. La clemencia despues del triunfo, es la luz que mejor le ilumina.

—Sois bueno y generoso,—dijo Ovando,—y yo tambien participo de vuestros sentimientos. Pero entre los dos existe una gran diferencia. Sois ministro de Dios, y yo soy gobernador de una colonia y jefe de un ejército. La piedad es en vos una obligacion; en mí seria una debilidad. Representante ante todo de la justicia, debo acatar sus fallos, debo defender sus derechos, y los dos grandes caciques han conspirado contra nosotros: por su tenacidad nos hemos visto obligados á recurrir á las armas. Se han trabado combates, y en ellos han perecido nuestros hermanos. A estos ultrajes hay que añadir los sacrilegios que han cometido, destruyendo las imágenes que les hemos dado para venerarlas, mofándose además de las doctrinas que les hemos inculcado para que llegasen al conocimiento del verdadero Dios. Todos estos delitos están sometidos á un tribunal. El es el que debe fallar; él el que debe condenar á los reos. Si los absuelve, mi gozo será igual al vuestro; si los condena, no tendré

más recurso que ejecutar su sentencia. El deber es ante todo.

El padre Las-Casas conocía lo bastante á Ovando para comprender que, al pronunciar aquellas palabras, acariciaba la idea de asistir á los últimos momentos de la dinastía haitiana.

VII.

—Al ménos,—dijo,—concededme una gracia. Inteligentes y dotados de nobles prendas Anacaona y Guaorocaya, deben antes de espirar abrazar la religion cristiana y morir como los buenos. Concededme la gracia de iluminar su inteligencia, de abrir su corazon á las dulcísimas emociones de la fé, y al ménos quitar á su muerte el horror y la desesperacion: que mueran bendiciendo á Dios, implorando su gracia, perdonando á los que se ven en la dura necesidad de imponerles tan grande castigo.

—No seré yo quien me niegue á satisfacer tan grandes deseos. Si alguna crueldad hay en mis actos, es por que no es posible emplear la clemencia con gentes que desconocen la bondad, y que calificarían mi dulzura como calificaron la de Colon: de pusilanimidad, de cobardía.

VIII.

Gracias á esto, pudo el padre Las-Casas realizar uno de los más vivos deseos de Anacaona.

Al verle entrar en su calabozo, le pareció que respiraba con más libertad, que la esperanza volvía á su abatido espíritu, que su tizmes tutelar no le habia abandonado, y le brindaba los consuelos que le habia pedido.

IX.

—¡Que vuestro Dios os bendiga!—exclamó Anacaona al verle.

—¡Pobre reina destronada!—dijo el padre Las Casas.—No he dejado de pensar un solo instante en tu infortunio, y he aprovechado la primera ocasion de venir á verte para aliviar tus desventuras.

—Os agradezco tan buenos deseos, y vuestra presencia me anima; pero ya ni vos ni nadie puede mitigar mis pesares.

—Sí, Anacaona, sí; hay un supremo poder que sana las heridas más profundas, que cuando el desengaño cierra las puertas á la esperanza en el mundo, las abre con la fé á otro mundo más grande, más puro, más bello, donde la ventura es eterna.

—¿Hay otro mundo entonces?

—Sí.

—Y ese mundo, ¿cuál es?

—La eternidad.

—¿Se sufre en él?

—Se sufre cuando el alma llega á sus puertas manchada con los crímenes; se goza cuando se presenta limpia ó arrepentida á los ojos de su Creador.

X.

Anacaona escuchaba embebecida al padre Las-Casas.

—En ese mundo,—añadió el misionero,—sólo el espíritu domina. Las pasiones se han extinguido; la carne es polvo ya; el alma, inmortal, recibe el premio de sus virtudes, y encuentra en torno suyo á los séres queridos para disfrutar con ellos la eterna bienaventuranza; en ese mundo no hay jerarquías, no hay reyes ni vasallos, no hay ambiciones ni ódios.

—¡Cuánto daria,—exclamó Anacaona,—por vivir allí! ¡Ah!... Si muero, si mis enemigos me hacen sufrir la suerte que ha alcanzado á mis hermanos, allí esperaré á mi esposo Caonabo y á mi querida hija.

—No, Anacaona,—dijo el padre Las-Casas, aprovechando aquella ocasion para revelar la verdad á aquella infeliz reina,—tu esposo Caonabo te aguarda allí.

—¿Qué decís?

—Te han engañado por tu bien.

—¡No vive!

—No.

—¡Ah!...

—No vive; al ir á España sucumbió en el camino; pero murió bueno, y el Dios de mis hermanos, grande y misericordioso, le acogió en su seno, y en él te espera.

XI.

Los ojos de Anacaona se inundaron de lágrimas.

Con débil voz, entrecortada por sollozos, añadió despues de una breve pausa:

— Todo lo comprendo; pero en medio de mi dolor experimento al oir vuestras palabras una dulzura que hasta ahora no he sentido. ¡Ah! Guiadme á esa patria feliz en donde las almas que bien se quieren gozan de eterna dicha; la vida me es odiosa: quiero la fé, la fé que hay en vuestra alma, si ella ha de guiarme adonde está mi único bien.

XII.

A partir de aquel momento, el padre Las-Casas consiguió hacer cristiana á Anacaona, y la preparó tan bien, brindándola los consuelos de la religion, que cuando al dia siguiente firmó Ovando su sentencia de muerte, escuchó aquella horrible condenacion con ánimo sereno, con sonrisa de triunfo.

Anacaona supo que Guaorocaya debia sufrir su misma suerte, y quiso trasmitirle los goces que debia á la religion.

El padre Las-Casas consiguió que Guaorocaya y Anacaona esperasen la hora de su muerte reunidos en una misma capilla.

Los dos caciques se negaron á ver á todo el mundo.

XIII.

Sólo anhelaban la compañía del padre Las-Casas. Al acercarse su postrera hora, no pudieron ménos de volver sus ojos al pasado, de recordar la paz que reinaba en su patria, contarse uno á otro los desastres que habian presenciado, y convencidos de que habia caido sobre ellos una maldicion, consideraron la muerte como la libertad.

XIV.

Mientras tanto, se levantaban dos horcas en la plaza pública de la colonia de Santo Domingo.

Todo se hacia precipitadamente, porque habia noticias de que se aproximaba Colon, y aunque Ovando pensaba contrarestar su mando, temia que se despertase la piedad de los colonos en favor de los indios, y que todos juntos le obligasen á aplazar su castigo.

Ovando no consideraba dominada la isla por completo hasta que no sucumbieran sus dos únicos reyes.

XV.

En la madrugada de un hermoso dia del mes de Junio del año 1504, entraron los soldados con los jueces en la capilla para conducir los reos al patíbulo.

Anacaona y Guaorocaya esperaban con ánsia aquel momento.

Todos los colonos habían acudido á la plaza para asistir á la ejecucion.

Los reos atravesaron con paso seguro la distancia que les separaba de la muerte.

El padre Las-Casas les habia enseñado el Credo, é iban rezándole.

Subieron al tablado, y Anacaona,

XVI.

—Yo te perdono, Ovando,—dijo;—perdono á los enemigos de mi patria, y entrego el cuello al verdugo.

Guaorocaya lanzó una mirada furibunda al gobernador, y no pronunció una sola palabra.

Un segundo despues, sus amoratados cuerpos se agitaban en el espacio.

XVII.

Ovando no se atrevia á alzar los ojos.

Un horrible remordimiento llenaba su alma.

No habia trascurrido media hora, cuando sonó un cañonazo en la playa.

Todos los habitantes de Santo Domingo corrieron á ella.

Cristóbal Colon, el almirante de las Indias, llegaba á Santo Domingo.

Pero llegaba tarde.

Capítulo XXIV.

Donde se vé cómo Colon deja lo cierto por lo dudoso.

I.

Antes de asistir á los sucesos que tuvieron lugar cuando llegó Colon al puerto de Santo Domingo, antes de presenciar la agonía lenta y horrible de aquel gran hombre, vamos á acompañarle en su viaje, para conocer un período de la historia de su vida de los más interesantes, de los más dramáticos.

Le dejamos alejándose de Santo Domingo, despues de haber aconsejado á Ovando que no permitiese la salida del puerto á la gran escuadra que iba á conducir á España inmensas riquezas.

II.

No tardó en saber el desastroso fin que habian te-

nido las embarcaciones por no haberle querido escucharle el gobernador de la colonia, y procuró refugiarse para evitar que sus embarcaciones sufrieran la misma suerte.

Al día siguiente de su marcha arreció el temporal, y se perdieron de vista unos á otros.

La carabela de Colon permaneció próxima á la costa, y no sufrió el empuje de las olas.

Pero los capitanes de los otros buques, creyendo más oportuno entregarse á merced de las olas, abandonaron la orilla, salieron á alta mar, y empujados por el vendaval, estuvieron separados algunos días, siendo juguete del huracan, y haciendo creer á sus jefes que las embarcaciones se habian perdido.

III.

Bartolomé Colon dió en aquellas circunstancias pruebas de sus grandes talentos náuticos.

Mandaba el buque más endeble y ménos á propósito para resistir el choque de las olas; pero velando noche y día, sin separarse del timon, y dando órdenes en extremo juiciosas, logró ponerse en salvo, y unos antes, y otros despues, llegaron al fin todos los buques á Puerto Hermoso, al Occidente de Santo Domingo.

Todas las naves, excepto la de Colon, sufrieron averías.

IV.

Allí supo con profunda admiración el almirante las grandes pérdidas que habían sufrido los reyes de España por el oro que había ido á parar al abismo del mar, y el castigo que la Providencia había impuesto á Bobadilla, á Roldan y á la mayor parte de los que más daño le habían hecho en la isla.

También supo que uno de los pocos buques que se habían salvado, era el que conducía sus bienes á España.

V.

—No en vano he confiado siempre en la Providencia,—dijo á su hermano y á su hijo Fernando al referirles lo que acababa de saber.

Habían sufrido mucho durante el último temporal los tripulantes, y para que descansasen y reparasen el desperfecto de las carabelas, permaneció bastantes días en Puerto Hermoso.

Cuando estas causas cesaron, se dió á la vela, y tuvo de nuevo que refugiarse en Jaquemel, ó Puerto Brasil, como le llamaban los españoles, para librarse de los efectos de otro récio temporal que le sorprendió en la marcha.

VI.

El 14 de Junio, sosegadas las olas, partió el buque

de la tierra firme, y fué empujado por las corrientes hasta llegar á unas pequeñas islas de la Jamaica, en las que se detuvo para proveerse de agua.

Después de explorarlas, vieron que carecían de manantiales, y tuvieron que abrir pozos en la arena para abastecerse de agua.

VII.

El tiempo continuaba en calma, y sólo las corrientes impelían á las embarcaciones.

Empujados por esta pequeña fuerza, llegaron al grupo de islas que habia llamado Colon diez años antes los Jardines de la Reina, y al poco tiempo de su llegada, comenzó á soplar un viento favorable, gracias al cual tomó el rumbo del Sudoeste, descubriendo el día 30 de Junio una pequeña isla, de encantador aspecto por la variedad y la belleza de su abundante vegetación.

Los árboles que más llamaron la atención del almirante fueron robustos y elevados pinos, por lo cual dió á la isla el nombre de Isla de los Pinos, aun cuando ha conservado su denominación india de Guanaga, denominación que comprende á las numerosas isletas que hay en torno suyo (N).

VIII.

Por orden de Colon desembarcó su hermano Bar-

tolomé con parte de la tripulación, y en dos lanchas fué á visitar la isla.

A pesar de lo acostumbrados que estaban los españoles, y sobre todo el almirante y sus hermanos, á la maravillosa vegetacion del Nuevo Mundo, no pudo ménos de sorprenderles el aspecto de aquella isla.

Por otra parte, los habitantes de ella, en vez de huir, salian al encuentro de sus huéspedes, les observaban con ansiedad, se mostraban solícitos con ellos, y más que enemigos parecian indiferentes.

IX.

Los habitantes de aquella isla se parecian á los de las demás que hasta entonces habian visitado.

Su frente, sin embargo, era más estrecha que la de aquellos.

Bartolomé dirigió algunas preguntas á los isleños, y viendo que no le entendian, hizo que los indios intérpretes que llevaba preguntasen lo que queria saber.

Tampoco los indios se entendieron entre sí.

Iba á recurrir al idioma universal, es decir, al de las señas, cuando sorprendió á Bartolomé una gran canoa que se dirigia hácia la costa y parecia llegar de un largo viaje.

X.

La belleza de aquella barca admiró á todos.

Era de una sola pieza, de mucha longitud y de ocho piés de ancha.

En el centro habia un camarote formado por hojas de palma como las de las góndolas venecianas.

Iba á bordo de la canoa un cacique con su esposa y sus hijos.

Vogaban veinticinco indios, y la canoa iba cargada de objetos muy curiosos y de productos de varias clases.

Desde bastante lejos descubrieron el cacique y los que le acompañaban las embarcaciones de Colon.

En vez de asustarse ó de tomar una actitud hostil al contemplarlas, poseidos de viva curiosidad, se acercaron á la carabela capitana.

XI.

Pudo Colon conferenciar por señas con el cacique, y gracias á esto consiguió sin peligro ni esfuerzo alguno examinar los artículos más importantes que producía natural ó artificialmente aquella parte del Nuevo mundo.

Aquel exámen resultó favorable para los habitantes de la nueva isla, porque al lado de los utensilios y objetos que ya habia visto Colon en las demás ciudades indias, habia hachas de cobre para cortar madera, no de piedra como las que usaban los otros indios, y espadas de madera con hendiduras en los dos lados de la hoja, y sujetos en ellas con cuerdas de intestinos de pescados pedazos de pedernal afilados.

XII.

Asimismo mostraron al almirante campanillas de cobre y multitud de bagatelas del mismo metal, y un crisol en el que fundian.

También empleaban el barro, el marfil y la madera para hacer vasos, platos y utensilios de cocina.

Destinaban el algodón á sábanas y mantos bien labrados, y teñidos de varios colores.

XIII.

Por primera vez vieron los españoles allí el cacao, que los indios empleaban como alimento y como moneda.

Asimismo le dieron á gustar un brevaje que hacían de maiz, y que tenía un sabor muy parecido al de la cerveza.

El almirante eligió algunas muestras de aquellos productos para enviarlos á España, y según su costumbre, indemnizó á los indios con cascabeles, abalorios y otros diges de escaso valor.

XIV.

Lo más extraño es que en presencia de los españoles, á quienes hasta entonces no habían visto, ni expresaban temor, ni manifestaban asombro.

—Por fuerza nos acercamos,—se decía Colon,—á ese país grandioso descrito por Marco Polo.

Se confirmó más y más en la creencia de que la civilización se hallaba en todo su apogeo, al ver que las mujeres usaban grandes mantos de algodón, de colores muy vivos, en los que se envolvían como las moras en sus alquiceles.

Los indios usaban un cinturón con faldetas, síntomas todos de que conocían el pudor.

XV.

Gran pena experimentaba el almirante al ver que no podía conversar con ellos á sus anchas.

Hablaban un idioma completamente desconocido, hasta para los intérpretes que llevaba de la Española, y sólo podía comunicarse por señas.

Por ellas comprendió Colon que había al Occidente un país rico, opulento, industrial y magnífico.

XVI.

Hay arcanos impenetrables.

En aquellos momentos indicaban los indios á Colon la existencia de un país que dejaba muy atrás con su esplendidez las fantásticas descripciones de las grandes ciudades de Oriente, para las que buscaba Colon un camino directo.

El descubrimiento de aquel país, del que le separaban únicamente dos días de camino, habría recom-

pensado los sacrificios de su vida y consolidado su gloria y su prestigio.

XVII.

En efecto, los indios de la costa de Honduras le señalaban el derrotero de Yucatan, de Méjico, de los países que más tarde debían llamarse Nueva España.

Pero la Providencia, en sus altos designios, había reservado la gloria de conquistar aquellas joyas para la corona de España á Hernan Cortés y Francisco Pizarro, y alimentando en Colon el deseo de llegar cuanto antes al punto que le pintaba como precioso su febril imaginacion, renunció á contemplar las maravillas que le indicaban, y continuó el rumbo hácia el Oriente, imaginando llegar al paraje en que la tierra firme se separaría de la costa de Pária por medio de un estrecho, á cuyo fin hallaría las islas que producian especias y los países más ricos y civilizados de la India.

XVIII.

Siguiendo este camino, se proponía hallar el punto en donde los indios le habían indicado que había oro en gran abundancia.

Todas estas noticias las adquirió el almirante de un indio muy viejo, y que al parecer había viajado mucho por aquellos mares.

XIX.

Suplicóle el almirante que fuese en su compañía para guiarle, y despidiéndose del cacique, de su familia y de los demás indios que fueron á saludarle, colmándolos á todos de regalos, abandonó el Guanaga, y á muy poca distancia descubrió el cabo que hoy se llama de Honduras (Ñ).

XIX.

Capítulo XXV.**Un camino difícil.**

I.

Era domingo.

Siguiendo su costumbre, dispuso Colon que el adelantado, con los capitanes y la mayor parte de los tripulantes, desembarcasen en tierra y oyesen misa bajo los seculares árboles de la costa.

Colon no pudo acompañarlos, porque apenas podia moverse.

La gota le molestaba de continuo, y se habia visto obligado á mandar construir un camarote en la popa para poder vigilar la navegacion y dar sus órdenes sin necesidad de violentarse.

II.

Aquel ejercicio piadoso animó algo á los viajeros,

que iban ya fatigados y ansiosos de dejar aquel rumbo Norte y azaroso.

Durante todo el dia se permitió á los marineros entregarse al descanso, mientras Bartolomé, Fernando y Diego Mendez, uno de los capitanes que profesaban á Colon más afecto, rodeaban el lecho del almirante y conversaban con él acerca de sus proyectos y de sus esperanzas.

III.

Al dia siguiente continuaron su marcha las carabelas, y despues de haber andado unas quince millas, descubrió el adelantado un nuevo rio, del que tomó posesion en nombre de los reyes, dándole el título de rio de la Posesion.

Desembarcando en la orilla, halló una porcion de indios, que sin pronunciar una sola palabra, ni articular una modulacion, ofrecieron á los españoles pan de maiz, aves, pescados, algunas frutas, y se alejaron.

IV.

Bartolomé dispuso que les dieran abalorio y cascabeles, dádiva que les agradó en extremo, y al dia siguiente volvieron á buscar á los españoles con abundantes víveres y las mayores muestras de consideracion y respeto.

El padre Las Casas describe á los naturales de aquel país, y dice de ellos que tenian la frente más

espaciosa que los habitantes de las demás islas, signo de superior inteligencia.

Hablaban un idioma distinto del que hasta entonces habían oído los españoles á los indios.

Muchos de ellos tenían por todo adorno sobre la piel figuras de animales hechas á fuego.

Otros cubrían la parte superior de su cuerpo con unas camisetas de algodón sin mangas, y llevaban trenzas de pelo, que por detrás de las orejas descendían sobre su pecho.

V.

Los jefes ó caciques usaban gorros de algodón blanco ó de colores.

Para asistir á las grandes solemnidades se pintaban de negro la cara ó la adornaban con listas de varios colores, trazándose círculos en torno de los ojos.

El guía que acompañaba á Colon, el mismo de quien se ha hablado antes, aseguró al almirante que los indios eran canibales.

VI.

—Y sin embargo,—dijo Colon,—á juzgar por su aspecto no lo parecen.

—Es que se ha efectuado en ellos un gran cambio. En una de las expediciones que hizo su gran cacique á Paria, se prendó de una india, hija de uno de los caciques de aquel país, la tomó por esposa y la trajo á

esta isla. Desde entonces fué objeto de veneracion para todos, y cuando poco despues murió su esposo, ella fué aclamada como soberana.

Exigió juramento á sus vasallos de que no abandonarían la isla, de que renunciarían á sus correrías y á sus crímenes, dedicándose á cultivar la tierra, y todos obedecieron. Hoy son hospitalarios, bondadosos, y viven en la paz y en la prosperidad.

VII.

Colon mandó al adelantado que explorase aquel país, y en una parte de la costa encontró á muchos indios con las orejas horadadas y de grandes proporciones.

Los españoles dieron á aquella region el nombre de Costa de la Oreja.

No habia señales de oro ni preciosidades de ningún género en aquella isla, y Colon, de acuerdo con sus hermanos, resolvió continuar el viaje.

Les aguardaba una época de prueba.

Desde el rio de la Posesion se dirigió á la costa de Honduras, teniendo que luchar con las corrientes y con los vientos, que no le favorecian, viéndose condenado á no andar cada dia más que dos ó tres leguas.

VIII.

Más de dos meses habian trascurrido sin que ce-

saran de impedir sus propósitos las tempestades, los fuertes aguaceros que le sorprendían incesantemente; con cuyo motivo sus embarcaciones estaban deterioradas por completo.

Los continuos peligros á que se veían expuestos los tripulantes, les tenían sumidos en la desesperación.

IX.

Renegaban de su suerte unas veces, otras se encomendaban á Dios, porque creían próxima su muerte, y en más de una ocasión vieron que eran inútiles sus esfuerzos para arrojar de los buques el agua que entraba por las aberturas, y que las olas les amenazaban. No bastando los misioneros que había á bordo para prepararlos á bien morir, se confesaban unos á otros, viendo acercarse el fin de su vida, sin otra esperanza que la de hallar por tumba el abismo del mar.

Mientras tanto, Colón, tendido sobre el lecho, sin poder moverse, sufría por él y por los que le rodeaban.

X.

En aquellas largas horas de zozobra, olvidándose del peligro que le amenazaba, recordaba todos los episodios de su trabajada vida, y una profunda pena llenaba su corazón: la de morir sin haber recibido ostensible reparación de los agravios que le habían hecho,

sin asegurar su gloria y su fortuna para legarla á sus hijos.

Tambien sentia en extremo llevar en su compañía á Fernando.

La idea de que podria perecer le anonadaba.

XI.

En medio de esta terrible ansiedad trasecurrieron cuarenta dias, y el 14 de Setiembre del mismo año de 1502 llegaron los buques á un cabo, en el que la costa torcia hácia el Sur.

Favorecidos por el viento, doblaron el cabo, y la esperanza tornó á los corazones.

En memoria de aquella inesperada felicidad, dió el almirante á aquel cabo el nombre de Cabo de Gracias á Dios, y las embarcaciones continuaron por la costa, que en la actualidad se llama de los Mosquitos.

XII.

Siguiendo aquel rumbo, encontraron un grupo de doce islas, en las que habia multitud de árboles con frutos semejantes al limon, por lo cual les dió Colon el nombre de Limonales.

Dos dias despues ancló la escuadra en la embocadura de un espacioso rio, por el que entraron los botes á proveerse de agua y leña.

Pero cuando volvia cargada se alborató el mar, y

una de las lanchas se sumergió con los hombres que llevaba á bordo.

Por esta circunstancia fué bautizado el rio con el nombre de Rio del Desastre.

XIII.

Prosiguió la escuadra su rumbo, y despues de sufrir nuevas tempestades, el 25 de Setiembre se detuvo en una especie de bahía muy cómoda, formada entre una isla y el continente.

Las hermosas palmeras que adornaban la isla, los cocos, las ananas y los mirabolanes, al mismo tiempo que las frutas y flores que se veian en aquella tierra, encantaron á los tripulantes, y dieron á la isla el nombre de La Huerta.

Su verdadero nombre era Quiribiri.

A muy corta distancia habia una poblacion que se llamaba Cariari.

Lo que ocurrió á los viajeros con los habitantes de aquella poblacion merece ser referido en capítulo aparte.

Capítulo XXVI.

Cariari.

I.

Después de los malos ratos que habían pasado Colon y sus compañeros, su llegada á Cariari fué un momento de tregua.

En el afán que tiene el hombre por explicarse todo lo que le pasa, la idea que los viajeros formaron de los indios de Cariari les sirvió para convencerse de las causas de las continuas tempestades que les habían asaltado, de los peligros que habían corrido, y hasta de su milagrosa salvacion.

Los españoles, incluso el mismo Colon, al poco tiempo de observar aquellos indios se convencieron de que eran mágicos.

— Veamos lo que pasó.

II.

Apenas descubrieron en el mar los indios de Cariari las embarcaciones de Colon, corrieron á la playa armados con flechas, clavos y lanzas, y muy resueltos á defender su territorio.

Por órden de Colon permanecieron á bordo todos los españoles, y emplearon el dia en reparar los defectos de los buques y en descansar de las fatigas del viaje.

III.

Gran extrañeza causó á los indios la llegada de aquellas gentes en naves tan formidables; pero su gran asombro fué ver que sin hacer caso de ellos, se entregaban á sus faenas y no se preocupaban para nada de su actitud hostil.

En vista de esto, se convencieron de que no les llevaban allí intenciones hostiles, y su temor se convirtió en un vivo interés, en una casi femenil curiosidad.

IV.

A la caída de la tarde su impaciencia fué tanta, que no pudiendo contener el deseo de ver de cerca á los españoles, les dieron á entender por señas que po-

dian desembarcar, seguros de que los recibirían con afecto.

Desentendiéronse los españoles de esta demostración, y algunos indios, arrojándose al agua, llegaron á nado hasta los buques, y ofrecieron á los españoles mantas de algodón y adornos del oro que los indígenas llamaban guanin.

Muchos de los marineros, que aun ignoraban el poco valor de aquel metal, se aprestaban á recibir sus obsequios, cuando el almirante prohibió que los aceptaran.

V.

No por eso dejó él de regalar á los indios.

Peró estos, al ver que los españoles rehusaban sus presentes, se mostraron ofendidos, y al volver á tierra arrojaron en la playa los objetos que habian merecido á la prodigalidad de los españoles, pagando de este modo el desprecio que les habian hecho no aceptando los suyos.

VI.

Peró no por eso abandonaron el deseo de que desembarcaran los españoles.

Aguardaron, pues, una ocasión para conseguirlo.

El medio que habian ideado era ofrecerles seguridades de que no les harían daño alguno.

Al efecto designaron á un anciano, á quien todos

profesaban gran veneracion, y entregándole dos indias, una de catorce años y otra de ocho, ricamente adornadas, le hicieron ocultarse con ellas detrás de unos arbustos, y le dieron las instrucciones oportunas para que consiguiera el objeto que se proponian.

VII.

A la mañana siguiente muy temprano, uno de los botes se acercó á la orilla en busca de agua, y apenas desembarcaron los tripulantes, salió el anciano con las dos jóvenes, llevando una bandera blanca en señal de paz.

El indio aseguró á los españoles que podian desembarcar sin temor alguno.

En prueba de ello, añadió que les entregaba aquellas jóvenes para que las tuvieran en rehenes mientras ellos disfrutaban de los obsequios que querian hacerles en la isla.

VIII.

Al informarse de aquellas buenas intenciones, los españoles se dedicaron confiadamente á llenar las cubas de agua, y mientras tanto muchos indios, que habian acudido á verlos más de cerca, permanecieron distantes, á fin de no infundir sospechas en los extranjeros.

Los españoles tornaron al bote, y el indio anciano les indicó por señas que se llevasen á las dos indias,

mostrando decidido empeño en que acatasen su voluntad.

Creyendo complacer á Colon, y viendo que las indias se mostraban muy contentas de ir con ellos, las embarcaron los marineros y las llevaron á bordo.

IX.

Los indios avanzaron á la playa á medida que el bote se alejaba, y parecian en extremo satisfechos de aquella prueba de confianza que habian dado á sus huéspedes.

Encantaba á Colon aquel recibimiento, y deseando corresponder á él, despues de tratar á las jóvenes indias con la mayor galanteria y de colmarlas de regalos, las envió á tierra para que pudieran dar cuenta de las atenciones de que habian sido objeto.

X.

Al llegar á la playa la encontraron desierta, y por que no se quedaran allí solas volvieron á pasar la noche con el almirante.

Al dia siguiente tornaron á la playa, y salió á recibirlas el anciano que las habia entregado á los españoles.

Pero estos no desembarcaban ni aceptaban sus regalos, y se ofendieron en extremo.

XI.

Por la tarde los parientes de las jóvenes indias devolvieron á los españoles todos los regalos que les habían hecho, y se mostraron agraviados por que se despreciaban sus presentes. .X!

Habia cierto fondo de sentimiento en aquellas manifestaciones, y Colon dispuso que el adelantado desembarcase.

Apenas vieron acercarse el buque que conducia al adelantado, algunos se arrojaron al agua, y llegando hasta él, le llevaron en brazos á tierra.

XII.

Creyendo los indios que era el jefe de los extranjeros, se entregaron en su presencia á las mayores demostraciones de alegría. .X.

Bartolomé Colon les hizo algunas preguntas por medio del intérprete acerca de sus costumbres y de la riqueza de su suelo, y ellos se apresuraron á contestarle.

Pero queriendo el adelantado que el escribano tomase acta de sus propósitos, le mandó sentar á su lado sobre la playa, y este preparó lo necesario para escribir.

XIII.

Los indios rodearon al adelantado, ávidos de satisfacer su curiosidad.

Però al ver al escribano sacar el tintero, el papel y la pluma, y ponerse á escribir, creyendo que iba á hacer algun conjuro ó que por medio de una operacion nigromántica iba á aniquilarlos, se levantaron y huyeron precipitadamente, dejando solos á los españoles.

XIV.

Aun no se habían dado cuenta estos de lo que pasaba, cuando tornaron los indios con brasas, sobre las que echaban polvos aromáticos, aventándolos hácia los españoles, sin duda para destruir la influencia mágica que suponían en ellos.

Esta actitud, y lo que hasta entonces habían hecho los indios para atraerlos, hizo suponer á los españoles que los habitantes de aquellas regiones eran nigrománticos, por lo cual suplicaron á Colón que les sacase cuanto antes de allí (O).

XV.

A pesar de los deseos de los tripulantes, quiso el adelantado recorrer el país, y acompañado de unos cuantos soldados, hizo varias expediciones.

En una casa encontró varios sepulcros, y en uno de estos halló un cuerpo perfectamente embalsamado.

Otros dos cadáveres habia envueltos en algodones muy bien conservados, y todos ellos adornados con las joyas que más habian estimado durante su vida.

Todo indicaba más inteligencia y más sentimiento en aquellos indios, que en los de la Española y demás islas que habian visitado.

XVI.

Pero carecian de oro puro, y como al enseñarles oro de ley manifestaban que á lo largo de la costa lo encontrarían en mucha abundancia, resolvió al fin Colon tomar el rumbo que le señalaban los habitantes de Cariari.

Para que les sirvieran de guia, llevaba el adelantado siete indios á bordo.

Entre ellos escogió dos de los más listos, y los demás los dejó en libertad.

Al darse á la vela, acudieron multitud de indios á pedir á Colon que no se llevase á sus hermanos.

Para conseguirlo les hicieron multitud de regalos.

XVII.

El almirante les ofreció que volverían en breve, puesto que sólo deseaba que le guiasen por la costa.

Los indios de Cariari, al ver partir á sus compañe-

ros, quedaron sumidos en una profunda tristeza, y como eran tan supersticiosos, creyeron ver en aquel acto un síntoma fatal para su raza y para su pueblo.

El día 5 de Octubre abandonó la escuadra la playa de Cariari para caminar al lado de la costa, que á causa de los tesoros que encerraba, debía llamarse Costa Rica.

Capítulo XXVII

Capítulo XXVII.

Donde parece Colon dormido, y los que le acompañan
despiertos.

I.

A los dos días de navegacion se encontraron los buques en una gran bahía, llena de islas, separadas por canales unas de otras.

A todas las llamaban los indígenas Caribaró.

Los indios de Cariari aseguraban á los españoles que en ellas abundaba el oro.

El padre Las-Casas, que más tarde las visitó, dice «que eran muy vastas y estaban cubiertas de árboles, cuya frondosidad revelaba la existencia de frutos y de flores.»

Los buques podían navegar á toda vela por los canales, si bien rozaban los palos y las cuerdas con las espesas ramas de los árboles.

II.

Los navíos de Colon se acercaron á una de las islas y se detuvieron allí, llamando desde luego la atención á los españoles unas veinte canoas que habia atracadas en la orilla.

Acercáronse unos cuantos con los dos indios de Cariari, y estos, buscando á los dueños de las canoas, que al ver las embarcaciones se habian refugiado en los bosques, les aseguraron que no tenian nada que temer, con lo cual entablaron prontas relaciones con los españoles.

Algunos de los indios de aquella isla fueron presentados á Colon, y su vista animó á los españoles.

III.

Todos ellos llevaban pendientes del cuello, por medio de cordones de algodón, grandes láminas de oro puro, y adornos de guanin figurando águilas.

Colon ofreció á uno de ellos tres cascabeles por una lámina de oro, y el indio pareció quedar muy satisfecho del negocio.

¡El oro! ¡No es de este siglo su influencia!

En todas las épocas ha producido el mismo efecto sobre los hombres.

Y no sólo los marineros, sino el mismo Colon experimentaba una inmensa alegría al ver que al fin y

al cabo, despues de tantas desventuras, de tantos peligros, habia conseguido el tesoro que codiciaba.

IV.

Los españoles continuaron haciendo exploraciones por aquellas islas, trasladándose de unas á otras por los canales en las lanchas.

En una de estas expediciones hallaron diez canoas, en las que iban indios adornados con guirnaldas de flores y coronas formadas por uñas de animales y pájaros.

Casi todos ellos llevaban además preciosas láminas de oro; pero parecian conocer el valor de aquel metal, puesto que al pedirsele los españoles se negaban á dárselo.

V.

Los españoles se apoderaron por medio de halagos de dos de aquellos indios, y los llevaron á presencia del almirante.

Uno de ellos tenia una lámina de oro, que, segun los historiadores de aquel tiempo, valia catorce ducados.

El otro un águila que valia veintidos.

A pesar de su sencillez, no tardaron en descubrir los deseos de los españoles de poseer aquel metal, y les manifestaron que á dos dias de distancia habia parajes en donde hallarian todo el oro que quisieran,

indicándoles que el lugar que más oro producía era Veragoa, distante veinticinco leguas de aquellas islas.

VI.

A partir de aquel momento, se entabló una lucha sorda entre los tripulantes y Colón.

Casi todos ellos iban animados, más que por el deseo de adquirir gloria y de ensanchar los dominios de España, por el afán de amontonar oro, de enriquecerse, y de volver con sus ganancias á la madre patria.

Así es que al hallarse entre aquellos indios que tanto oro tenían, y al vislumbrar la seguridad de obtenerlo de sus manos, hacían los mayores esfuerzos para que la escuadra se estacionase en aquel país sin proseguir adelante, puesto que allí quedaban satisfechas todas sus aspiraciones.

VII.

La belleza de los paisajes, los agradables y sabrosos frutos que sin trabajo alguno conseguían, la hermosura de las indias, todo aquel conjunto encantador les seducía de tal manera, que no comprendían un más allá.

Pero Colón, que caminaba esperanzado por el deseo de realizar el pensamiento de su vida, de encontrar el estrecho que debía abrir camino por el Occi-

dente á aquel magnífico país que regia el gran Kan, á las observaciones que le habian hecho algunos capitanes por cuenta propia y de los marineros y soldados, habia respondido:

VIII.

—Nadie puede arrebatarnos el oro que aquí hay. Calmad vuestra impaciencia; sigamos el rumbo que ha de conducirnos al término de nuestro viaje, y al regresar á España podremos llevar honra y provecho, que vale más que el provecho solo.

Esta determinacion dió lugar á continuas murmuraciones; no pocos de los que iban á bordo pusieron en duda el talento del almirante, algunos creyeron que su vanidad iba á perderles, y se confirmaron más y más en la idea de que su excesivo amor propio, ó como él le llamaba, su amor á la gloria, habia sido causa de que la isla Española, apenas colonizada, se hubiese convertido en un semillero de disturbios y en un campo de incesante discordia.

IX.

Pero el almirante y sus hermanos dieron las órdenes oportunas para continuar la marcha, y el dia 17 de Octubre abandonaron las carabelas la bahía, ó mejor dicho el golfo, en donde habian permanecido algun tiempo; costearon la provincia de Veragoa ó Ve-

ragna, como se llamó más tarde, y llegaron á un espacioso rio, al que Fernando Colón dió el nombre de Guaig.

X.

Detuviéronse allí, y segun la costumbre, fueron algunos marineros á tierra en los botes para explorar la orilla.

No se habian separado diez varas de los buques las pequeñas barquillas, cuando se presentaron en la costa más de trescientos indios, armados con espadas y lanzas, hechas de madera de palma, dispuestos á interceptar el paso á los españoles y á castigar su osadía por dirigirse á sus dominios.

XI.

Su presencia se hizo notar por el ruido seco y repétido de los tambores que usaban, y el sonido de unos caracoles que, á guisa de trompeta, empleaban para acompañar sus estridentes gritos de guerra.

Desde luego pudjeron convencerse los españoles de que aquellas gentes eran hombres aguerridos, porque con un denuedo, con un arrojo inconcebible, al ver que los botes avanzaban, se arrojaron al agua, y blandiendo sus armas, corrian en actitud amenazadora á caer sobre sus enemigos.

Muchos de ellos arrojaban el agua hácia los botes, como en señal de reto.

XII.

En vista de esto, dispuso Colón que los dos intérpretes que había tomado en Cariari se adelantasen en un bote, y explicasen á los indios el objeto de su visita.

No tardaron en calmar su temor, y al informarse de que sólo la curiosidad era la que movía á los extranjeros á acercarse á la orilla de sus tierras, se mostraron afables, y recibiendo con entusiasmo de los españoles los consabidos cascabeles, abalorios y demás chucherías, les dieron en cambio diez y siete láminas de oro, de un valor de ciento cincuenta ducados.

XIII.

Tornaron unos y otros, y al día siguiente regresaron los españoles á la orilla para ver si aumentaban el número de láminas de aquel rico metal.

Pero los indios, que se habían figurado que no volverían, recelaron de nuevo al verlos aproximarse á la orilla; y presentándose en gran número en actitud hostil, y llenando el espacio con el sonido de los tambores y de los caracoles, se lanzaron al agua para atacar á los extranjeros.

XIV.

Uno de los indios disparó su flecha é hirió en un brazo á un español.

Esto les contuvo algun tanto.

Sin embargo, despues de un momento de tregua, avanzaron de nuevo contra sus enemigos, y entonces una de las carabelas disparó un cañonazo.

El estampido del cañon les atemorizó de tal manera, que huyeron horrorizados á refugiarse en las selvas.

Los españoles, aprovechando este momento, llegaron á la orilla, saltaron en tierra y les siguieron.

XV.

Fué tal el pánico que se apoderó de los indios, que arrojando sus armas, se detuvieron, presentándose con la mayor sumision y humildad á los españoles.

Estos se contentaron con pedirles oro, y no tardaron en satisfacer sus deseos.

Dejáronlos en libertad, dándoles objetos iguales á los que el dia anterior les habian ofrecido, y volvieron á bordo de las carabelas.

XVI.

Impaciente Colon por llegar cuanto antes al término de su viaje, se dió de nuevo á la vela; pero re-

suelto á explorar toda la costa, se detuvo en la entrada del rio Catiba.

Los indios de aquella parte de la costa le recibieron de la misma manera que los anteriores, es decir, con grandes alaridos y gritos de guerra.

Como los españoles no desembarcaron, enviaron los indios una canoa, con el objeto de que sus tripulantes les preguntasen cuál era el motivo de su presencia allí.

XVII.

Los intérpretes los tranquilizaron.

Subieron á bordo de la carabela donde estaba Colon, conferenciaron con él, y tornaron muy satisfechos, dando á sus caciques los mejores informes acerca de los deseos de los españoles.

Envió el almirante á un capitán con varios soldados á visitar al cacique, y este, despues de recibirlos con la mayor cortesía, les dió uno de sus mejores adornos de oro, y permitió á sus vasallos que obsequiasen del mismo modo á los españoles.

XVIII.

Llamó su atencion en aquella parte de la costa una gran masa de estuco, del que llevaron muestras al almirante.

Como en las demás islas no habian hallado señal de arquitectura de ningun género, y allí encontraban

una masa de tierra perfectamente fabricada, y con adornos arquitectónicos, se afirmó más y más en su idea de que avanzaba hácia países civilizados, y se avivó en su alma el deseo de proseguir la marcha para llegar cuanto antes á las espléndidas ciudades del Oriente.

XIX.

No quiso detenerse más en la costa, y aprovechando un viento favorable, pasó por delante de ciudades populosas, en las que, según los indios de Cariari, había oro en gran abundancia.

Una de ellas fué Veragóa.

De esta y de las demás daremos á conocer en breve la historia y los sucesos memorables de su conquista por los españoles.

XX.

En ella estaban las minas de oro más abundantes, y sus moradores fabricaban con mayor profusion que los demás las láminas de oro con que se adornaban.

Los españoles contemplaban aquel país con codicia, y avanzaban contra toda su voluntad por el derrotero que les marcaba su jefe.

Al fin llegaron á una ciudad llamada Ubiga.

XXI.

—Aquí termina el país del oro,—dijeron los intérpretes al almirante.

Al saberlo los españoles, intentaron de nuevo disuadir á Colon de su propósito, y conseguir de él que les permitiese apoderarse de toda aquella rica comarca, conquista que en su concepto agradaría mucho más á los reyes que el descubrimiento del estrecho, que parecia ser la única esperanza de Colon.

XXII.

Pero el almirante, alucinado por sus falsas creencias y por la relacion de los indios, que al hablarles de la magnificencia de las ciudades del Occidente se referian á los grandes imperios de Méjico y del Perú, le hicieron creer que el Yucatan y Ciguare, nombres que pronunciaron repetidamente los indios, serian provincias pertenecientes al imperio del gran Kan; y esta suposicion y los indicios que su imaginacion le presentaba, le hicieron no abrigar la menor duda de que existia un estrecho, siendo su único afán descubrirle.

Le habian asegurado que los habitantes de aquellas regiones usaban guirnaldas y brazaletes de oro, que sus vestiduras estaban bordadas con fragmentos

de aquel rico metal, y que poseían muebles de preciosas labores.

XXIII.

No había duda.

Los países descubiertos por Marco Polo iban á presentarse á su vista.

El almirante mostró un pedazo de Coral á los indios, y estos le aseguraron que las mujeres de Ciguare adornaban su cabeza y su cuello con bandas de aquel precioso producto.

XXIV.

Para convencerse más y más, les enseñó pendientes de otras especies que llevaba, y los indios le aseguraron que en los países que le describían hallaría con profusion aquellos frutos, completando sus reseñas con las noticias de que los habitantes de aquellos privilegiados países poseían grandes buques perfectamente armados, que tenían espadas, escudos, corazas y ballestas, y que hacían uso de los caballos para sus expediciones belicosas.

XXV.

Todas estas descripciones fascinaron al admirante, y ansioso de convertir en realidad sus esperanzas, prosiguió el camino, visitó un espacioso puerto, rodeado

de un paisaje bellissimo con muchas casas, al que dió el nombre de Puerto Velo.

Los moradores de aquel país fueron en canoas á ofrecerle frutas, hortalizas y algodón; pero no oro, porque carecian de él, y navegando despues al Occidente, llegó á un cabo, al que llamó Nombre de Dios, teniendo que retroceder al llegar allí, porque las tempestades amenazaron de nuevo destruir sus embarcaciones.

XXVI.

Defendióse como pudo del temporal, teniendo los marineros que emplear el tiempo en componer los buques y en arrojar el agua que se introducía en ellos por las quebraduras, y de este modo pasaron algunos días yendo de una isla á otra.

Afortunadamente los moradores de ellas eran afa- bles y acudían solícitos á ofrecer á los españoles abundantes y buenas provisiones.

Al fin tuvo que guarecerse la escuadra en un puerto tan pequeño, que le dió el nombre de Retrete.

XXVII.

El paisaje que le rodeaba era abundante en yerbas, pero carecía de árboles.

Llamó la atención de los españoles la multitud de caimanes que salían al agua á tomar el sol de la orilla.

Estos animales eran muy tímidos y huían cuando se acercaban á ellos.

Nueve dias tuvieron que permanecer allí por efecto del mal tiempo.

XXVIII.

Como estaban á muy corta distancia de la orilla, saltaban á tierra los españoles, y aunque al principio fueron muy bien recibidos por los indios, no tardaron en granjearse su enemistad.

Pagando sus bondades de una manera indigna, entregándose á toda clase de excesos, habia continuamente riñas. Los indios de la costa llamaron á sus hermanos del interior; se aumentaron considerablemente, y queriendo vengarse de los españoles, resolvieron sorprenderlos, entrar en sus navios y matarlos.

XXIX.

Presentáronse, pues, en actitud amenazadora, y aunque Colon comprendia las razones que tenian para obrar de aquel modo, se vió obligado á mostrarles su poderío.

Mandó disparar algunos cañonazos sin bala.

Pero el estampido no les intimidó; por el contrario, excitándoles les dió mayor denuedo para lanzarse á los buques.

Fué necesario cargar con bala los cañones, y al

ver los destrozos que en sus filas y en sus casas produjo la metralla, huyeron despavoridos.

Si no un motin, por lo ménos una coalicion se formó contra los deseos del almirante.

Los capitanes, los soldados, los marineros, todos aseguraron que en el estado en que se hallaban los buques era imposible proseguir adelante.

XXX.

Manifestaron á Colen que no debian abandonar aquel país que tantas riquezas les ofrecia, y bien fuera por sentir que las fuerzas le abandonaban, bien por que el desengaño empezase á demostrar al almirante el error en que estaba, lo cierto es que desistió del proyecto de buscar el estrecho, y resolvió volver á la costa de Veragua para explorar aquella rica provincia y visitar sus minas.

Si como todos decian, el oro abundaba en ella, cargando sus bajeles con aquel precioso metal, podian volver á España é imponer silencio á sus enemigos cuando le acusasen de no haber realizado sus proyectos.

XXXI.

Aquella resolucion puso término á las nobles aspiraciones que le habian guiado durante su vida.

Estaba convencido de que no bastaban sus fuerzas para obtener el logro de sus deseos, y renunciando á

la nueva gloria que se había prometido, comprendió que lo que debía hacer entonces era consolidar la que había ganado, y el mejor medio era cargar sus barcos de oro y deslumbrar con él á los que querían amen-
guar la grandeza de sus conquistas.

El 5 de Diciembre abandonó Colon el puerto de Retrete, y variando de rumbo, se encaminó á la cos-
ta de Veragoa.

Capítulo XXVIII.

Contratiempos.

I.

Una inmensa alegría se apoderó de los tripulantes al ver que Colon, accediendo á sus ruegos, desistia de su propósito, y se encaminaba de nuevo á aquellas regiones que encerraban en sus entrañas ricos tesoros, regiones cuya conquista era el único afan de los españoles.

El mismo dia en que salieron del puerto de Retrete, llegaron á puerto Velo.

Pasaron allí la noche, y al dia siguiente continuaron la marcha.

II.

Pero el viento varió, soplando por la proa.

Tres meses habia esperado el almirante aquel viento para avanzar hácia el soñado estrecho, y precisamente en el momento en que desistia de su propósito era cuando soplabá.

Creyeron los españoles que esto le haria renovar sus deseos, pero no fué así.

Aquella coincidencia le entristeció demasiado, y como era piadoso,

III.

—No quiere Dios,—se dijo,—que yo pase adelante.

La alegría volvió de nuevo al ánimo de los españoles, y aguardaron con calma á que cambiase el viento para proseguir el rumbo hácia Veragoa.

Antes de conseguir su deseo tenian que vencer muchas dificultades.

Las embarcaciones se vieron precisadas á volver á Puerto Velo, y precisamente en el momento en que llegaban al puerto, una ráfaga impetuosa les arrojó á alta mar.

La tempestad se desencadenó furiosa sobre sus cabezas.

Nueve dias estuvieron á merced de los vientos, recorriendo mares desconocidos, y en un peligro que aumentaba el mal estado de las embarcaciones.

IV.

Colon, al escribir á los reyes lo que habia sucedido:

—El mar,—les decía,—hervía á veces como una inmensa caldera.

»Otras levantaba sobre nuestros barcos montañas siniestras, cubiertas por la espuma.

»Por la noche las agitadas aguas parecían llamas, por efecto de los átomos luminosos que cubren la superficie de los mares.

V.

Durante veinticuatro horas el sol y el mar se aparecieron á los ojos de los viajeros como una inmensa hoguera, de cuyo seno brotaban sin cesar flamígeros relámpagos.

Separadas las carabelas unas de otras, creían los marineros al escuchar el estampido de los truenos que sus compañeros, próximos á zozobrar, pedían auxilio disparando cañonazos.

Al mismo tiempo una copiosa lluvia caía á torrentes sobre las embarcaciones, y las llenaba de tal modo, que no bastaban todas las fuerzas de los marineros para arrojar el agua, habiendo instantes en que se creían próximos á hogarse.

VI.

Los más timoratos veían en lo que les pasaba el castigo de su codicia.

De pronto vieron arremolinarse el agua, y levantarse como una inmensa pirámide.

Era una manga de agua, que los tripulantes vieron horrorizados avanzar hácia ellos.

Creyendo segura su destruccion, postrándose de hinojos sobre cubierta, oyeron recitar á los misioneros el Evangelio de San Juan, en medio de profunda emocion, en una consternacion inmensa.

La manga pasó cerca de las embarcaciones sin tocarlas.

Los marineros todos prorumpieron en gritos de alegría, dando gracias á Dios, y atribuyendo el milagro á la eficacia de los pasajes de la Sagrada Escritura.

VII.

A la tempestad siguió la calma, y durante dos dias pudieron reponerse los tripulantes de las fatigas que habian padecido.

Sin embargo, el temor volvió á apoderarse de su espíritu.

Vieron en torno de las carabelas un gran número de tiburones, que les rodeaban sin cesar.

Esto era un signo de mal agüero.

VIII.

—Nuestra ruina es segura,—decian todos.—Estos mónstruos huelen los cuerpos muertos, y tienen el presentimiento de su presa. Cuando se sitúan al rededor de las embarcaciones, es por que hay enfermos á

bordo, ó por que los viajeros están á punto de naufragar.

No habia quien les disuadiese de que la tormenta volveria de nuevo, y de que entonces perecerian.

No se realizó, sin embargo, su presentimiento, y al fin pudieron saltar en un puerto que parecia un canal, en donde disfrutaron de algunos dias de descanso.

IX.

Al fin y al cabo, el dia de la Natividad del Señor llegaron á un rio, á más de dos leguas del de Veragoa, que los indígenas llamaban rio Tebra.

Colon le bautizó con el nombre de rio de Belen.

Cerca de él habia una poblacion, y una vez ya en la provincia de Veragoa, anclaron los buques, resueltos sus tripulantes á explorar el país.

X.

Un mes habian tardado en su viaje desde Puerto Velo á Veragoa, distante uno de otro unas treinta leguas.

En este tiempo habian sufrido tantos desastres, que para recordarlos dió á aquel paso de la costa el nombre de Costa de los Contratiempos.

Pero ya habian llegado á la realizacion de sus esperanzas, ya estaban en las márgenes de aquel país que encerraba tanto oro, y olvidando el peligro pasa-

do, como sucede siempre, se despertó en el alma de todos la codicia, y no tenían más que un deseo, el de conquistar aquella rica comarca.

XI.

Esta fué la última etapa de la vida del inmortal Colón.

Las mismas desventuras que habían pesado sobre la Isabela, debían pesar sobre aquel rico país, uno de los más felices de los que se levantaban en medio del Océano.

Vamos á conocerlas; vamos á ver sus costumbres, su organizacion, su vida; vamos á bosquejar la figura de su rey y los infortunios que sobre él y su raza cayeron á la llegada de los españoles.



Capítulo XXIX.

Quibiam, rey de Veragoa.

I.

El soberano de Veragoa se llamaba Quibiam.

Sus dominios se extendían desde las orillas del río Tebra hasta las del Urira.

Varias razas le rendían tributo.

Los doraces, los gunies, los urigayas, los juries, los curigaes y los indios de Pariari y de la inmensa laguna de Chiriquiri, eran sus tributarios.

Dominaba también las costas de Nicaragua, y los habitantes de las islas de la Jamaica, de Bonquen, de Guanahani, de Cubanacan y de Guayarina le acataban y temían.

II.

Los naturales de aquel país tan extenso, aunque

de diversas tribus y regidos por caciques especiales, reconocian como soberano legitimo á Quibiam.

Las huellas de la civilizacion se veian en sus ciudades más ostensiblemente que en las de las otras islas que hasta entonces habian visitado los españoles.

Eran además comerciantes, y cambiaban con los moradores de las islas del archipiélago las telas de algodón bordadas de oro y estampadas con vivos colores, y los animales que crecian en sus montañas, por los productos de aquellos.

III.

Como en todos los pueblos primitivos, la agricultura y la guerra eran las ocupaciones de los vasallos de Quibiam, y este habia llegado al puesto que ocupaba encumbrado por el prestigio que su talento en la paz y su valor en la guerra le habian conquistado.

Era, en efecto, astuto, diestro, hábil, inteligente, y al mismo tiempo valeroso, arrojado, audaz, terrible.

IV.

A él debian los indios el arte de fundir el cobre y de pulimentar el oro.

Sin más guia que su conocimiento de las estrellas, conducia las embarcaciones, anunciaba las tormentas y evitaba los peligros del mar.

Poseía la ciencia de curar las enfermedades por medio de yerbas, mariscos y conjuros.

V.

Su padre Mayarima, rey también de Veragoa, había cifrado en él todo su amor, todo su orgullo, toda su gloria, y los primeros años del joven príncipe habían trascurrido para él sin que una nube oscureciera el horizonte de su vida.

Y sin embargo, rodeado de todos los placeres, de todas las felicidades de la tierra, protegido por la veneración y el afecto que inspiraba á su patria, halagado por las esperanzas que ofrecía á sus vasallos, el niño fué hombre antes que joven.

VI.

En vez de mecerse en los brazos de la ilusión, en vez de acercarse á sus labios la dorada copa del placer y de abrir su corazón á los sentimientos amorosos, fué desde su primera edad uno de los más valerosos guerreros de su patria.

Hallábase esta en guerra con algunas tribus, y Quibiam, como si presintiera el porvenir que le estaba reservado, no quiso más juguete que la flecha y el arco.

VII.

Con estas armas, al lado de los más valientes

guerreros, se familiarizaba con el peligro, se ejercitaba en la guerra y desarrollaba las cualidades que más tarde habian de adquirirle el prestigio de que gozaba.

Mayarima murió, dejando á su hijo en los albores de la juventud.

VIII.

Una terrible escena, que constituia una costumbre de aquel pueblo, y de los de la mayor parte de los que formaban aquellas comarcas, presenció el jóven rey.

Elegido por aclamacion para suceder á su padre, levantó su trono, como aquel lo habia hecho antes, sobre un sacrificio que horroriza.

Era costumbre cuando moria un soberano matar á su esposa y enterrarla con él.

Al mismo tiempo se buscaban cien caciques de los más afectos á la persona del monarca, y al lado suyo eran tambien enterrados.

IX.

Los cien caciques más amigos de Mayarima bajaron al sepulcro, y sobre sus tumbas empezó su reinado el jóven Quibiam.

La bárbara costumbre que acaba de citarse tenia su origen en la veneracion de aquellos pueblos hácia sus reyes, á quienes suponian descender del cielo ó de la luna.

Creían en la inmortalidad, y con el fin de que el monarca tuviese al lado suyo á las personas más predilectas de su corazón, para que le prestasen toda clase de servicios, consumaban aquella hecatombe, á la que se sometían gustosos los que en vida habían gozado del favor del monarca.

X.

En las comarcas de Darien, de Nicaragua y Veragoa, no sólo se enterraba cerca del rey á los caciques, sino que se ponían en su tumba los muebles de su casa, sus trajes, las armas que había esgrimido y provisiones bastantes para que no le faltase nada.

La preocupacion llegaba á tal extremo, que casi siempre se arrojaba al mar á unos cuantos caciques y vasallos del rey, para que por si acaso decidia viajar por mar, encontrase servidores dispuestos á auxiliarle.

XI.

Dice un poeta, que ha consagrado páginas brillantes á bosquejar la simpática figura de Quibiam (P), que aquel sublime fanatismo deja entrever la abnegacion de aquellos pueblos, que reconocían un dios, otra vida y una resurreccion más ó ménos original; pero con todos los caracteres de las ideas más santas.

Sobre la losa que cubría los despojos de Mayarina fué aclamado rey su hijo, y con arreglo al rito,

permaneció cuarenta días y cuarenta noches llorando sobre aquella tumba.

XII.

Irayba, descendiente de las tribus de los naitingas, llegó hasta donde estaba Quibiam, en una ligera canoa, suavemente empujada por la corriente del río Tebra.

Era hija de los reyes de Darien, é iba á ofrecer al príncipe una corona de flores.

Desde aquel momento compartió con él la hamaca real, y fué la madre de sus hijos.

Pero ni sus caricias, ni sus consuelos, bastaban á alejar la profunda tristeza que se habia apoderado del corazón de Quibiam.

XIII.

Todo lo tétrico, todo lo horrible, constituía el goce de aquel mozo, que antes de ceñir á sus sienes la corona de las ilusiones, habia tenido que ceñir la pesada diadema de un pueblo indómito.

Su melancolía aumentaba, y abandonaba muy á menudo su tosco palacio y la compañía de Irayba, para subir á las sierras, contemplar las tormentas, respirar el aliento de los volcanes y adormecerse bajo la sombra de los bosques, para despertarse con el rugido salvaje del jaguar, y bañar su mirada en los inflamados ojos de las fieras.

XIV.

Quejábanse los indios de las invasiones que de cuando en cuando sufrían de los caribes.

Buscando alivio á sus pesares, abandonaba Qui-biam su territorio, y con los más valientes guerreros, en ligeras canoas, iba á atacar á los caribes á sus propias islas, luchaba con ellos, los destruía, los llevaba prisioneros á sus estados, y allí los descuartizaba.

Pero sus triunfos sólo inspiraban una amarga sonrisa á sus labios.

XV.

Un día, no pudiendo sufrir la honda tristeza que devoraba su alma, partió en una canoa siguiendo la costa de Nicaragua.

Cien caciques en otras tantas le siguieron.

Empujado por la corriente, llegó á Ornoſay.

No bien las tribus de aquella venturosa comarca descubrieron las coloradas plumas que adornaban su frente, subieron á las crestas de las montañas, y con ellos su cacique Caimara (Q).

XVI.

Caimara era jefe de las tribus de Guamuhaya, de Hanamanaya y de Guamaroce, tribus dóciles y paci-

ficas, que vivían felices protegidas por su generosidad y sus costumbres.

Nada más puro ni más bello que el espíritu que animaba á los vasallos de Caimara.

Profesaban el principio de que nadie tenía el derecho de derramar la sangre de sus semejantes, teniendo todos, por el contrario, el deber de ayudar á los desgraciados.

XVII.

Apenas descubrieron estas hospitalarias gentes á Quibiam y á sus caciques, los saludaron con las mayores muestras de alegría.

Una hermana de Quibiam era la esposa de Caimara.

Saliendo al encuentro del rey de Veragoa, le tendió los brazos, le llevó con sus caciques á la ciudad, le hospedó en su palacio y le dijo:

XVIII.

—Bien venido seas: mis tribus guardarán tu corona; mi hermana Lianata herirá las cuerdas de la maricuba cantando á su compás con melodioso acento los areitos sagrados para alejar la pena de tu corazón.

Lianata, más bella que todas las demás indias, se presentó á cumplir las órdenes de su hermano.

XIX.

Esta jóven era hija del cacique de Guaniguanico, de aquel venerable anciano que en el primer viaje de Colón á la Jamaica se le apareció pronunciando palabras que no podía olvidar el almirante, porque condensaban la moral más pura del corazón humano.

XX.

Llegó la noche, y las vírgenes alfombraron con palmas el camino que debía recorrer Quibiam para llegar hasta su lecho, y cubrieron la hamaca de flores olorosas.

Otras le presentaron el hibuelo con el licor de ananas ó maguey.

Para alejar el calor que le sofocaba, agitaron las indias los abanicos de pluma.

Las vírgenes cantaron de nuevo los arcitos, y á su compás cerró Quibiam los ojos, entregándose á un delicioso sueño.

XXI.

Al despertar al día siguiente, lo primero que vieron sus ojos fué el rostro encantador de Lianata.

Su inocente mirada ofreció á Quibiam tesoros de
felicidad.

¡Pobre Irayba!

En aquel momento habia perdido todo el amor de
esposo.

Lianata era su ídolo.



Capítulo XXX.

Arcanos del destino.

I.

Quibiam estaba regenerado.

La negra melancolía que se había apoderado de su espíritu, había desaparecido por completo de su alma.

Los oscuros horizontes que formaban los límites de su vida, se habían tornado en risueños paisajes, iluminados por sonrosada luz.

Parecía despertarse de un sueño profundo y admirar por la primera vez de su vida la belleza de cuanto le rodeaba.

El cielo, el aire, las campiñas, las verdes crestas de las montañas, los límpidos arroyos que serpenteaban por las llanuras, el murmullo del torrente que se desprendía á lo lejos entre brillantes rocas, el canto

de los pájaros: todo parecía nuevo á Quibiam, todo le sorprendia, todo le embelesaba, y es que por la primera vez de su vida habia sentido el amor en su pecho.

II.

Antes que el amor que nos inspira la mujer cuyos ojos nos brindan la felicidad, habia saboreado el rey de Veragoa los goces de la tierra, y despues de los triunfos, aunque habia unido su corazon al de Irayba, aunque habia experimentado la dulce satisfaccion de deberle dos hijos, aun no habia gustado su alma las delicias de la pasion.

La tristeza que experimentaba era hija de un deseo que no podia explicarse, de un vago afan que nada calmaba, de una sed devoradora que no podia apagar más que un solo manantial: el del amor.

Una sola mirada de Lianata habia bastado para iluminar con un rayo vivificante las tinieblas de su espíritu.

III.

Los negros y melancólicos ojos de la india, las trenzas de su cabello de ébano, el color de perla de su cútis; en una palabra, los seductores hechizos de Lianata, habian acercado á sus labios la copa del placer, y dueño de ella, seguro de que podria apurarla, queria saborear aquella dicha que le embriagaba.

Una mirada de fuego hizo bajar los ojos á la casta jóven.

IV.

—Ven, Lianata,—dijo Quibiam;—ven, vida de mi vida, tú no debes separarte de mí. Cuando te veo todo me sonríe. La sola idea de tu ausencia me llena de pesar.

Ven, luz de mis ojos, flor que concentra en su cáliz el aroma de todas las flores, que ostenta en sus ojos las chispas de brillantez, los rayos del sol, la tibia claridad de la luna, no te apartes de mí. Que yo escuche tu voz, que respire el perfume de tus cabellos, que me embriague con tus dulces miradas.

V.

Lianata experimentaba una emoción desconocida. Su corazón latía con violencia.

Cada latido aumentaba el fuego en la sangre que circulaba por sus venas.

Pero este dolor brindó á su alma un goce parecido al del éxtasis.

Quibiam imprimió un beso en la frente de la hermosa india.

Lianata se escapó de entre sus manos como la gacela.

En esto llegaron los caciques á saludar á su soberano.

La alegría que brillaba en su rostro se comunicó á su corazón.

VI.

—¡Benditas sean las playas de Ornofay!—exclamó el gran butío, sacerdote del tzimes tutelar del rey de Veragoa.

¡Benditas sean las gallardas palmeras, que parecen recoger las plegarias de los hombres para elevarlas al cielo!

¡Bendito el melancólico sinsonte, que desde las frondosas copas de los árboles entona con su harpada lengua cánticos de alabanza al Hacedor de todo lo criado!

¡Bendita, en fin, Lianata, que con su dulce mirada, su acento celestial y sobrenatural hermosura, ha devuelto la alegría á su poderoso é infortunado rey.

VII.

Quibiam acogió aquella leal manifestacion con las mayores muestras de regocijo, y durante el día todo fué fiestas en el palacio del gran cacique de Ornofay.

Trascurrieron algunos dias, los más dichosos que había pasado en su vida Quibiam.

Lianata correspondia á su amor.

Nadie podia arrebatarle la felicidad.

Los caciques, ébrios de gozo, rendian culto á su tzimes, en accion de gracias por haber alejado la melancolía del alma de Quibiam.

VIII.

Un dia llamó Caimara el viejo, padre de Caimara el cacique, al rey de Veragoa.

La tristeza que este habia abandonado, parecia haber ido á refugiarse en el corazon del respetable anciano.

Su aspecto conmovió á Quibiam.

IX.

—Te asombra mi tristeza,—le dijo.

—Sí por cierto,—repuso Quibiam.—¿No eres el padre feliz de Caimara y de Lianata? ¿No adoran tus antiguos vasallos á tus hijos? ¿No los inspiras tu veneracion y respeto?

—Es verdad; pero estas felicidades no bastan para aliviar el tormento que sufro desde que he descubierto un secreto terrible que voy á confiarte.

—¿Tan espantoso es?

—Sí, espantoso; tú lo has dicho. Apenas rasgué el velo que lo cubria, la desesperacion se apoderó de mi alma y abandoné mi trono, y lo dejé á mi hijo para poder ocultarme en el seno de las montañas, y no ar-

rebatar á mis hijos, á mis vasallos, con la revelacion la ventura de que gozan.

—Habla, hermano, habla,—dijo Quibiam con ansiedad.

—Treinta lunas han pasado desde que vi por la primera vez acercarse á la costa de Ornofay unas grandes canoas, mucho mayores que las nuestras y de distinta forma, y al divisarlas desde lejos no me asombré, porque sé que tú eres rey de la tierra, y pensé que luchando con algunos enemigos, te habrias apoderado de las embarcaciones al someterlos á tu voluntad.

Subí á la más elevada montaña de mi territorio, y desde allí observé. Al poco tiempo vi arrojar desde los barcos al mar otras canoas mucho más pequeñas, bajar á los hombres que las tripulaban y dirigirse á la playa.

Aquellos hombres eran más blancos que la flor del coco, robustos como cedros, duros como rocas. Iban cubiertos con trajes relucientes, y llevaban armas que nunca habia visto. Horrorizados los habitantes de la costa, corrieron á refugiarse en las montañas.

Aquellos hombres eran dueños del rayo y del trueno.

Yo tambien me oculté entre las rocas; pero los extranjeros llegaron á la orilla y no hicieron daño alguno á los vasallos míos que no pudieron escaparse. Bajo los árboles que crecian en la orilla levantaron un altar, é hincando la rodilla en tierra y elevando las

manos al cielo, permanecieron largo tiempo rindiendo culto á su Dios. Yo me informé de lo que hacían, y más tranquilo, me dije:

«Tienen un Dios, no hay que temer; vayamos á su encuentro, porque todos los que aman á Dios son nuestros hermanos.»

—¿Y te acercaste á ellos?—preguntó Quibiam con ansiedad.

—Sí, me acerqué con algunos de mis caciques, y saludando al jefe de los extranjeros, le dije:

«Salud y paz; grande debe ser tu poder, toda vez que al llegar á mis estados has inundado de terror á todos sus moradores. Para que sepas quiénes somos y aceptes nuestra amistad, te confiaré nuestras creencias para que te sirvan de guía y obres de acuerdo con nosotros.»

X.

Caimara repitió á Quibiam las palabras, que, como recordarán nuestros lectores, pronunció en presencia de Colón, asombrándose este por la moral que contenían.

—¿Y qué te respondió el cacique de los extranjeros?—preguntó Quibiam.

—Estrechó mi mano, y anunció que venía á mis estados en nombre de sus reyes, poderosos señores de la tierra, los cuales deseaban conocer nuestras comarcas, siendo nuestros amigos y enviándonos sus guerreros para librarnos de los caribes.

—Al escucharle,—prosiguió Caimara,—experimenté una inmensa alegría, y les brindé mi amistad y les ofrecí todo cuanto tenía.

Si no me hubiera detenido Lianata, hubiera ido con ellos á visitar á sus reyes.

Se separaron de mí, volvieron á sus grandes barcos, se apartaron de la costa, y yo, deseando saber qué influencia ejercerian en mi vida aquellos hombres, en medio del silencio de la noche bajé á la caverna de mi tzimes tutelar, é imploré su gracia para que descriera á mis ojos el velo del porvenir.

XI.

Quibiam escuchaba con creciente interés la relacion de Caimara.

—Apenas toqué con mis manos la piedra sagrada en donde reposaba el tzimes,—prosiguió,—oí una voz lastimosa, que repitió tres veces esta terrible frase:

»Tu tribu será pasada á degüello por la espada de esos extranjeros que han bendecido á su Dios en la tierra de tus antepasados.

»Prepárate á morir en medio de horribles tormentos, y no olvides que el ídolo de tu corazon, que tu hermosa Lianata, perecerá en las ondas que bañan la orilla de Ornofay.»

Quibiam no pudo ménos de exhalar un profundo gemido.

En aquel momento resonó una voz.

XII.

—Padre, padre,—dijo Lianata, entrando en la caverna en donde conversaban el autor de sus días y Quibiam.

Caimara hizo á Quibiam una señal para que ocultase á su hija lo que acababa de oír, para que dominase la emocion de que se hallaba poseido.

Pero aquella señal fué inútil.

Como siempre, la presencia de la jóven india habia devuelto la alegría al corazon del rey de Veragoa.

Capítulo XXXI.

Donde verán nuestros lectores, que los indios, á pesar de lo ligero de su traje, tenían la manga ancha.

I.

—¿Qué quieres, hija mia?—preguntó Caimara á Lianata.

La jóven india bajó los ojos al ver allí á su amante.

—Quibiam,—dijo el anciano á su huésped,—vuelve tranquilo á la morada de mi hijo, y que tu dios te proteja.

Quibiam dirigió una mirada á Lianata.

Esta le dijo en otra suya:

—Obedece á mi padre, que acaso tu obediencia redundará en nuestra felicidad.

Quibiam partió á reunirse con sus caciques, y con ellos volvió adonde le esperaba su noble amigo el soberano de Ornofay.

Lianata y Caimara quedaron solos.

H.

—Bien venida seas, encanto de mi vida; ¿qué objeto te trae tan afanosa al modesto retiro de tu anciano padre?

—Siempre habeis sido bueno para mí, y no quiero ocultaros los secretos de mi corazón.

—¿Sufres?

—No, padre mio, soy muy dichosa. Desde hace algun tiempo todo ha cambiado para mí, y no hay alegría que no acaricie mi corazón.

—¿Por ventura has sentido el amor en tu pecho?

—Sí, padre mio, ¿para qué ocultároslo? Desde que he sentido ese afecto dulcísimo en mi alma, hasta creo que es mayor el cariño que me inspira el noble anciano á quien debo el ser,—añadió Lianata, acariciando con las suyas las callosas manos de su padre.

—¿Y en quién has puesto los ojos, hija mia?

—¿Podeis dudarlo un solo instante?

—¿Acaso es nuestro huésped?—preguntó el anciano con temor y ansiedad.

—Vos lo habeis dicho. Desde el momento en que sus ojos se han fijado en los míos, ha despertado el amor en mi pecho, y desde entonces vivo en los brazos de la dicha.

—¿Pero él te ama?

—Sí me lo ha repetido muchas veces, me lo ha jurado; dice que soy su vida, y que sin mí no hay para él felicidad en la tierra.

El anciano miró con tristeza á Lianata.

III.

—No lo dudeis,—añadió la jóven;—poseído de una profunda tristeza, no hallando en sus dominios nada que atenuase la angustia de su pecho, abandonó su hogar, rompió los lazos que le ligaban con los séres más queridos de su corazon, se entregó á merced de las olas en endebles barcos, sin rumbo fijo, y los vientos le condujeron á nuestras playas. Al llegar, la tristeza se pintaba en su frente, sus ojos estaban apagados, la melancolía devoraba su espiritu; pero al verme, ¡ah! padre mio, al verme una luz ábrassadora iluminó sus ojos. Su frente quedó serena... Mi presencia sola habia alejado para siempre las penas de su alma.

—¡Pobre hija mia!—dijo Caimara.

—¿Acaso sentís el afecto que me une á él?

—No.

—Y sin embargo, no participais de mi dicha.

—Quibiam es incapaz de fingir un sentimiento. Cuando te ha dicho que te ama, es por que siente el fuego del amor en su pecho. Pero Quibiam es rey de un país que se extiende muchas leguas á las orillas del mar. Ha querido defender á sus vasallos y engrandecerlos; pronto querrá volver á su patria, y tendrás que seguirle.

—Esos son sus deseos.

—¡Oh, hija mia! ¡Qué dolor para mí, si estando co-

mo estoy al borde de la tumba, tengo que separarme de lo que más amo en el mundo!

Lianata bajó los ojos y no pudo proferir una sola palabra.

Pronto reveló su rostro la tristeza que se apoderó de su alma.

Caimara lo adivinó, y acercándose á su hija:

IV.

—Cálmate, vida mia, cálmate,—exclamó;—no te exigiré el sacrificio de que renuncies á la felicidad por mí. Vé con él... Sólo un favor te exijo.

—¿Cuál, padre mio?

—Tú naciste bajo la proteccion de la luna, reina de la noche. Prométeme no embarcarte ni partir de las costas de Ornofay mientras el astro de la noche no ilumine con sus rayos las plateadas ondas del mar; tengo miedo de que los malos genios, aprovechándose de las tinieblas, echen á pique la canoa y te conduzcan á través de los mares.

—Yo os ofrezco no surcar nunca las movibles olas sino alumbrada por la dulce claridad de mi buena protectora.

V.

Caimara no habia tenido tiempo de decir á Qui-biam que el tzimes le habia revelado que Lianata pe-

recería en el mar, en una noche en que la luna iluminase el cielo.

Quibiam volvió al día siguiente á ver á Caimara.

Entonces le reveló el amor que sentia hácia Lianata.

El anciano bendijo aquel afecto, y la jóven india fué la segunda esposa del rey de Veragoa.

VI.

La revelacion del anciano habia despertado en su alma un ódio profundo hácia los extranjeros, porque atribuia á su influencia el fatal destino que aguardaba á Lianata.

La union de los dos esposos se celebró con grandes festejos, y como la luna se hallaba en su cuarto creciente, se dispuso que partieran á su patria, aprovechando la proteccion del astro de la noche.

VII.

Lianata se despidió de su padre y de su hermano.

El anciano estaba seguro de que la veia por última vez.

Las canoas de los caciques de Quibiam surcaron las olas.

Lianata, muellemente recostada sobre las ojas de palma que habian colocado en la canoa de Quibiam, iba á su lado, mientras que algunas indias pulsaban la maricuba y entonaban armoniosos arcitos.

Las canoas abandonaron las playas de Ornofay.

Lianata reclinó su cabeza sobre los hombros de su amante.

VIII.

La luna besaba con uno de sus rayos la frente de la jóven.

Las canoas avanzaban rápidamente.

Diez noches con sus dias duró el viaje.

Al divisar desde lejos los habitantes de Veragoa las canoas de su gran cacique, corrieron alborozados á la playa.

Empezaban á temer por su vida.

Su contento no tuvo límites al ver que volvía con el rostro sereno, con la satisfaccion en la mirada.

IX.

—Alégrate, Irayba,—dijeron á la esposa de Qui-biam,—nuestro rey torna; cánticos de alegría resueñan á lo lejos; corramos á recibirle, que vea que aun existe en nosotros el amor que le profesábamos.

Irayba cogió de la mano á sus dos hijos, y partió con ellos á la playa.

Al llegar vió á su esposo, y en sus brazos á Lianata.

Si una flecha hubiera atravesado su corazon, no habria experimentado un dolor más agudo.

Los viajeros desembarcaron.

X.

—Irayba, esposa mia, madre de mis hijos,—dijo á la reina,—recibe á Lianata como una hermana. Ella ha alejado la tristeza de mi alma; ella ha convertido en un eden los días de mi vida que he pasado lejos de tí; ella compartirá contigo el amor de mi alma.

Una amarga sonrisa brilló en los lábios de Irayba.

XI.

Los celos devoraban su corazón.

Sin embargo, debía obediencia á su esposo, y estrechó en sus brazos á su rival.

A partir de aquel instante, sólo un sentimiento dominaba á Irayba: el de la venganza.

Capítulo XXXII.

La mujer y la madre.

I.

Irayba reconcentró todo su amor en sus hijos.

La amarga sonrisa que brilló en sus labios al saber que no era suyo todo el amor de Quibiam, fué en lo sucesivo la máscara con que cubrió la indignación que se había apoderado de ella.

Aunque Lianata la buscaba y hacia todo lo posible para no robarla el afecto de Quibiam, Irayba huía de ella.

Temía que la bondad de la jóven india llegase á subyugarla.

II.

Entre las dos se estableció, aparentemente en Irayba, y con sinceridad en Lianata, una lucha que tenía

por objeto hacer una por otra los mayores sacrificios.

Irayba elogiaba ante Quibiam la belleza de Lianata.

Lianata ponderaba á su esposo las nobles prendas de Irayba.

No por eso abandonaba la madre de los hijos de Quibiam sus propósitos de vengarse de la rival que le habia arrebatado la posesion completa del amor de su esposo.

III.

Al poco tiempo de la llegada de Quibiam, los caribes de la isla de Boriquen, informados de que habia abandonado sus dominios, habian salido en crecido número de su isla, dispuestos á caer sobre Veragoa, á saquear á sus habitantes y á llevarlos esclavos en su compañía.

Las ligeras canoas de los caribes se divisaron á lo lejos, y Quibiam no tardó en saber sus intentos.

IV.

Abandonando las delicias del amor para cumplir los deberes de la guerra, reunió á sus vasallos en la costa, se despidió de su esposa y de sus hijos, y partió á luchar.

Los caciques desembarcaron.

No tardó en trabarse una gran batalla.

V.

Los indios de Veragoa quedaron vencedores; pero Quibiam sufrió una herida con una flecha envenenada.

Conducido á la choza de uno de sus vasallos, fué asistido en ella; pero tardó muchos dias en volver á su palacio.

Al llegar, Irayba y Lianata se amaban más que si fueran hermanas.

Una circunstancia habia apagado el ódio en el corazón de Irayba.

VI.

Apenas partió Quibiam á la guerra, Irayba buscó á un indio, antiguo servidor de su padre y gran conocedor de las yerbas venenosas.

Le confesó sus penas, y le pidió un veneno que no dejase huella alguna.

El indio exigió algunos dias para fabricarle, y le indicó el sitio en donde podia hallarle, y el dia y la hora en que estaria dispuesto el veneno.

Ebria de gozo, corrió Irayba al sitio designado.

Su propósito era dar al dia siguiente en un manjar el tósigo á Lianata.

VII.

Dejó á sus hijos en la hamaca, en una choza formada por hojas secas de palma, unida á los troncos de dos árboles.

El cielo estaba oscuro.

Negras nubes se amontonaban sobre el palacio de Quibiam.

Al poco rato de abandonar su morada Irayba, estalló la tormenta.

El sonido del trueno retumbaba en el espacio.

Los relámpagos rasgaban de cuando en cuando el negro velo de la tempestad, y el ígneo rayo se desprendía del seno de las nubes.

VIII.

Una exhalacion cayó en uno de los árboles en donde estaba suspendida la hamaca de los hijos de Quibiam.

Las hojas de palma se incendiaron, y los pobres niños hubieran perecido, si Lianata, comprendiendo el peligro á que estaban expuestos, no se hubiera arrojado á las llamas á sacarlos de la hamaca y á conducirlos salvos á las cavernas que constituian el palacio de Quibiam.

IX.

La tempestad pasó, y cuando Irayba tornaba ébria de gozo, porque ya poseía el remedio de su mal, supo el acto heroico que habia llevado á cabo Lianata, y la madre dominó á la mujer.

Antes de penetrar en su morada se acercó á las orillas del rio Tebra, y arrojó el veneno al fondo de las aguas.

Corriendo despues adonde estaban sus hijos y Lianata, estrechó á aquellos en sus brazos, y cayendo á los piés de aquella mujer heroica:

X.

—Desde hoy soy tu esclava; te debo la felicidad. Deseaba tu muerte; ahora quiero tu vida.

Tal fué la causa del lazo que estrechó sus dos almas.

Restablecido Quibiam, buscó reposo en las delicias del amor, y trascurrieron algunos años, en los cuales Irayba y Lianata vivian dichosas á su lado, sin que nada amenguase el cariño que las dos se profesaban.

XI.

Un emisario llegó un dia.

—Quibiam, —dijo al rey de Veragoa, —el anciano

Caimara, padre de nuestro rey, está enfermo. El sepulcro se abre á sus piés; sus cien caciques no se separan de su lado, y aguardan á que muera para bajar con él á la tumba: tal vez la presencia de su hija Lianata podrá reanimarle.

Quando llegó el emisario empezaba á anochecer. Quibiam miró al cielo.

La luna despedía una dulcísima claridad.

XII.

—Lianata, tu padre quiere verte.

—Yo también deseo cerrar sus ojos y recibir su bendición.

Inmediatamente llamó Quibiam á Unima, el más valiente de sus marinos, que era además cacique de Guaniguanito.

Al día siguiente llegó el guerrero, y Quibiam mandó disponer sus canoas para que partiese Lianata á Ornosay acompañada por Unima.

XIII.

—Te entrego mi más preciado tesoro,—dijo Quibiam al cacique de Guaniguanito.—Devuélmele pronto, porque se lleva mi alegría.

Lianata estrechó en sus brazos á Irayba, acarició á los hijos de Quibiam, y se despidió del rey.

XIV.

No bien había partido, la tristeza se apoderó de nuevo del corazón del rey de Veragua.

Todo cuanto hizo Irayba para consolar su aflicción fué inútil.

Acaso presentia las amarguras que debía sufrir el resto de su vida.

Capítulo XXXIII.

Odio á muerte.

I.

Trascurrieron seis lunas, y Lianata no tornó.

Todos los dias bajaba Quibiam desde la altura de Veragoa á la playa con la esperanza de ver llegar los esquifes que habian de devolverle á su amada.

La playa permanecia desierta.

Las olas se agitaban en el mar, pero no impelian á embarcacion alguna.

Su murmullo al romperse en la arena aumentaba la melancolia de Quibiam.

¿Qué podia haber pasado?

Unima, su fiel Unima, tampoco habia vuelto.

Desesperado, envió emisarios á Ornofay para que averiguasen el paradero de Lianata y de su servidor.

II.

Tres lunas más pasaron, y al fin volvieron de Ornofay los vasallos de Quibiam.

El desaliento se pintaba en su rostro.

El rey de Veragoa, apenas tuvo noticia de la llegada de las embarcaciones, corrió á la playa para saber noticias de su amada.

En Ornofay habia la misma ansiedad que en Veragoa.

En vano habian esperado á Lianata.

Su anciano padre, que se habia reanimado ante la esperanza de volver á verla, habia sucumbido al tener que renunciar á estrechar á su hija en sus brazos.

III.

—Sin duda los caribes la han apresado,—dijeron á Quibiam sus servidores.

Esta idea encendió el ánimo de Quibiam.

—Pronto mis armas,—dijo;—que mis caciques se apresten al combate; lanzad al mar todas las canoas de mis dominios, y recorramos una por una las islas caribes hasta encontrar á mi adorada Lianata y á mi valiente caudillo Unima.

Irayba misma animó á su esposo para que emprendiera aquella expedicion, porque participaba de su pena al ver la desesperacion que inundaba su alma.

IV.

Tres días y tres noches emplearon los vasallos de Quibiam en hacer los preparativos para el combate.

Las canoas surcaban ya las ondas.

Los indios afilaban sus flechas, y las envenenaban con el jugo del guno y del manzanillo.

Quibiam se despidió de Irayba, y estrechó en sus brazos á sus hijos.

V.

De pronto llegó á oídos del rey la noticia de que á lo lejos se descubria una canoa.

Corrió á la playa, y á medida que fué acercándose el esquife, se aumentó su ansiedad.

Llegaron á su oído los gritos del que movia el remo.

Era el acento de Unima.

Poco despues llegó la canoa á la playa, y el valiente guerrero saltó á tierra.

VI.

—Unima, Unima,—exclamó Quibiam,—¿qué infortunio me anuncia tu llegada?

—Grandes desgracias han ocurrido,—respondió el cacique de Guaniguanito.

Quibiam y Unima subieron á la cumbre de Vera-

goa, y en presencia de Irayba refirió Unima lo que había pasado.

VII.

—Ante todo,—preguntó Quibiam,—¿vive Lianata?

—Vive, pero más le valiera haber muerto.

—Habla, habla.

—Apenas abandonó la costa de Veragoa, estalló una tormenta, y el vendaval empujó las endebles barcas, que eran desconocidas para nosotros. Vogamos sin cesar, y cuando desapareció el peligro, más de veinte canoas, con los que las tripulaban, habían perecido. Buscamos derrotero para Ornofay, y los días pasaban, y no hallábamos un solo indicio que nos indicase el rumbo cierto que debíamos seguir. La luna nos abandonaba. Las noches empezaban á ser oscuras.

Una mañana vimos de pronto, en medio de los mares, cuatro mónstruos que nos horrerizaron.

A medida que fueron acercándose hácia nosotros, vimos que eran grandes canoas, en las que iban hombres de otra raza, cubiertos con trajes relucientes.

El deseo de verlos más de cerca nos perdió.

Arrojaron al mar unas barcas pequeñas, y saltaron á ellas muchos hombres, que corrieron á nuestro encuentro.

Iban con ellos algunos indios, cuyo lenguaje no entendimos.

La mayor parte de los caciques que me acom-

pañaban, huyeron amedrentados al ver á aquellos hombres.

Una de las embarcaciones disparó un trueno, y el rayo taladró una canoa, echando á pique á los que la tripulaban.

Lianata se desmayó en mis brazos.

Yo no sabia qué partido tomar, cuando me vi rodeado por aquellos hombres, que sujetando con las suyas mi canoa, se lanzaron sobre mí y me ataron los piés y las manos con pesadas cadenas.

Mis caciques huyeron, pereciendo en la fuga la mayor parte de ellos.

Otros fueron aprisionados como yo, y con Lianata y conmigo, conducidos á bordo de una de las grandes Canoas.

Desde allí nos llevaron á las costas de Haiti, y allí vimos á otros hombres como los que nos aprisionaban, que se habian apoderado de la isla, habian esclavizado á sus habitantes, y los mandaban como reyes y señores.

Quibiam escuchaba con indignacion aquel relato.

VIII.

—Prosigue, prosigue,—dijo ardiendo en ira.

—Los de Haiti pretendian que eran hijos del cielo, y que habian venido á castigar nuestros pecados. El cacique de los extranjeros que nos aprisionó se llamaba Ojeda.

Era un hombre valiente.

Los indios contaban mil proezas de él.

Caonabo, el temible Caonabo, había sido sujetado por su audacia y conducido á otro país con cadenas como las mias, y en una embarcacion como la que nos había llevado á aquellas tierras.

Lianata sufría horriblemente.

Pensaba en su padre moribundo, en su esposo Quibiam, y no cesaban sus ojos de derramar ardientes lágrimas.

Nos condujeron á una ciudad que los blancos llamaban Santo Domingo; allí nos encarcelaron, y unos butios, con largos trajes, entraron en nuestra prision para hablarnos de su Dios, de su religion, y obligarnos á abandonar la nuestra.

«Prefiero la muerte, les dije, antes que abjurar de la religion de mis padres.»

Pero uno de ellos logró apoderarse del corazon de Lianata; le habló de otra vida, en la que gozaria eternamente del cariño de su padre, del amor de su esposo, le mostró una imágen, y consiguió que profesara la religion de aquellos hombres.

Más sufría yo al saber la debilidad de Lianata que al sentir las heridas que las cadenas hacian en mis piés y en mis manos.

Lianata misma vino á mi calabozo, me habló de los consuelos de la nueva religion que profesaba, me pidió que la abrazase, y me aseguró que muy en breve nos pondrian en libertad para que viniéramos á nuestra patria á propagar aquella doctrina.

»—Desgraciada,—la dije,—más te valiera haber perecido en el abismo del mar. Quibiam te rechazará en cuanto sepa que has olvidado el culto que debemos al gran Hiloc.

»—No, no,—dijo;—Quibiam será feliz como yo cuando vuelva á verme y despierte en su alma la fé que la religion de nuestros opresores ha despertado en la mia.»

Pasó algun tiempo, y un dia nos sacaron de la prision para conducirnos á un navio.

»—¿Dónde nos llevan?—pregunté á un indio.

»—Al país de los blancos,—nos contestó.

»—Antes la muerte que abandonar las playas de mi patria.

Lianata y yo llegamos á bordo.

Los blancos rompieron mis ligaduras.

Aprovechando la oscuridad de la noche, me lancé al mar, y nadando, despues de muchos dias de luchar con la muerte, llegué al golfo de Paria.

En la orilla ví una canoa, y apoderándome de ella, surque dia y noche los mares, sufriendo hambre y sed devoradora para llegar á comunicarte nuestro infortunio.

Lianata, catequizada por los blancos, ha partido con ellos, alejándose acaso para siempre de nuestras playas.

Llora, Quibiam, llora y júrame exterminar á nuestros infames opresores, si alguna vez llegan con sus navios á las costas de nuestra patria.

IX.

Quibiam cayó en un profundo abatimiento.

Nada bastaba á consolarle.

Sediento de venganza, y preparado para combatir, salió en las canoas á destruir á los caribes, y resuelto á llegar á las costas de Haiti para vengar á Lianata, destruyendo tambien á los opresores de aquella isla, hácia los que sentia un ódio profundo.

X.

Vencedor de los caribes, fué arrojado por las tempestades al golfo de Paria, y para reforzar su ejército, volvió á Veragoa, resuelto á salir de nuevo á realizar sus planes.

Pasó algun tiempo, y un dia le comunicaron una noticia que hizo asomar á sus labios una feroz sonrisa.

Acababan de anunciarle que los blancos, en canoas de grandes dimensiones, se acercaban á sus dominios.

El leon se volvió tigre.

XI.

—Son fuertes, son poderosos,—se dijo;—yo les haré creer en mi amistad, y cuando más confiados estén, les arrancaré las entrañas.

Por eso se mostraban los indios muy afables con Colon y los que le acompañaban, y no vacilaban en

ofrecerle las ricas láminas de oro que producian las minas de aquel país.

XII.

Quibiam, desde la cumbre de Veragoa, divisaba á lo lejos las embarcaciones, acechándolas como el águila á su presa.

Pero las grandes canoas desaparecieron de sus estados, porque Colon, como recuerdan mis lectores, buscaba á toda costa el soñado estrecho.

Su inesperada marcha le desalentó.

La venganza se le escapaba de las manos.

Pero no trascurrió mucho tiempo sin que volviera á saborearla de nuevo.

XIII.

Los españoles tornaron, y se detuvieron en la costa de Veragoa, resueltos á conquistar aquel país y á explotar sus minas.

Quibiam los esperaba.

Pero queria inspirarles confianza para dar el golpe sobre seguro.

Tal era la actitud del rey de Veragoa cuando llegaron á sus dominios los españoles.

¡Cuán ajenos estaban de que la tempestad se cernia sobre su cabeza!

